
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Casado Espinosa, Laura; Arroyo Prieto, Lidia, dir. Violencia patriarcal en mujeres y hombres trans : cambios de perspectiva durante y después de la transición. 2020. 117 pag. (954 Grau en Psicologia)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/238284>

under the terms of the  license



**Universitat Autònoma
de Barcelona**

Facultad de Psicología

Trabajo de Final de Grado

Violencia patriarcal en mujeres y hombres trans: cambios de
perspectiva durante y después de la transición

Autora: Laura Casado Espinosa

NIU: 1424572

Tutora: Lidia Arroyo Prieto

Año académico: 2019/2020

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo analizar el cambio de perspectiva de las violencias de género en personas trans. Estas personas han sido leídas socialmente con un género, y han tenido una serie de vivencias ligadas al género con el que socializaban. En el momento en que ha empezado su transición, estas experiencias han cambiado, siendo vividas desde otra perspectiva.

El análisis de estos cambios se lleva a cabo mediante ocho entrevistas (cuatro hombres y cuatro mujeres), estructurando la violencia de género en tres dimensiones: violencias de género en relaciones amorosas, violencia sexual y violencias en el ámbito público. Las entrevistas son analizadas y puestas en relación con las teorías elaboradas entorno a las violencias de género.

En los resultados se ve que existe un claro foco en las violencias de género: siempre son realizadas sobre personas leídas socialmente como mujeres, nunca como hombres, denotando los distintos lugares de poder otorgados a cada género. Esto provoca un sinfín de situaciones discriminatorias por razones de género: acoso callejero, mayor legitimidad social de los hombres, conductas machistas, presión por ajustarse a los cánones de belleza o cosificación de los cuerpos femeninos. Es así como vemos el gran alcance de la cultura patriarcal, presente en todos los rincones de la sociedad, que utiliza una serie de elementos coercitivos para asegurar su supervivencia y prevalencia.

Los entrevistados muestran una clara consciencia de todos estos cambios, habiendo sido su transición uno de los factores que ha promovido esta mayor consciencia de las opresiones y privilegios propios de cada género.

Palabras clave: género, violencia de género, perspectiva de género, patriarcado, machismo, trans, transición.

Abstract

This study aims to analyse the change in perspective of gender violence in trans people. These people have been socially read with a specific gender and have had a series of experiences which have been linked to the gender with the one they have socialized. By the time their transition has begun, these experiences have gone changing and have started to be lived from another perspective.

The analysis of these changes is accomplished through eight interviews (four men and four women), structuring gender violence in three dimensions: gender violence in love relationships,

sexual violence, and violence in the public sphere. The interviews are analysed and related to the theories elaborated around gender violence.

In the results, it can be seen that there is a clear focus on gender violence: these violences always reverberate on people socially read as women, never as men, denoting the different places of power granted to each gender. This provokes an endless number of discriminatory situations due to gender reasons: street harassment, greater social legitimacy of men, macho behaviours, pressure of adjusting oneself to beauty canons, or objectification of the female bodies. This is how it can be seen the great scope of patriarchal culture, which is present in all corners of society and uses a series of coercive elements to ensure its survival and prevalence.

The interviewees show a clear awareness of all these changes, and make clear the fact that transition has been one of the factors that have promoted this greater awareness of the oppressions and privileges of each gender.

Keywords: gender, gender violence, gender perspective, patriarchy, machismo, trans, transition.

Agradecimientos

En primer lugar, agradezco profundamente la participación de todas las personas que han sido entrevistas, por prestarme su tiempo y haber hecho de las entrevistas un proceso mucho más fácil y ameno.

En segundo lugar, agradezco a mi tutora su dedicación y guía en todo momento, especialmente porque pese a tener que acoger mi trabajo de forma precipitada, me ha hecho sentir en todo momento su apoyo.

Y, por último, quisiera agradecerle a mi familia, especialmente a mis padres, su apoyo incondicional durante todo el trabajo. Ya se han convertido en unos expertos en la temática y este trabajo es tan suyo como mío.

INTRODUCCIÓN Y OBJETIVOS	6
MARCO TEÓRICO	7
GÉNERO	7
EL FENÓMENO “TRANS”	9
LA VIOLENCIA DE GÉNERO Y EL SISTEMA PATRIARCAL	11
<i>Violencia de género en relaciones amorosas</i>	13
<i>Violencia sexual</i>	17
<i>Violencia en el espacio público</i>	18
METODOLOGÍA.....	20
RESULTADOS	20
LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN RELACIONES AMOROSAS	20
LA VIOLENCIA SEXUAL	24
LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL ÁMBITO PÚBLICO	27
DISCUSIÓN.....	31
VIOLENCIA DE GÉNERO EN RELACIONES AMOROSAS	32
VIOLENCIA SEXUAL.....	36
VIOLENCIA DE GÉNERO EN EL ESPACIO PÚBLICO.....	38
CONCLUSIONES.....	42
REFERENCIAS	44
ANEXOS	47
GUION ENTREVISTAS	47
ENTREVISTA 1.....	51
<i>Transcripción</i>	51
<i>Interpretación y discusión</i>	53
ENTREVISTA 2.....	57
<i>Transcripción</i>	57
<i>Interpretación y discusión</i>	60
ENTREVISTA 3.....	66
<i>Transcripción</i>	66
<i>Interpretación y discusión</i>	68
ENTREVISTA 4.....	74
<i>Transcripción</i>	74
<i>Interpretación y discusión</i>	76

ENTREVISTA 5.....	82
<i>Transcripción</i>	82
<i>Interpretación y discusión</i>	85
ENTREVISTA 6:	91
<i>Transcripción</i>	91
<i>Interpretación y discusión</i>	94
ENTREVISTA 7:	100
<i>Transcripción</i>	100
<i>Interpretación y discusión</i>	102
ENTREVISTA 8:	107
<i>Transcripción</i>	107
<i>Interpretación y discusión</i>	111

Introducción y objetivos

La definición más aceptada hasta el momento de las violencias de género reza así: «*Todo acto de violencia sexista que tiene como resultado posible o real un daño físico, sexual o psíquico, incluidas las amenazas, la coerción o la privación arbitraria de libertad, ya sea que ocurra en la vida pública o en la privada*» (ONU, 1995). Es evidente que las violencias patriarcales son vividas de forma distinta en relación con el género con el que la persona es leída por su entorno, debido a que se atribuyen papeles muy diferenciados y marcados para cada género, sustentados y promovidos por la cultura patriarcal imperante en la sociedad actual. En este tipo de sistema de orientación patriarcal, las relaciones entre hombre y mujer se rigen por la relación entre género y poder, siéndole otorgada una posición de más poder a lo masculino en la práctica totalidad de ámbitos y contextos, y otorgando derecho a que los más poderosos abusen de los menos poderosos, legitimando la violencia como herramienta para ello.

Por ello, se cree interesante analizar las distintas perspectivas de personas trans, puesto que, durante un periodo vital, han socializado con un género, viviendo las opresiones y los posibles privilegios asociados a éste, y de un tiempo a esta parte han empezado a ser leídos con otro género, cambiando así sus vivencias y obteniendo una visión de la trascendencia del género en los aspectos de la vida diaria posiblemente más global de la que puede obtener una persona *cisgénero*¹.

El siguiente trabajo, por tanto, trata sobre el conjunto de cambios producidos en la visión de las personas trans (tanto hombres como mujeres) respecto a las violencias de género. Los cambios analizados se centrarán en la experiencia de la propia persona consigo misma y también incluirá los cambios percibidos en su entorno y la cotidianidad de su vida, centrándose concretamente en tres dimensiones de análisis: las violencias en las relaciones amorosas, la violencia sexual y la violencia ejercida en el espacio público. Se busca profundizar en las reflexiones de aquellas personas que han pasado de ser aceptadas socialmente con un género distinto, analizando los posibles cambios actitudinales que han experimentado en ellos respecto a los otros géneros y a su género propio, así como también los que se hayan podido producir en su entorno y vida diaria.

Por tanto, los objetivos generales del trabajo son los siguientes:

- Analizar la vivencia interna de las personas trans respecto a las violencias de género producidas hacia ellos y hacia las personas de su entorno.

¹ *Cisgénero*: Persona cuya identidad de género es concordante con el género asignado al nacer a partir del sexo biológico. No se identifican con la identidad transgénero.

- Profundizar en el cambio de perspectiva respecto a estas violencias resultante de ser socialmente aceptado con otra identidad de género.
- Indagar en las tres dimensiones anteriormente mencionadas para poder hacer un análisis concreto de los resultados obtenidos mediante las entrevistas.

Marco teórico

La línea básica sobre la que reflexiona el marco teórico de este trabajo es la relación de las violencias de género con el sistema social patriarcal en el que actualmente vivimos. Una de las consecuencias a las que nos lleva este tipo de sistema es a la hipersexualización de los cuerpos femeninos y a la relegación de la mujer a un segundo plano en la sociedad. Puesto que la parte empírica del trabajo se centra en experiencias de personas trans en relación con esta hipersexualización y relegación, se hablará también de forma extensa sobre la temática trans en el marco teórico.

En la parte empírica de este artículo se plantea la posibilidad de explorar en las experiencias y vivencias de personas trans que han pasado a ser socialmente aceptadas con otro género, comprobando así si se han producido cambios debido a ello.

Género

Es importante hablar sobre el concepto “género” al empezar, puesto que es el punto de unión entre todas las partes del siguiente trabajo.

Históricamente, multitud de disciplinas científicas han estado de acuerdo en que las diferencias entre hombres y mujeres son naturales, inherentes al ser humano, y que esta división dicotómica y de naturaleza androcéntrica es lo que organiza el mundo tal y como lo conocemos. Esta división jerarquizada es la que provoca situaciones de exclusión y rechazo hacia mujeres, personas trans y otras sexualidades no normativas.

Simone De Beauvoir, en su libro *El Segundo Sexo* (1949), escribirá: "*No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto [...] al que se califica de femenino*" (De Beauvoir, 2007: 207). Una persona se convierte en mujer por todo aquello que hay a su alrededor, por la realidad cultural y social en la que se desarrolla, no por una obligación puramente biológica. Esto desvela, por tanto, que el género del que De Beauvoir hablaba se trataba de una construcción social, y que no necesariamente una persona que se convierta en mujer tiene que poseer la biología propia de una mujer cisgénero. De igual

manera, una persona que se defina como hombre no tiene por qué ser necesariamente de sexo masculino. Este punto será desarrollado más adelante al hablar de las personas trans.

La definición de “género”, por tanto, ha evolucionado a lo largo de los años, y ha pasado de ser una categoría meramente descriptiva a constituir, hoy en día, la base de la lucha por la igualdad. Existen múltiples definiciones para la palabra género en relación con la teoría y autora de la que provienen. Según la OMS el género *se refiere a los conceptos sociales de las funciones, comportamientos, actividades y atributos que cada sociedad considera apropiados para los hombres y las mujeres*. Por tanto, la principal característica del concepto es que se trata de algo construido y de naturaleza social y cultural.

Fue Stoller (1964), un médico psiquiatra, el primero en introducir el concepto de género en la medicina para denominar a aquellas personas que biológicamente tenían cuerpo de hombre, pero se sentían mujeres. Por tanto, vemos como el concepto fue acuñado en contraposición a lo que llamamos sexo (considerado como las características biológicas y fisiológicas propias de los hombres y de las mujeres).

En 1972, Ann Oakley escribió el tratado *Sexo, género y sociedad*, en el que se incluyó por primera vez el concepto de género en el discurso de las ciencias sociales. Este, junto con las aportaciones de otras autoras anteriores como Simone De Beauvoir, fue un hecho clave para las luchas feministas porque demostraba que la subordinación de las mujeres no se podía justificar mediante la biología (tal y como se había hecho hasta entonces, afirmando que las mujeres eran biológicamente inferiores a los hombres), ya que se empezó a considerar el género como algo construido socialmente.

La antropóloga Gayle Rubin, en su ensayo “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad (1984)”, fue la principal desarrolladora de la llamada “Teoría del sistema sexo-género”, según la cual una niña nace hembra de forma natural, por su sexo, y se convierte en mujer (y por lo tanto en objeto de subordinación por la supremacía masculina) a partir de la acción de la sociedad en la que nace. Más adelante, este tipo de teorías empezaron a tildarse de esencialistas, puesto que se basaban en la dicotomía naturaleza/cultura, siendo el sexo natural e inmutable y el género cultural y cambiante. Este pensamiento dicotómico es propio de la cultura patriarcal en la que nos encontramos inmersas, que tiende a simplificar para hacer menos compleja la comprensión. Algunas autoras empiezan a pensar que el sexo, lo que hasta el momento había sido considerado como puramente biológico, también tiene una experimentación cultural, y que se explica en formato dicotómico para facilitar su comprensión. Es así como algunas feministas empiezan a hablar de relaciones de género en vez del sistema sexo-género, haciendo hincapié en el carácter relacional del concepto.

Saffioti, en su ensayo *“Una cuestión de género”* (1992) explica que a través de relaciones de género las personas son transformadas en el momento en que nacen, ya sea en hombre o mujer, y estas dos categorías serán excluyentes la una de la otra. La autora concluye, por tanto, que *“el sexo anatómicamente configurado sugiere, en términos estadísticos, la transformación de ciertos individuos en mujeres y de otros en hombres. El convertirse en una u otro es, por lo tanto, obra de las relaciones de género y no de la biología o la anatomía”*. Des de la perspectiva de las relaciones de género, tanto hombres como mujeres se consideran “prisioneros del género”, pese a que hay muchas diferencias entre un caso y otro.

Por tanto, mediante este pequeño recopilatorio podemos observar cómo los conceptos de sexo y género han ido evolucionando a lo largo de los años. Primeramente, existió una teoría más biologista, que explicaba las diferencias entre hombres y mujeres por su fisiología, y que ensalzaba a los hombres y les otorgaba privilegios por este motivo. Después surgieron las teorías del sistema sexo-género, que abrieron paso a las ideas feministas pero que acabaron siendo criticadas por ser muy simplistas o esencialistas por basarse en la dicotomía naturaleza/cultura. Por ello se empezaron a desarrollar las teorías de las relaciones de género, en las que se critica el esfuerzo de las ideologías patriarcales por naturalizar lo que en realidad está basado en procesos sociales muy complejos, como es la creación de seres humanos heterosexuales y con una identidad de género aprobada por la sociedad en la que vive. Como señalan Facio y Fries, se trata de *“una teoría que concibe el sexo como una relación vívida e inmutable, es decir, que insiste en su naturaleza relacional. De ahí que se entienda que el género es construido no con base a algo inmutable, sino en relación al otro género, tan mutable e histórico como el mismo.”*

El fenómeno “trans”

Una persona trans es aquella cuya identidad de género no concuerda con el género asignado al nacer (mediante su genitalidad). De ahora en adelante utilizaré el término “trans” para referirme a estas personas, puesto que existe un intenso debate respecto a la utilización de la palabra “transexual” y “transgénero”, debido a que un amplio sector de la comunidad trans considera que la palabra “transexual” puede tener connotaciones negativas, ya que divide a aquellas personas que se están sometiendo a un tratamiento médico y quirúrgico para obtener una reasignación de sexo de las que no lo hacen, pese a que toda la comunidad parte de la misma problematización, que es el hecho de no identificarse con el género asignado al nacer.

Hasta hace muy poco, la transexualidad había sido considerada como una enfermedad mental, estando incluida tanto en el DSM IV (Asociación Americana de Psiquiatría [APA], 1994) como en el CIE-10 (Organización Mundial de la Salud, [OMS], 1992) como un trastorno de identidad de

género, caracterizado por la incongruencia entre el sexo genital o biológico y la identidad de género. Pero el 18 de junio de 2018 se hizo pública la futura despatologización de la transexualidad por la OMS, debido a la actualización del CIE-10 (vigente desde 1990) al CIE-11, que entrará en vigor el 1 de enero de 2022. En el CIE-11 se eliminarán todos los códigos trans específicos del capítulo “Trastornos mentales y del comportamiento”, concretamente en el subcapítulo “Trastornos de la identidad de género” y pasarán a formar parte del apartado “Condiciones relativas a la salud sexual”. Pese a ser un gran avance en el camino de la despatologización, la transexualidad pasará a llamarse “incongruencia de género”, y el colectivo trans reclama que no sea designada como una incongruencia, sino como una forma de expresión de la diversidad humana. Además del cambio en la ubicación dentro del manual, también se producirá un cambio en la definición: mientras que en el CIE-10 la transexualidad era definida como *“un deseo de vivir y ser aceptado como miembro del sexo opuesto, por lo general acompañado de malestar o desacuerdo con el sexo anatómico, y de deseo de someterse a tratamiento quirúrgico u hormonal para hacer que el propio cuerpo concuerde lo más posible con el sexo preferido”*, en el CIE-11 pasará a definirse como *“Una incongruencia marcada y persistente entre el género experimentado del individuo y el sexo asignado, que a menudo conduce a un deseo de 'transición' para vivir y ser aceptado como una persona del género experimentado a través del tratamiento hormonal, la cirugía u otras prestaciones sanitarias para alinear el cuerpo, tanto como se desee y en la medida de lo posible, con el género experimentado. El diagnóstico no puede asignarse antes del inicio de la pubertad. El comportamiento y las preferencias de género por sí solas no son una base para asignar el diagnóstico.”*

Según Soley-Beltran (2009), la identidad de género empezaría a formarse en la primera infancia (del nacimiento a los ocho años aproximadamente) a través de la repetición de los roles de género, y se desarrollaría por el sentimiento de pertinencia al género masculino o femenino y por la observación de los cuerpos sexuados. Finalmente, el género se consolidaría con la designación social del género asignado a través de los otros, de la sociedad.

Respecto a esto último, Butler (1990) señala que el proceso de formación de la identidad de género es totalmente cultural y que *“no existiría un núcleo biológico o una naturalidad en la emergencia del género. En el caso de la transexualidad el desarrollo del género sería igual que en la heterosexualidad, esto es, a través de las performances del género, pero con la diferencia que en el caso de la persona transexual, se desarrollaría una incongruencia entre la identidad de género y el sexo genital que surge en el momento de la observación del cuerpo sexuado con la comparación de otros cuerpos, junto con la respuesta social de rechazo, donde la sociedad enviaría un claro y fuerte mensaje: cuerpo erróneo.”* Por tanto, las personas trans pueden llegar

a querer realizar una transición física para asemejarse más al género del que se sienten parte a causa de la normativa social aprendida, que asigna un cuerpo a un género determinado.

Se considera que existen dos tipos de transición actualmente, y que puede realizarse de forma totalmente independiente la una de la otra, en diferentes situaciones y contextos.

- Transición social: Se da en la mayoría de los casos. Es aquella en la que la persona se abre al mundo con su nueva identidad de género, y se plantean procesos tales como comunicarlo a amigos y familiares, cambiar de nombre, solicitar que se rectifique el pronombre con el que se refieren a ella o empezar a vestir acorde con su identidad de género.
- Transición médica: No se da con tanta frecuencia como la anterior. Consiste en la aplicación de una serie de tratamientos médicos (hormonación) y operaciones quirúrgicas (mastectomía, histerectomía, faloplastia en el caso de los hombres trans y aumento de pecho, orquiectomía, condrolaringoplasia, vaginoplastia en el caso de mujeres trans).

Es muy importante destacar que no todas las personas trans realizan una transición, y que quienes sí lo hacen pueden llevarla a cabo de formas muy diferentes: se puede dar transición social pero no médica, o utilizar tan sólo uno de los procedimientos mencionados de la transición médica, como las hormonas, o llevar a cabo algún tipo de cirugía, pero no todas ellas. Los motivos por los cuales se lleva a cabo un tipo de transición u otra son muy variados y dependen completamente de la persona. Es de vital importancia alejarse de la idea de universalidad en el mundo trans. De hecho, Bento (2009) señala que no se aprecia una correlación lineal entre transexualidad y rechazo del cuerpo.

Las personas trans ponen de manifiesto que tanto el sexo como el género son categorías modificables, mutables, realizando un cuestionamiento del sistema que denomina como “natural” el emparejamiento arbitrario de características y comportamientos. Por tanto, desbaratan completamente el orden binario establecido, mediante el cual se asigna la categoría de hombre o mujer al sujeto nada más nacer, sin que haya posibilidad de cambio o duda.

[La violencia de género y el sistema patriarcal](#)

La definición más aceptada hasta el momento del concepto “violencia de género” reza así: *«Todo acto de violencia sexista que tiene como resultado posible o real un daño físico, sexual o psíquico, incluidas las amenazas, la coerción o la privación arbitraria de libertad, ya sea que ocurra en la vida pública o en la privada»* (ONU, 1995).

De forma recurrente muchas de las teorías actuales que intentan explicar el motivo por el cual se produce este tipo de violencia se ciñen a factores externos de la vida de la persona que ejerce esta violencia, como por ejemplo las teorías de la dinámica familiar, que *asumen que la violencia es el resultado de problemas derivados de una interacción inadecuada en la familia y de los patrones desadaptativos de re-solución de problemas de pareja o familiares (o ambos) inherentes en sus relaciones* (Expósito, 2011), alejándolo así de toda responsabilidad. También existen una serie de teorías del ámbito social y cultural que señalan que es la propia cultura, a través de la imposición de una serie de valores, quien legitima el poder del hombre sobre la mujer. En estos enfoques, las mujeres aparecen a menudo como víctimas y los hombres como opresores, pero ni los factores biológicos ni los sociales pueden explicar por sí solos la existencia de la violencia de género: *ni las mujeres nacen víctimas ni los varones están predeterminados para actuar como agresores* (Expósito, 2011).

Actualmente vivimos inmersos en lo que llamamos un sistema social patriarcal, en que las relaciones entre hombre y mujer se rigen por la relación entre género y poder. Este sistema social otorga derecho a que los más poderosos abusen de los menos poderosos, legitimando la violencia como herramienta para ello.

Se ha definido el patriarcado como un sistema de organización social en el que los hombres ocupan la totalidad o la mayoría de los puestos clave de poder (poder político, militar, económico y religioso). *Ateniéndose a esta caracterización, se ha concluido que todas las sociedades humanas conocidas, del pasado y del presente, son patriarcales. Se trata de una organización histórica de gran antigüedad que llega hasta nuestros días* (Puleo, 2005).

Aun así, es evidente que el patriarcado se ajusta a las diferentes sociedades de distinta manera. Puleo, en su artículo *El patriarcado: ¿Una organización social superada?* distingue entre dos tipos de patriarcado:

- El patriarcado de coerción, en el que las normas impuestas en el patriarcado son muy rígidas y autoritarias, y el no cumplimiento de estas puede acarrear pena de cárcel e incluso la muerte.
- El patriarcado de consentimiento, propio de las sociedades desarrolladas. En este tipo de patriarcado la persona no buscará cumplir las normas asociadas a su rol sexual por miedo a ser encarcelada, sino que buscará desesperadamente cumplirlas. Según Michael Foucault lo hará a través de las imágenes de la feminidad normativa contemporánea (juventud obligatoria, estrictos cánones de belleza, etc.). Los media harán que la persona piense que eso es lo que realmente desea por sí misma, aunque se trate en realidad de un deseo implantado.

Pese a esto, Janet Saltzman determina que existen tres características básicas comunes en todas las sociedades patriarcales:

- Ideología que devalúa a las mujeres y a todas las actividades, roles, labores, productos y entorno social de éstas, otorgándoles menos prestigio y/o poder respecto a los hombres.
- Atribución de significados negativos sobre las mujeres y las actividades que realizan a través de hechos simbólicos o mitos. Pueden expresarse de forma explícita o no.
- Exclusión de las mujeres en la participación de espacios de poder o que son considerados como espacios de poder, tanto en la vertiente económica, política o cultural.

Por tanto, está claro que el género, pese a ser un constructo social, cultural y construido, determina en gran medida la manera en la que la persona será tratada en sociedad; las actividades, roles, labores y características que supuestamente va a tener que desarrollar para ser considerada socialmente como perteneciente a un género determinado.

La violencia de género es un concepto muy genérico y se desdobra en diferentes dimensiones, según el entorno donde se dé esta violencia y en qué se fundamenta. En este trabajo se ha decidido analizar esta violencia en base a tres dimensiones: violencia de género en la pareja, violencia sexual y violencia en el espacio público.

Violencia de género en relaciones amorosas

En su revisión teórica sobre la violencia de género, Roberta de Alecanar-Rodríguez et. al (2012) concluye que de entre todas las teorías existentes, el modelo ecológico y la perspectiva de género son las dos que mejor pueden explicar el fenómeno de la violencia en las relaciones de pareja.

Por una parte, el modelo ecológico, recomendado para explicar la violencia de género en parejas por diferentes organismos internacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2003), la Asociación de Psicología Americana (APA, 2002) y el Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer (UNIFEM, 2003), dicta que para comprender un comportamiento es necesario ver más allá de este y tener en cuenta las características del entorno en el que está y los sistemas de interacción que se dan en este, y para hacerlo es necesario realizar un análisis de la interrelación de factores a partir de círculos concéntricos, a los que denomina como “nivel individual”, “microsistema”, “exosistema” y “macrosistema” (Bronfenbrenner, 1997, 1987).

- Nivel individual: Conformado por las características del desarrollo personal que afectan al microsistema y al exosistema y aumentan la probabilidad de ser víctima o autor de

violencia. Diversos autores han aportado información sobre este nivel. Por una parte, Carlson (1984) habla sobre las creencias aprendidas en la familia de origen y la habilidad para lidiar con estresores. Turinetto y Vicente (2008) destacan los siguientes factores de riesgo de la historia del desarrollo del individuo: la rigidez de los roles de género en la familia, la influencia del género en la historia de la persona, el uso de la violencia para resolver los problemas, la presencia de violencia en la familia, el maltrato infantil y el desarrollo del apego.

- **Microsistema:** El microsistema representa el contexto inmediato en el que tiene lugar la violencia y generalmente se refiere al entorno familiar (Heise, 1998). Heise destaca que la toma de decisión masculina es un indicador de maltrato en sociedades con mayores índices de violencia, ya que los maltratadores suelen querer ejercer control sobre los movimientos de la mujer y la parte económica. También concluye que los conflictos en la pareja giran entorno a la división de tareas, los problemas con las drogas y la mayor formación académica de la mujer. Belski (1980) explica que, dada la baja tolerancia al estrés de estas familias, acaban utilizando estrategias agresivas para la resolución de conflictos. Respecto a las drogas, muchas autoras coinciden en que no son causa de la violencia, pero sí pueden ser potenciadoras de esta. Edleson y Tolman (1992) explican que *aunque las drogas actúen como factor desinibidor, eso no significa que la violencia se extingue al tratar el abuso o dependencia de sustancias.*
- **Exosistema:** El exosistema comprende las estructuras formales e informales como la vecindad, el mundo del trabajo, las redes sociales, la iglesia o la escuela, que hacen perdurar el problema del maltrato a través de pautas culturales sexistas y autoritarias (Belski, 1980). Por su parte, la Iglesia establece el modelo ético y moral que los individuos deben seguir, además de dictar las normas de convivencia social. Esta institución predica la sumisión, abnegación y pasividad como virtudes esenciales en la mujer, colocándola así en una posición de falta absoluta de poder frente al hombre. Tal y como afirma Donapetry (2008): *“A la actitud de la Iglesia hacia las mujeres, [...], subyace una suposición seminconsciente de que el orden divino es masculino y que la posición de la mujer es de alguna manera una anomalía”.* Pese a que esta institución no promociona ni apoya la violencia de género como tal, promueve la implantación de la visión e ideología patriarcal en la que se producen y se sustentan estas violencias. Por otro lado, en la escuela también se llevan a cabo mecanismos de discriminación al género femenino, a los cuales las mujeres deben enfrentarse desde muy temprana edad y se verán sometidas a éstos durante prácticamente la totalidad de su vida académica. Tiempo atrás, las mujeres tuvieron que enfrentarse a la exclusión de su

género en materias educativas. Actualmente, la integración de las mujeres en la educación se ha superado, pero siguen existiendo obstáculos para ellas en relación a la calidad de los estudios y al ambiente en el que éstos se desarrollan, como la existencia de estereotipos muy marcados en el material educativo y la segregación en la orientación vocacional (que provoca una menor participación de la mujer en materias científico-tecnológicas y en la educación técnica). Así lo explica Bernal (2005) en su trabajo sobre la violencia de género en la escuela: *“Si bien existen escasas diferencias formales en los programas educativos de hombres y mujeres, los mecanismos de discriminación se relacionan con los contenidos sexistas de los textos escolares, con los materiales didácticos, y con la relación del profesorado con sus alumnas, lo que constituye un currículo oculto que produce roles y concepciones discriminatorias de la mujer”*.

A esto se suma la falta de efectividad de las leyes, la actitud de ignorancia por parte de las instituciones respecto a la violencia de género y el papel de los medios, que presentan modelos de índole violenta, provocando una normalización de esta. Diversos estudios señalan que una mala situación económica y una situación de desempleo puede precipitar la violencia en la pareja, ya que el estrés económico puede provocar conflictos en ella y generar frustración. Respecto al empleo, la ocupación femenina se revela como un factor protector ante la violencia, pero también como un factor de riesgo, *pues sus ingresos no son interpretados como extras, sino como imprescindibles* (Fox et al., 2002).

- **Macrosistema:** Formado por los valores culturales y la ideología de la sociedad. Las creencias culturales actuales potencial la violencia e influyen tanto en el microsistema como en el exosistema de las personas. *La desigualdad de género surge como consecuencia del sexismo predominante que posiciona a la mujer en un lugar secundario en la sociedad* (Turinetti y Vicente, 2008). Estas ideas sobre la mujer no se encuentran sólo en la cultura, sino que las personas acaban integrándolas como parte propia y constituyen y estructuran la personalidad. Todos los hombres están expuestos a estos factores del macrosistema, pero estos no son causa ni justificación de la violencia.

Por tanto, vemos como el modelo ecológico reconoce la multicausalidad de la violencia de género en la pareja. Estas causas actúan en diferentes niveles de manera simultánea, de forma independiente o influyéndose unos a otros.

De otra parte, existe la teoría de la perspectiva de género, que utiliza el modelo patriarcal como eje para explicar la violencia de género en la sociedad actual. Según Ferrández (2006), la

perspectiva de género no se define como explicación única ni última del fenómeno de la violencia, pero a menudo puede ser el más influyente de los condicionantes.

Según este modelo, la violencia es utilizada para mantener la superioridad masculina. El patriarcado concibe a la mujer como el objeto de control y dominio por parte de un sistema social masculino y opresivo. Por lo tanto, la lógica patriarcal concibe la violencia como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer (Cantera, 2007). La pareja se organiza a partir de los roles culturales que indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género que sobrevaloran al masculino (Turinetti y Vicente, 2008). Partiendo de la base de que se considera al género como una construcción social, el problema de la violencia en la pareja no es de índole biológica, sino que es generado y reforzado por la ideología y la cultura patriarcal.

Este modelo también insiste en el hecho de que el hombre que ejerce la violencia no tiene ninguna enfermedad, y por lo tanto nunca estará exento de responsabilidad. Además, se considera que la violencia de género en la pareja es de carácter social, es decir, ha sido aprendida culturalmente, y por tanto debe considerarse como un problema social y no individual.

Por tanto, la violencia de género, entendida desde el modelo de la perspectiva de género, hace hincapié en la necesidad de problematizar cuestiones estructurales de la sociedad que impulsan y legitiman esta violencia, partiendo de la base de que existe una distribución desigual de poder entre hombres y mujeres.

De acuerdo con la teoría de la socialización diferencial, *las personas, en su proceso de iniciación a la vida social y cultural, y a partir de la influencia de los agentes socializadores, adquieren identidades diferenciadas de género que conllevan estilos cognitivos, actitudinales y conductuales, códigos axiológicos y morales y normas estereotípicas de la conducta asignada a cada género* (Walker y Barton, 1983). Uno de los campos en los que puede verse de forma clara esta diferenciación es en la concepción de los individuos del amor. Se postula que hombres y mujeres, en el contexto de la sociedad patriarcal, entienden el amor y amar de forma diferente. A las mujeres jóvenes se las socializa en el amor y la dependencia, otorgándoles de forma indirecta la responsabilidad de que la relación perdure, y creando en ellas la idea de que la relación de pareja debe ser la base de su felicidad y que será básica para su supervivencia (visión de la pareja como refugio del mundo y también como misión que hay que cumplir). En cambio, a los hombres jóvenes se los socializa en la autonomía y la independencia. Así, Montserrat Moreno Marimón, Alba González y Marc Ros (2007) observan en estudiantes universitarios/as que *las chicas muestran una idealización del amor y una entrega incondicional a la relación amorosa, una valoración de la autorrenuncia para satisfacer a la otra persona, un elevado sentimiento de protección y cuidado del otro por encima de la satisfacción de sus propias necesidades e intereses, un concepto del amor que implica sacrificio del yo, identificación con el*

otro y entrega total a sus deseos, y un deseo de conservar los vínculos de pareja por encima de cualquier otro tipo de consideraciones. En cambio, los chicos muestran una disposición mucho menor a la renuncia total, el sacrificio personal y la entrega y una mayor contención emocional.

Estas conclusiones han sido extraídas de distintos estudios, en los que se aprecia la repetición de estos patrones de la socialización tradicional propia de los modelos patriarcales.

Violencia sexual

En un estudio realizado por O'Donohue, Downs y Yeater (1998) se llegó a la conclusión que, como la amplia mayoría de las violencias, la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas: desde las molestias superficiales al abuso sexual; desde insultos y miradas obscenas, comentarios sexuales, envío de mensajes pornográficos, exclusión por la orientación sexual, hasta el tocamiento y el ataque físico abusivo más graves (besar contra la voluntad del besado, forzar, estrujarse con intenciones sexuales, obligar a desnudarse, obligar a tener relaciones sexuales, etc.). El hecho de que esta violencia se lleve a cabo de formas tan distintas y en distintos niveles de gravedad percibida, *y muy especialmente el hecho de que algunas de ellas puedan ser malinterpretadas como avances atrevidos en el cortejo* (Ortega y Moreno, 2005) dificulta su detección y definición. La persona agredida puede tener dificultades para trazar y aplicar límites y para detectar cuándo se está ejerciendo esta violencia sobre ella, especialmente si se trata de violencia psicológica o relacional.

Una de las manifestaciones más evidentes de la violencia sexual, es la hipersexualización de la mujer. La hipersexualización o cosificación sexual se da cuando una persona es convertida en un objeto de carácter sexual para el placer de otra persona, separando su físico y los atributos que se consideran sexuales de su personalidad y valía personal. Está presente en el día a día, y afecta especialmente a las mujeres a causa de los roles de género, que sitúan al hombre como “el conquistador” y a las mujeres como “objeto de conquista”.

La mujer como objeto de deseo, contemplación y consumo es una idea que se nos inculca desde muy temprana edad. La sociedad ve y trata a la mujer según su físico y no por sus características individuales. Las mujeres llegan, desde muy pequeñas, a interiorizar de que deben ser agradables a la vista según su cuerpo, y no por lo que son.

La teoría feminista [...] ha analizado los cuerpos de las mujeres como el soporte de la desigualdad (Maffía, 2011). *Uno de los objetivos del dominio patriarcal es disciplinar los cuerpos de las mujeres, tanto para la reproducción como para la disponibilidad sexual de los varones* (Bedia, 2015). Para conseguir esta dominación y subyugación, el sistema patriarcal utiliza una serie de elementos coercitivos, como son los exigentes cánones de belleza, la pornografía, la

cirugía plástica, la moda, entre otros. Todas estas presiones ejercidas sobre el cuerpo femenino actualmente son consideradas como otro tipo de violencia patriarcal. En otros términos, *“de los cuerpos de las mujeres se pueden extraer energías, poderes o productos que no se pueden... extraer de ningún otro sitio. El poder se inscribe en los cuerpos femeninos de múltiples formas (cuerpos enfermos, anoréxicos, dóciles, fértiles, violados, explotados, maltratados, prostituidos... cuerpos- útero... cuerpos-fetiché) y puede ejercerse desde múltiples lugares (instituciones, discursos...) para conseguir múltiples beneficios (amor incondicional, abnegación, niños, placer, fuerza de trabajo barato, trabajo doméstico gratuito...)”* (Fernández, 2004).

Por tanto, actualmente podemos observar una objetualización de la mujer en la sociedad, un camino que pasa por diversos estadios y cuyo final es la violencia sexual masculina ejercida sobre el cuerpo femenino.

Violencia en el espacio público

La violencia de género se hace palpable en los espacios públicos. Como ya se ha mencionado anteriormente, existen muchas posibles formas, e incluso estarán interrelacionadas con algunas de las violencias ya mencionadas anteriormente, aunque añadiendo el factor de que se darán en el espacio público. Se citarán a continuación algunos espacios donde puede darse este tipo de violencia:

- **Servicios:** Referido a restaurantes, cafeterías, tiendas, bancos o servicios de salud. Se puede manifestar en múltiples formas y situaciones. Constantemente las mujeres son sometidas a un menor nivel de atención hacia ellas si van acompañadas de un hombre. Suele ocurrir que, en presencia de un hombre y una mujer, la atención será desviada hacia el hombre: a quién se le pregunta, se le consulta y se le informa, puesto que existe un constructo subyacente que legitima y ensalza la opinión de este más que la de la mujer. Por otro lado, también puede darse todo lo contrario: exceso de atención y confianza. Cuando las mujeres son atendidas en comercios y servicios, los hombres a cargo de estos pueden sobrepasar los límites de confianza y dirigirse a ellas en un tono jocosos o seductor; desde contestar con palabras como “cariño”, “corazón” o “preciosa” hasta realizar comentarios todavía más intrusivos.
- **Transporte:** *Las conductas de acoso y abuso sexual en medios de transporte público y en la infraestructura de acceso, cometidas mayoritaria pero no exclusivamente contra mujeres adultas jóvenes, mujeres jóvenes y adolescentes, constituyen actos de violencia basados en razones de género, y por lo tanto, son actos discriminatorios en contra de una proporción muy importante de los usuarios/os que hacen uso de los modos de*

transporte público para desplazarse en los espacios urbanos (Rozas et al., 2015). Son muchas las mujeres que han sufrido abusos en los servicios públicos de transporte, siendo víctimas de intimidaciones, acosos y todo tipo de violencias sexuales, con menor o mayor nivel de gravedad percibida.

- Calle: Las relaciones de género en el espacio urbano han sido poco estudiadas en comparación al estudio de estas en otros ámbitos como el familiar o el laboral. Una de las manifestaciones más evidentes de la violencia en el espacio público es el acoso callejero al que son sometidas muchas mujeres. *Llamamos acoso sexual callejero a un conjunto de prácticas cotidianas, como frases, gestos, silbidos, sonidos de besos, tocamientos, masturbación pública, exhibicionismo, seguimientos (a pie o en auto), entre otras, con un manifiesto carácter sexual. Estas prácticas revelan relaciones de poder entre géneros, pues son realizadas sobre todo por hombres y recaen fundamentalmente sobre mujeres, en la mayoría de casos desconocidas para ellos* (Rivera, 2013). Es un error pensar que este tipo de acoso sólo se da en un contexto lúdico-festivo nocturno, puesto que se puede desarrollar en otras muchas circunstancias y a plena luz del día. Pese a que este tipo de acoso tiene un impacto importante en la libertad sexual y el derecho a libre tránsito, estas conductas han sido normalizadas y en algunos casos hasta legitimadas socialmente. La respuesta de las mujeres, en su mayoría, es la evasión, y la confrontación se da en pocas ocasiones. Algunas de estas estrategias son: no ir solas por la calle (especialmente de noche), evitar las zonas donde hay grupos de hombres e incluso no utilizar cierta tipología de prendas de ropa en lugares considerados peligrosos. En su estudio realizado en 2013, Rivera concluye lo siguiente: *se entrelazan conceptos como espacio público, patriarcalismo y machismo, habida cuenta de la fragmentación de estos espacios con el gran soporte de prácticas machistas, en las cuales la mujer es vista como un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar, sin derecho a réplica. Por otra parte, el modelo patriarcal se ve fortalecido al ser los hombres también los principales protectores y garantes de estas mujeres cuando se desplazan por las calles. La ciudad, desigual en muchos aspectos, se mantiene así como un espacio en el que las mujeres, en su gran mayoría, se sienten ajenas y se desplazan por ella, como quien se desplaza por territorio minado.*

Metodología

El siguiente trabajo es un estudio descriptivo, transversal, observacional y cualitativo.

Se han llevado a cabo ocho entrevistas semiestructuradas a personas trans con distintos perfiles:

- Hombre trans con operación de mastectomía, faloplastia y tratamiento en hormonas. (1)
- Hombre trans con operación de mastectomía y tratamiento en hormonas. (2)
- Hombre trans sin ninguna operación realizada y tratamiento en hormonas. (1)
- Mujer trans con operación de vaginoplastia, aumento de pecho y tratamiento en hormonas. (2)
- Mujer trans sin ninguna operación realizada y tratamiento en hormonas. (2)

El objetivo era entrevistar a sujetos con la mayor diversidad posible dentro del colectivo trans.

Se realiza un resumen de cada entrevista con las informaciones más relevantes extraídas, organizando estos resultados según las tres dimensiones de la violencia de género analizadas y ya citadas anteriormente. Finalmente, los resultados extraídos serán puestos en relación con la teoría expuesta en el marco teórico del trabajo. Las transcripciones y el análisis específico de cada una de las entrevistas se encuentran en los Anexos del trabajo.

Resultados

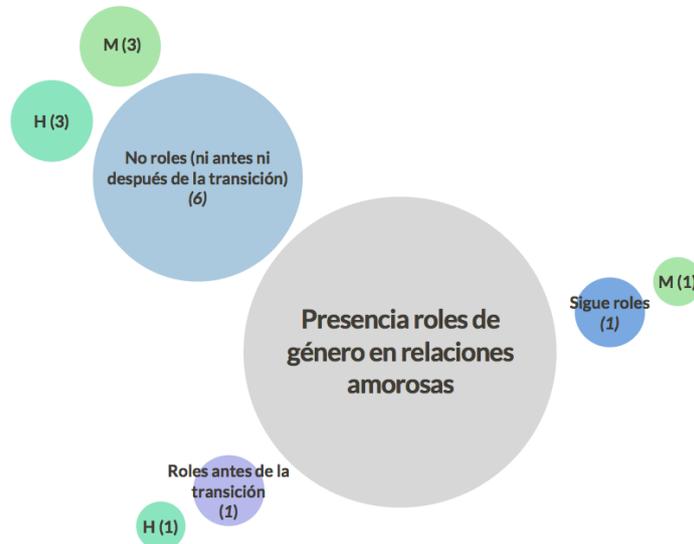
A continuación, se expondrán los datos extraídos de las ocho entrevistas realizadas. Se estructurarán en relación con las tres dimensiones de violencia de género que han sido exploradas durante las entrevistas: violencia de género en relaciones amorosas, violencia sexual y violencia de género en el ámbito público.

La violencia de género en relaciones amorosas

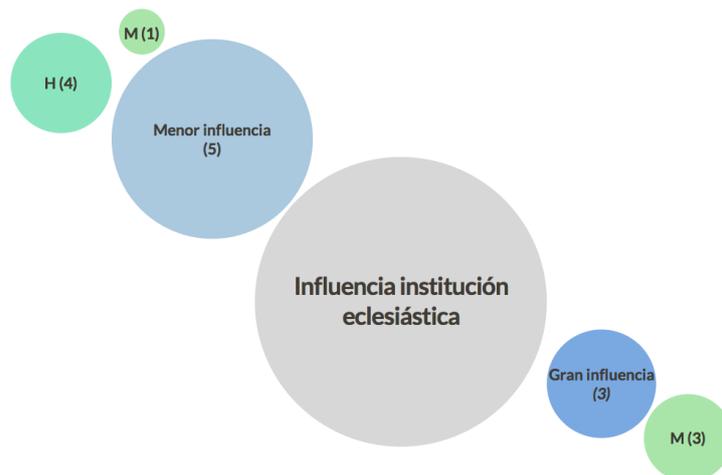
En primer lugar, determinamos que todas las personas entrevistadas consideran que su concepción del amor no se ha visto modificada con respecto a la que tenían de forma anterior a la transición. Todas ellas coinciden en que se ha producido un cambio, pero ha sido debido a un aumento en la seguridad en sí mismas y al propio aprendizaje, evolución y maduración individual.

Todas las personas entrevistadas afirman que los roles de género siguen muy presentes en las parejas de la sociedad actual. Aún así, en seis de las ocho entrevistas se descarta que esos

roles se den o se hayan dado en sus propias relaciones. Sólo una de ellas afirma que esos roles siguen estando presentes actualmente, y uno de los sujetos destaca que en sus relaciones anteriores a la transición, solía adherirse al rol femenino, de forma forzada, pero que actualmente, después de su transición, se encuentra bastante alejado de ellos. Existe una convicción general de que estos roles están implantados en un nivel profundo de la consciencia de las personas.

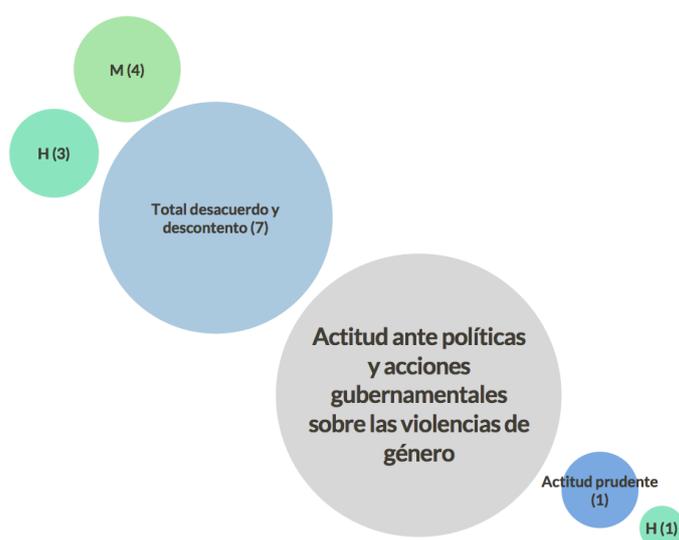


Todas las personas entrevistadas opinan que instituciones como la escuela y la iglesia tienen un papel destacado en las vidas de las personas de nuestra sociedad, en mayor o menor grado. Aún así, detectamos diferencias en relación con sus experiencias individuales. En tres entrevistas encontramos un gran peso de la institución eclesiástica. En una de ellas esta influencia es debida a que la persona fue criada en un entorno cristiano. En los otros dos casos, relacionan esta gran influencia a su edad (tratándose de las dos personas de mayor edad entrevistadas, de 51 y 60 años), puesto que consideran que el poder de la iglesia era más hegemónico en el pasado. En el resto de las entrevistas, pese a tener consciencia de la posible influencia indirecta de la Iglesia y de sus prácticas, consideran que ésta ha sido superficial y no ha tenido un impacto muy importante en sus relaciones amorosas.



En relación con la escuela, destaca que en todas las entrevistas se concluye que los roles de género han estado y siguen estando muy presentes en las instituciones académicas, y que por tanto se educa en esta disgregación según el género. Todos los sujetos han vivido esta disgregación desde una edad temprana, especialmente las dos personas de mayor edad.

Por otra parte, siete de las ocho personas entrevistadas son tajantes al afirmar que existe una gran falta de efectividad de leyes contra la violencia de género y que las políticas y actuaciones en contra de estas violencias son insuficientes en cantidad e intensidad. Uno de los entrevistados muestra una actitud más prudente, y afirma que en ocasiones las políticas no son adecuadas, pero que depende del caso.

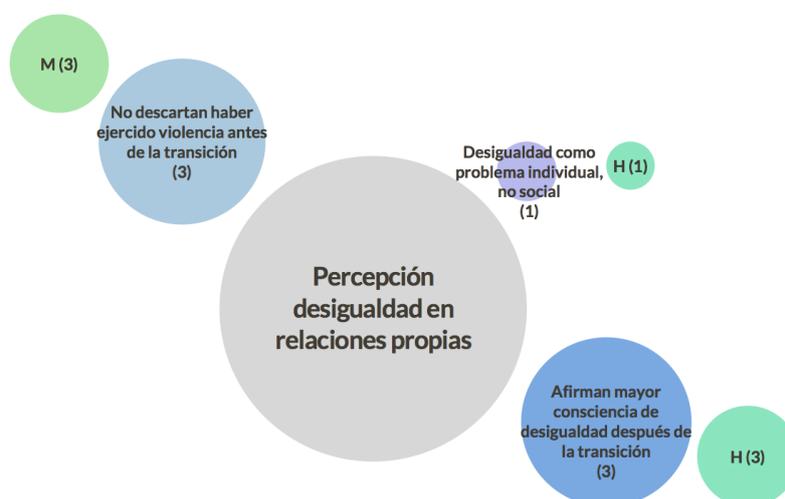


Por otra parte, cuatro de las ocho personas subrayan la frivolidad y la normalización que se produce de estas violencias por parte de los medios de comunicación; consideran que se trata de una forma excesivamente superficial que resta importancia a un tema de máxima gravedad.

Todas las personas entrevistadas coinciden en la existencia de una desigualdad destacable entre el género masculino y el género femenino, no sólo en el ámbito de las relaciones afectivo-románticas, sino en muchos otros contextos.

Aún así, observamos que existen dos versiones distintas respecto a si han sufrido o no esta desigualdad en sus relaciones. Por un lado, tres de las cuatro mujeres trans entrevistadas comentan que si ejercieron esta violencia en las relaciones que mantuvieron antes de iniciar su transición, no fueron conscientes de estar haciéndolo, aunque no descartan que sucediera. Por otro lado, tres de los cuatro hombres trans afirman ser mucho más conscientes de esta desigualdad después de su transición, no sólo en sus relaciones, sino en cualquier contexto de

la cotidianeidad. Uno de ellos afirma haber sentido de forma destacable esta desigualdad en sus anteriores relaciones, cuando era leído socialmente como mujer. Como último punto a destacar al respecto, uno de los hombres entrevistado da a entender que la desigualdad no es de carácter social, sino que depende de las personas que forman la relación, y por tanto focaliza en el nivel individual más que en el social o cultural.



Respecto a la opinión de las personas entrevistadas sobre el posible origen de las violencias de género, encontramos diversidad de opiniones y, pese a que siete de los ocho sujetos coinciden en que existen distintos factores que pueden provocar estas violencias, coinciden en que la base de las violencias de género se establece en la creencia de la superioridad masculina, absorbida a través de distintos medios. Cuatro de las personas entrevistadas (tres hombres y una mujer) consideran que la educación de carácter machista es el pilar central, y es lo que causa la creencia de supremacía del género masculino. Afirman que esta educación dicta una posición de poder para el hombre superior a la de la mujer, provocando como consecuencia las violencias de género en la vida adulta. Uno de los sujetos subraya la importancia de los modelos observados durante la infancia en la familia, la rigidez de los roles en la unidad familiar y las conductas violentas observadas en este entorno. Por otra parte, otro de los entrevistados destaca el refuerzo positivo de las conductas violentas que se ejerce sobre los niños desde muy temprana edad, provocando que estas conductas sigan repitiéndose en su vida adulta y puedan llegar a convertirse en violencias de género. Por último, destacamos la reflexión de uno de los entrevistados, que considera que estas violencias son fruto de la desconfianza y los malentendidos en el seno de la pareja, descartando el origen social de éstas.

Siguiendo la misma línea, siete de los ocho sujetos considera que en su entorno siguen dándose conductas machistas, en cualquier contexto, de forma constante, aunque algunas de

estas conductas pueden pasar desapercibidas por su normalización. Una de estas entrevistadas destaca las conductas machistas en el entorno laboral. Por otra parte, el entrevistado restante considera que el machismo ya no existe, y que *“es una ilusión mundial de mujeres con baja autoestima”*.

Ninguna de las personas entrevistadas se ha visto involucrada en situaciones de extrema violencia de género, aunque uno de los hombres comenta haber sido víctima de esta violencia antes de realizar la transición, cuando era leído como mujer, y dos de las mujeres (antes socialmente leídas como hombres) admiten haber llevado a cabo conductas machistas sobre sus parejas (aunque no de violencia física). Las conductas controladoras encontradas de forma anterior a la transición se justifican por la inseguridad, y se han dado en seis de los ocho entrevistados, cinco de ellos antes de su transición (tres mujeres y dos hombres). Destaca que cuando los hombres eran leídos como mujeres, estas conductas controladoras solían caer sobre ellos, y en el caso de las mujeres, anteriormente leídas como hombres, no señalan que fueran ellas el objeto de estas conductas, simplemente mencionan que sucedían.

La violencia sexual

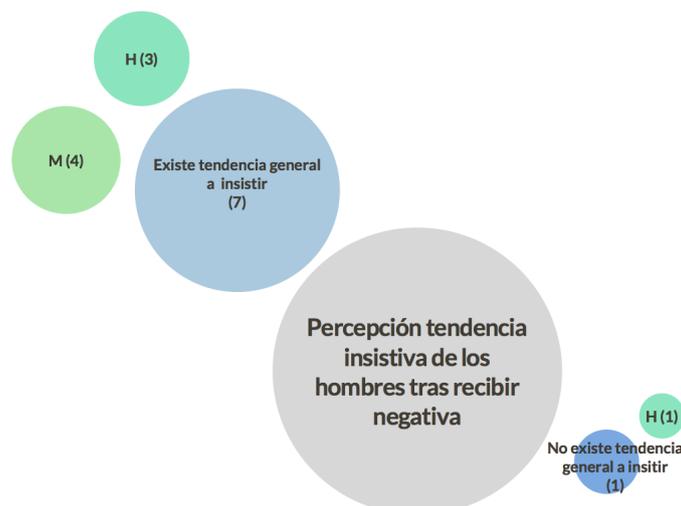
Todas las personas entrevistadas coinciden en que la violencia sexual abarca un amplio conjunto de conductas: cualquier acto de índole sexual que no sea consentido por ambas partes y en el que ambas no se sientan cómodas con él. Todos los sujetos están de acuerdo con respecto a que el acoso incluye desde miradas lascivas, comentarios inapropiados o la insistencia después de un “no”, hasta el contacto sexual no consentido o violación. También coinciden en que se aprecian distintos niveles de gravedad percibida en estos acosos, y que la violencia puede ser física, relacional o psicológica. Todos ellos han sido víctimas o testigos de este tipo de violencia, y éstas siempre han sido dirigidas hacia personas leídas socialmente como mujeres, nunca hacia hombres.

Por otra parte, seis de los ocho sujetos afirman sentirse más seguros en el momento de flirtear con alguien después de haber realizado su transición, pero no se asocia con el hecho de pertenecer a un género distinto, si no a su creciente seguridad en sí mismos. Uno de ellos afirma sentirse igualmente inseguro, y las dos mujeres de mayor edad comentan que hace tiempo que no llevan a cabo conductas de este tipo.

Tres de los cuatro hombres afirman haber sido acosados cuando eran leídos socialmente como mujeres después de rechazar a un hombre; también afirman que no les ha vuelto a pasar desde que son leídos como hombres.

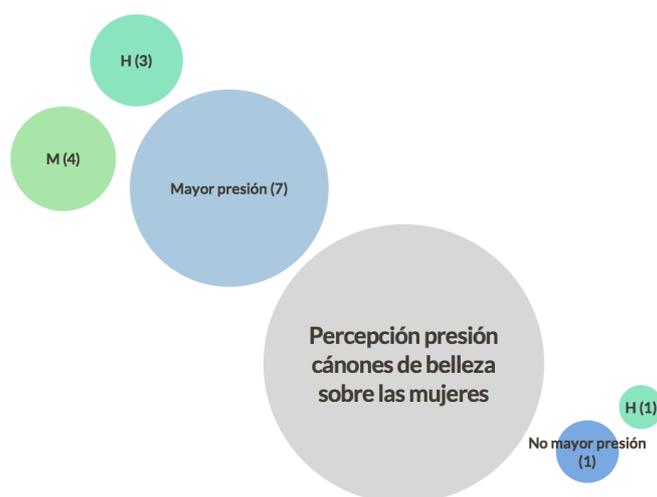


En el caso de las mujeres, ninguna de ellas ha realizado este tipo de conductas antes de su transición, pero dejan entrever que se han enfrentado a este tipo de situaciones en varias ocasiones después de ésta. Todos los hombres son tajantes a la hora de afirmar que, si fueran rechazados por una mujer, pedirían disculpas y su actitud sería de total comprensión hacia ella, y las mujeres niegan haber llevado a cabo este tipo de conducta cuando eran leídas como hombres, antes de su transición. Siete de los ocho sujetos afirman que existe una clara tendencia a la insistencia y al acoso por parte de los hombres sobre las mujeres después de ser rechazados. Dos de ellos hablan sobre el mito que afirma que cuando las mujeres dicen “no” en realidad quieren decir “sí”, creando la ilusión de que ésta está entrando en un juego de seducción en el que realmente no está entrando. Uno de los sujetos destaca algo interesante, y es que en muchas ocasiones la insistencia por parte de un hombre sobre una mujer cesa de forma inmediata cuando éste detecta la presencia de otro hombre en el grupo, momento en el cual suele dejar de insistir. Este mismo sujeto achaca este tipo de comportamientos a la constante sexualización de la mujer, de la cual se ha sentido víctima en muchas ocasiones antes de su transición.



Ninguno de los sujetos considera que tenga que ser el hombre el que deba dar el primer paso para iniciar una relación afectivo-romántica, puesto que se refuerzan así el papel subordinado de la mujer; todos están de acuerdo en que debe iniciarla aquel que se sienta más preparado para ello. Cuatro de los participantes destacan la tradicionalidad de este supuesto, especialmente las dos participantes de mayor edad, que explican que se trata de una idea muy característica de su época de desarrollo. Una de las mujeres afirma que, cuando era leída como hombre, sentía que este era el comportamiento que se esperaba de ella como figura masculina. Una de las entrevistadas destaca que la seguridad ante este tipo de situaciones es la clave y que, por lo común, los hombres suelen tener una mayor seguridad que las mujeres en estos contextos.

Existe un consenso casi generalizado respecto a las opiniones sobre la presión ejercida sobre las mujeres respecto a su físico: siete de los ocho entrevistados afirma que el género femenino soporta una carga mucho mayor respecto a su físico que el masculino, y que es constantemente presionado por los cánones de belleza establecidos por la sociedad, siendo juzgado de forma constante. Sólo uno de los entrevistados considera que las mujeres no reciben mayor presión, y que el hecho de sentir más o menos presión por el entorno tiene su origen a nivel individual, y que dependerá de características propias de la persona.

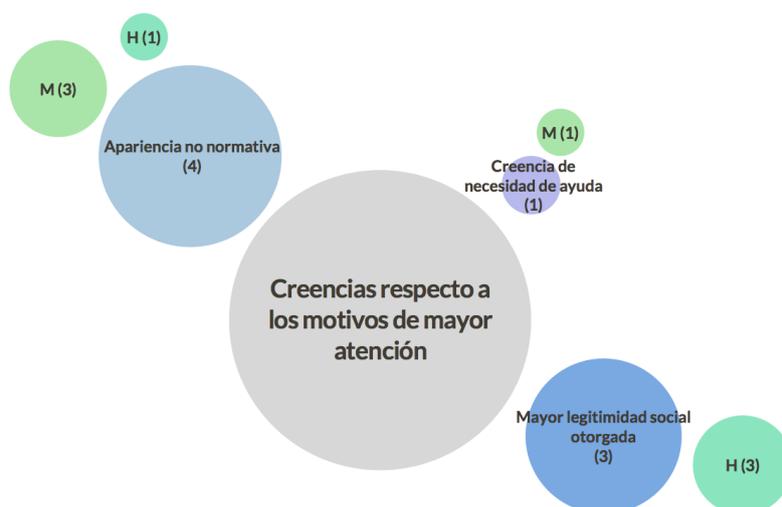


Este mismo sujeto afirma que ahora dedica un tiempo mucho mayor a arreglarse, mientras que los otros tres hombres entrevistados afirman que, de forma general, sienten que el tiempo empleado en su aspecto físico es inferior al que dedicaban cuando eran leídos socialmente como mujeres. Admiten sentirse más tranquilos y menos presionados a encajar en un prototipo físico que cuando eran considerados mujeres. En el caso de las mujeres, las cuatro entrevistadas coinciden en que después de su transición, la presión de los cánones de belleza aumentó de forma considerable, mientras que cuando eran leídas como hombres no notaban tanto el juicio

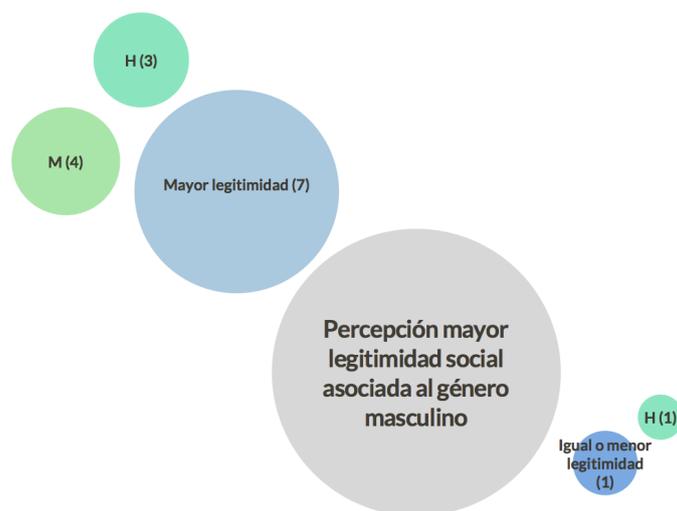
sobre su físico. También afirman dedicar ahora una mayor inversión de tiempo en su físico antes de salir de casa, mayor a la que realizaban antes de la transición, aunque no manifiestan sentirse molestas por esto; en dos de los casos (mujeres de mayor edad de la muestra) mencionan que “arreglarse” es una forma de reafirmarse y sentirse más seguras con ellas mismas.

La violencia de género en el ámbito público

Destaca que todas las personas entrevistadas subrayan una mayor focalización de la atención sobre ellas en los espacios públicos, pero los motivos varían. En el caso de los hombres, tres de ellos sienten una mayor atención sobre sus discursos u opiniones; podríamos categorizar este aumento de atención como “positiva” para ellos, aunque funciona, en la mayoría de los casos, en detrimento de la atención hacia el género femenino. En el caso de los hombres, esta atención se centra especialmente en aspectos más allá de lo físico (discurso, argumentos, opiniones, decisiones...), mientras que, en el caso de las mujeres, la atención se encuentra focalizada en lo físico, en las cuatro entrevistas realizadas. Una de las mujeres entrevistadas destaca que siente más atención hacia ella si no lleva una apariencia del todo normativa (normas que hablan de cómo debe ser físicamente una mujer, incluyendo ropa, pelo, físico...), una segunda entrevistada explica que esta atención es debida a la creencia de que las mujeres necesitan más ayuda para realizar las mismas actividades que los hombres, y las dos mujeres de mayor edad comentan que han recibido esta atención por su físico durante toda su vida, pero ha ido bajando conforme han avanzado en edad; una de ellas también destaca que ha sentido más atención por no encajar completamente en los cánones de belleza femeninos.



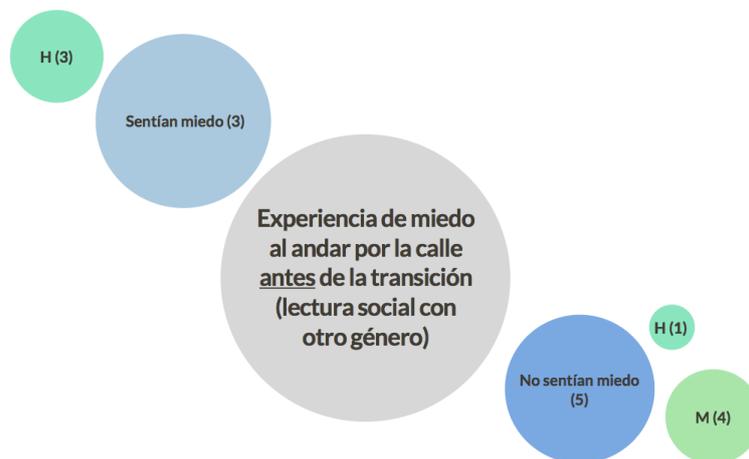
Siete de los ocho sujetos afirman que los hombres ostentan una mayor legitimidad social respecto a las mujeres, por lo que se les tiene más en cuenta y sus argumentos, sus opiniones y sus decisiones son más escuchados en comparación con el género femenino. Tres de los cuatro hombres afirman que así es como lo sienten, y recalcan el cambio experimentado en este sentido con respecto a cuando eran leídos como mujeres.



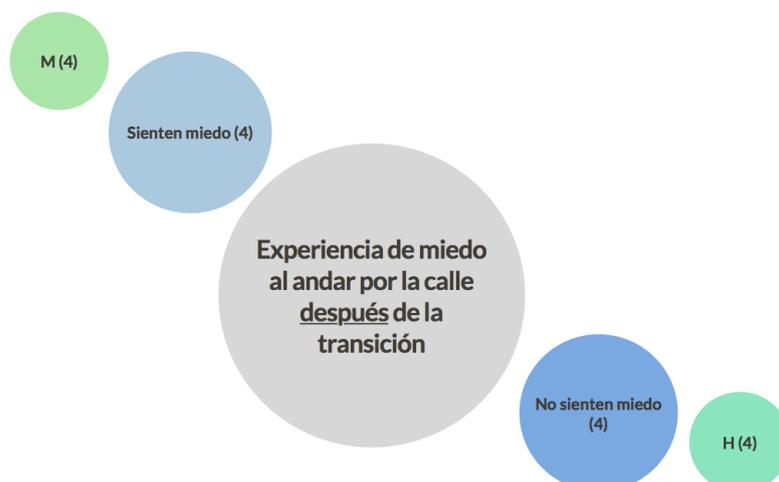
Por otra parte, todas las personas entrevistadas afirman sentirse más seguras ahora hablando en público que de forma anterior a la transición. Por tanto, no podemos relacionar esta sensación con el género, puesto que todos ellos afirman que es por una cuestión de aumento de seguridad en sí mismos después de la transición. Sólo uno de los chicos lo relaciona de forma explícita, además de con su creciente seguridad, con el aumento de legitimidad otorgada a sus palabras.

Se observa un consenso generalizado respecto a los comentarios como “guapx”, “corazón” o “cariño” que reciben. Por un lado, los hombres afirman que cuando eran leídos como mujeres, estos comentarios se daban de forma constante, incluso por parte de personas que no conocían, y que en ocasiones les generaban incomodidad y sensación de inseguridad si eran emitidos por hombres que no conocían o si se daban en la calle. También resalta que ahora apenas reciben este tipo de comentarios, excepto de personas cercanas. Sólo uno de los hombres explica que este tipo de comentarios en su mayoría eran emitidos por mujeres, mientras que los otros tres hombres afirman que provenían de hombres en su práctica totalidad. Por otro lado, las mujeres destacan que los reciben de forma común, mientras que cuando eran socialmente leídas como hombres no los recibían prácticamente en ninguna ocasión. Destaca que cuando estos comentarios son emitidos por mujeres, nunca son interpretados como machistas o peligrosos.

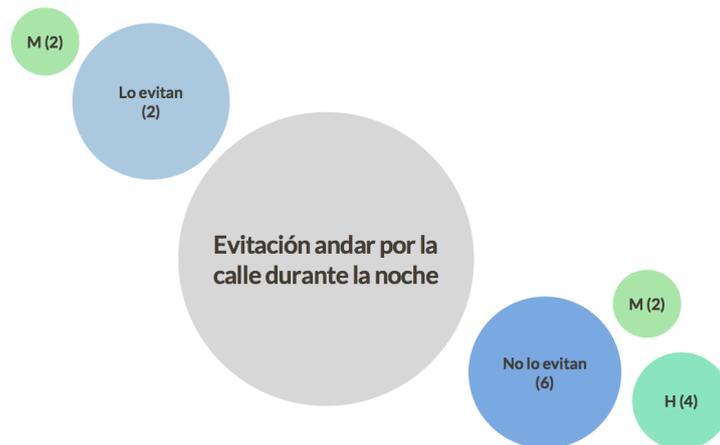
Respecto a la libertad en el espacio callejero, todos los hombres entrevistados afirman sentir libertad al estar en la calle en cualquier circunstancia. No ocurre lo mismo en el grupo de mujeres, en el que todas afirman sentir una libertad moderada e incluso mínima. Esta falta de libertad se asocia al miedo que sienten a ser víctimas de algún tipo de agresión sexual, siendo la noche el periodo del día en el que este miedo se manifiesta de forma más clara. Los hombres no sienten un miedo más allá de lo adaptativo y racional cuando van por la calle de noche, pero tres de ellos admiten haber sentido mucho miedo cuando eran leídos como mujeres; este miedo provocaba que llevaran a cabo multitud de conductas de seguridad (llamar a alguien mientras andaban, dejar un número de teléfono marcado, llevar las llaves entre los dedos, avisar a sus amistades cuando llegaba a casa sano y salvo...). Sólo uno de los entrevistados afirma que no sintió ni siente ningún tipo de miedo más allá del adaptativo, ni antes ni después de su transición, y que se siente y se sintió completamente libre.



Por su lado, todas las mujeres entrevistadas sienten actualmente mucho miedo al andar por la calle de noche, y llevan a cabo todo tipo de conductas de seguridad, tal y como se ha mencionado anteriormente. También destacan que antes, siendo leídas como hombres, no sentían este miedo ni inseguridad.

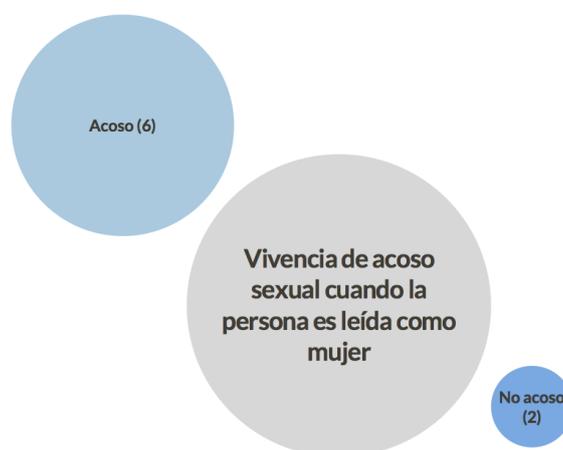


En general, la actitud de las personas entrevistadas ante agresiones verbales por la calle por parte de hombres es resuelta con conductas de evitación, y en ningún caso de confrontación. Este miedo lleva a dos de las entrevistadas a evitar la calle durante la noche. Las otras dos mujeres afirman que, aunque no lo evitan por completo, cuando deben andar por la calle de noche llevan a cabo todo tipo de conductas de seguridad (ir hablando por teléfono con alguien, llevar las llaves entre los dedos, dejar un número de teléfono marcado, cambiar de acera cuando ve a otra persona, especialmente si es un hombre...).



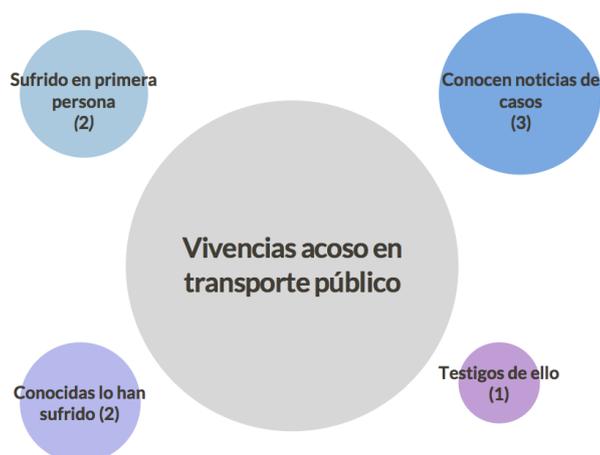
Dos de los hombres entrevistados afirman que, actualmente, son ellos mismos los que acompañan a sus parejas de género femenino y a sus amigas hasta casa, con el objetivo de reducir su miedo.

Seis de las personas entrevistadas, cuando han sido leídas como mujeres, han sufrido situaciones de acoso sexual en el contexto de ocio nocturno, ya sea dentro de locales o en la calle. Una de ellas afirma que no puede recordar con claridad una situación concreta, pero está segura de que es a causa de la normalización de este tipo de conductas.



Por otra parte, ninguna de estas personas, siendo leídas como hombres, han sido víctimas de este tipo de acoso.

Respecto al ámbito del acoso en el transporte público, dos personas de las entrevistadas lo han sufrido de primera mano (hombre y mujer). Es interesante destacar que en el caso de la mujer este acoso se produjo después de su transición (siendo leída como mujer) y en el caso del hombre fue de forma previa (también siendo leído como mujer). Por tanto, no encontramos entre los sujetos de la muestra que estas conductas se hayan dado sobre personas que son leídas como hombres. En el caso de la mujer, se trató de un intento de agresión sexual en el tren. En el caso del hombre, se trata de múltiples situaciones de acoso verbal, estando solo o en compañía de su pareja (mujer). Los otros seis participantes en las entrevistas afirman no haber sido víctimas directas de estas situaciones, pero uno de ellos ha sido testigo de ellas, viéndolas en directo, y otros dos afirman tener conocidas cercanas a las cuales les ha sucedido. Los tres entrevistados restantes afirman haber oído múltiples noticias sobre este tipo de acoso, dándose se siempre de hombres hacia mujeres.



Discusión

En el próximo apartado se relacionarán los elementos encontrados en los resultados con los distintos planteamientos teóricos sobre las violencias de género. Como en apartados anteriores, la discusión seguirá estructurándose según las tres dimensiones analizadas en las entrevistas con los distintos sujetos: violencia de género en relaciones amorosas, violencia sexual y violencia de género en el ámbito público.

Utilizando la perspectiva de Roberta de Alecanar-Rodríguez (2012), que considera que de entre todas las teorías existentes, el modelo ecológico y la perspectiva de género son las dos que mejor explican el fenómeno de las violencias de género, se compararán los resultados obtenidos con estos dos modelos, observando sus similitudes y disonancias, si las hubiere.

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997)

El modelo ecológico propone que para comprender un comportamiento es necesario ver más allá de éste, y tener en cuenta distintos factores del entorno en que se da y las interacciones que se dan entre ellos. El análisis se realiza a partir de círculos concéntricos, estableciendo el nivel individual, el microsistema, el exosistema y por último el macrosistema.

Encontramos elementos del **nivel individual** que se relacionan con las violencias de género. Por un lado, en las entrevistas sale a relucir la idea de que la observación de conductas violentas en el entorno familiar puede ser un factor de riesgo para desarrollar conductas de violencia de género en el futuro, visión que encaja a la perfección con la de Turinetta y Vicente (2008). Esta idea apoya, por otra parte, las teorías de la dinámica familiar, que asumen que la violencia es el resultado de problemas derivados de la interacción inadecuada en la familia y los patrones desadaptativos de resolución de problemas familiares.

Por otra parte, también se comenta el refuerzo positivo de las conductas violentas que suele ejercerse sobre las personas de género masculino desde muy temprana edad; tal y como afirmaba Carlson (1984), las creencias aprendidas en la familia de origen (como el hecho de que el carácter de los hombres debe ser agresivo en cierta medida) pueden constituir un factor de riesgo más.

Seguidamente encontramos el **nivel microsistémico**. Este nivel representa el contexto inmediato en que tiene lugar la violencia y normalmente habla del entorno familiar. Uno de los sujetos mantiene una opinión muy parecida a las afirmaciones que realizaba Belski (1980) respecto a las conductas agresivas y violentas en el seno de las familias. Algunas unidades familiares, al tener una baja tolerancia al estrés, acaban utilizando estrategias agresivas para la resolución de conflictos. Concretamente, el entrevistado hace alusión a los modelos agresivos observados en el ámbito familiar desde temprana edad, planteándolo como un posible factor predisponente a desarrollar conductas de violencia de género en la vida adulta.

Heise en 1998 explica que los maltratadores suelen querer ejercer control sobre los movimientos de la mujer. Podemos relacionarlo con los resultados obtenidos en las entrevistas,

en los cuales vemos que seis de las ocho personas entrevistadas han llevado a cabo conductas controladoras sobre sus parejas, y que las personas sobre las que recaían este tipo de conductas eran leídas socialmente como mujeres, es decir, no se ejercía este nivel de control sobre las personas leídas como hombres. Esto no quiere decir que puedan ser catalogadas como “maltratadoras”, sino que en ellas se producían conductas cercanas a la violencia de género que partían de la base del control sobre su pareja de género femenino.

También se hará referencia a este nivel en las otras dos dimensiones de las violencias de género expuestas en este trabajo.

En los resultados podemos observar distintos elementos que formarían parte del **nivel exosistémico** del modelo ecológico y que pueden mantener una estrecha relación con las violencias de género. En primer lugar, destacamos el papel de una de las estructuras formales de más relevancia: la Iglesia. Tres de los entrevistados comentan que esta institución ha tenido un gran peso en su forma de entender las relaciones amorosas. De forma genérica, la institución eclesial predica la sumisión, abnegación y pasividad de la mujer como virtudes esenciales en ésta, y la coloca en un lugar de poder inferior respecto al hombre, promoviendo la prosperación de modelo patriarcal en el que se producen y se sustentan las violencias de género. Las otras cinco personas restantes afirman que no han recibido una influencia muy destacable por parte de la Iglesia, pero admiten que han podido estar recibiendo una influencia indirecta, debido a que actualmente aún vivimos en una sociedad muy basada en el modelo ético y moral que establece la religión.

Por otra parte, podemos encontrar otra institución formal de gran importancia: la escuela. El relato de los sujetos entrevistados es unánime: en todas las entrevistas se ha llegado a la conclusión de que los roles de género estuvieron y están muy presentes en las instituciones académicas. Esto coincide con lo que explicaba Bernal en 2005 en su trabajo sobre la violencia de género en la escuela, en el que afirma que, pese a que las diferencias formales en los programas educativos para hombres y mujeres son prácticamente nulas, existen toda una serie de mecanismos de discriminación, como contenido sexista de los textos escolares, los materiales didácticos y la relación del profesorado con sus alumnas, que producen roles y concepciones discriminatorias de la mujer.

Estas dos instituciones (a las cuales se les ha dado un mayor peso en las entrevistas), juntamente con otras como el mundo del trabajo (que también es mencionado por una de las entrevistadas como uno de los entornos en los que más conductas machistas percibe) como a las redes sociales y la vecindad, hacen perdurar el problema del maltrato a través de pautas culturales sexistas y autoritarias, tal y como afirma Belski (1980).

En el nivel exosistémico también destaca la falta de efectividad de las leyes contra las violencias de género y la actitud ignorancia de las instituciones gubernamentales. Siete de las ocho personas entrevistadas están de acuerdo con esta falta de efectividad de la que se habla a nivel exosistémico. También existe entre los sujetos una sensación generalizada de la frivolidad que ejercen los medios de comunicación respecto a las violencias de género. Se habla de ellas de una manera muy superficial y poco crítica, mostrando en muchos casos modelos de impunidad ante el ejercicio de éstas, produciendo su normalización inconsciente. Además, también se da una normalización de la violencia a nivel general por la cantidad de modelos violentos que se exponen diariamente en los medios, provocando en la población una habituación a las conductas agresivas y violentas.

Respecto al nivel más genérico del modelo ecológico, el **macrosistema**, también se han podido detectar en las entrevistas distintos elementos que promueven y potencian las violencias de género. En primer lugar, los valores culturales y la ideología patriarcal que caracterizan nuestra sociedad potencian la adherencia a los roles de género. Podemos relacionar esto con la percepción de uno de los hombres entrevistados, que comenta que antes de su transición, cuando era leído como mujer, solía adherirse al rol femenino de forma forzada, puesto que así es cómo los valores de la cultura patriarcal dictan que debe ser. También podemos relacionar esto con el tipo de patriarcado en el que nuestra sociedad se encuentra inmerso, llamado patriarcado de consentimiento. Este tipo de patriarcado se caracteriza porque la persona no cumple las normas asociadas a su rol de género por miedo a ser encarcelada o a recibir algún tipo de castigo (como ocurre en el patriarcado coercitivo), sino que buscará de forma desesperada cumplirlas. Tal y como afirma Michael Foucault, este cumplimiento lo hará a través de las imágenes de la feminidad normativa contemporánea. Serán los medios los encargados de hacer que la persona piense que eso es lo que realmente desea por sí misma, aunque en realidad se trata de un deseo implantado. Destacamos la conciencia actual del sujeto de que realmente se trataba de un deseo implantado y no de un deseo propio.

Todas las personas entrevistadas coinciden en la existencia de una desigualdad muy importante entre el género masculino y el género femenino. Según Turinetti y Vicente (2008), esta desigualdad es la consecuencia del sexismo predominante que posiciona a la mujer en un lugar secundario la sociedad. Tres de los cuatro hombres entrevistados afirman ser mucho más conscientes de esta desigualdad después de su transición. Esto puede ser debido al cambio de la percepción de su género por la sociedad, que ha promovido un cambio de actitudes hacia ellos, colocándolos en un lugar de mayor poder, y por lo tanto promoviendo una mayor conciencia al observar este cambio.

Por otra parte, las mujeres entrevistadas, que anteriormente habían sido leídas como hombres socialmente, no descartan que llevaran a cabo algún tipo de violencia en sus relaciones, pero afirman no haber sido conscientes de estar haciéndolo. Podemos relacionar esto de nuevo con la teoría del nivel macrosistémico, que recalca que las ideas patriarcales presentes en la sociedad no sólo se encuentran en la cultura, sino que las personas pueden llegar a integrarlas como parte propia, constituyendo y estructurando su personalidad, y por lo tanto produciendo una normalización de estas conductas violentas y machistas.

Por tanto, realizando una integración de todos los resultados obtenidos, determinamos que la teoría del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997) se ajusta a las vivencias de las personas entrevistadas, ya que se han podido encontrar relaciones significativas entre lo expuesto por el modelo y los datos extraídos en las entrevistas.

Teoría de la perspectiva de género

Esta teoría utiliza el modelo patriarcal como eje para explicar la violencia de género en la sociedad actual. Según este modelo, la violencia es el medio utilizado para mantener la superioridad masculina. Este supuesto básico coincide con la percepción de siete de los ocho sujetos entrevistados, que consideran que la base de las violencias de género se establece en esta creencia de superioridad masculina. Además, dos de las mujeres admiten haber llevado a cabo conductas machistas sobre sus parejas cuando eran socialmente leídas como hombres. De nuevo aquí podemos ver que la violencia es utilizada por el patriarcado como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer, tal y como afirmaba Cantero en 2007.

Dado que siete de los ocho entrevistados atribuyen un origen social y cultural a las violencias de género, podemos concluir que estas visiones coinciden con otro de los supuestos de la teoría de la perspectiva de género, que postula que el problema de la violencia en la pareja no es de índole biológica, sino que es generado y reforzado por la ideología y la cultura patriarcal. Aun así, uno de los hombres entrevistados no coincide con esta visión, puesto que asocia estas violencias a la desconfianza y malentendidos que puedan surgir en el seno de la pareja, descartando así el origen social de estas violencias y planteando el problema como algo individual. También opina algo muy similar al hablar sobre la desigualdad, momento en el que expone que tampoco es de carácter social, sino que depende íntegramente de las personas que conforman la relación (a nivel individual). Este planteamiento también sería contrario a una de las demandas más potentes de la teoría de la perspectiva de género, que hace gran hincapié en la necesidad de problematizar cuestiones estructurales de la sociedad que impulsan y legitiman las violencias de género, partiendo de la base de que existe una distribución desigual de poder

entre hombres y mujeres. Además, este mismo sujeto realiza una afirmación respecto al machismo que se considera que es importante destacar, ya que asegura que el machismo ya no existe y que *“es una ilusión mundial de mujeres con baja autoestima”*. Consideramos esto como una expresión machista, basada en los valores culturales implantados por la ideología patriarcal. Se trata de una degradación de las mujeres que luchan en contra de este sistema, haciendo alusión a sus características psicológicas de forma negativa como ataque y justificación de su opinión. Por lo tanto, se trataría de una nueva muestra del rechazo del entrevistado a la idea de la problematización social de las violencias de género, puesto que parece considerar que no existe un problema a nivel de sociedad.

Vemos que, contemplando los resultados extraídos de las entrevistas, existe entre la muestra una gran coincidencia con los planteamientos de esta teoría, exceptuando el caso ya comentado.

Violencia sexual

En todas las entrevistas vemos una conceptualización de las violencias de género como un amplio conjunto de conductas, tal y como O’Donohue, Downs y Years (1998) concluyeron en su estudio, diciendo que la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas: desde las molestias superficiales hasta el abuso sexual. El hecho de que existan formas tan distintas de violencia provoca que también existen distintos niveles de gravedad percibida de estas conductas, haciendo que se normalicen algunas de ellas por no considerarse lo suficientemente graves y por una dificultad en su detección y limitación. En las entrevistas podemos detectar que los sujetos han sido víctimas de estas violencias, y que en su mayoría se han tratado de violencias de carácter más psicológico o relacional que no físico. La violencia física es aquella que es más visible y por lo tanto se detecta con mayor facilidad, mientras que la violencia psicológica o relacional es mucho más difícil de definir, detectar y aplicar límites sobre ella. Un ejemplo de este tipo de violencia relacional o psicológica es la insistencia por parte de los hombres cuando son rechazados por una mujer. Este tipo de conductas suelen asociarse a una gravedad percibida baja, y por lo tanto su limitación puede hacerse difícil para las mujeres. Siete de los ocho sujetos afirman que esta insistencia y acoso son patrones de conducta muy comunes en los hombres después de ser rechazados. Podemos relacionar este hecho con una de las aportaciones de Bedia en 2015 a la teoría feminista, que afirma que uno de los objetivos del dominio patriarcal es disciplinar los cuerpos de las mujeres para la disponibilidad sexual de los varones, y también podemos hacer alusión a la obtención de beneficios por parte del género masculino a través del cuerpo femenino, utilizando como arma el poder, tal y como describe Fernández (2004). Por

otra parte, dos de las personas entrevistadas hablan de la existencia del mito que afirma que cuando las mujeres dicen “no” en realidad quieren decir “sí”. Podemos relacionar esto con la cosificación de la mujer (que es una de las manifestaciones más evidentes de la violencia sexual) puesto que ésta es vista como un objeto de carácter sexual para el placer del hombre, sin adjudicarles ningún poder de decisión sobre sí mismas. De hecho, uno de los hombres entrevistados hacía alusión directa al concepto de la cosificación y constante sexualización de la mujer, de la cual se ha sentido víctima en múltiples ocasiones cuando era leído socialmente como persona perteneciente al género femenino. Este mismo sujeto también destaca una conducta muy típica entre los varones, y es que la insistencia por parte de un hombre sobre una mujer cesa de forma inmediata cuando éste detecta la presencia de otro hombre en el grupo, considerando al otro hombre merecedor de respeto, ya que es visto como un igual, y asignándole un lugar prioritario y de igual poder. En estas situaciones la mujer vuelve a ser vista como un objeto de consumo, un objeto al cual se le puede asignar un propietario (figura masculina).

Es destacable que todas las personas que han sufrido acoso han vivido este tipo de situaciones cuando eran leída socialmente con mujeres, nunca como hombres.

Pese a que ninguno de los entrevistados considera que deba ser la figura masculina la que dé el primer paso para iniciar una relación afectivo-romántica con una mujer, cuatro de ellos admiten la tradicionalidad de este supuesto, y una de las mujeres entrevistadas afirma que cuando era leída socialmente como hombre sentía que este era el comportamiento que se esperaba de ella. Podemos relacionar este hecho de nuevo con la cosificación e hipersexualización de la mujer, ya que a causa de los roles de género se sitúa al hombre como “*el conquistador*” y a la mujer como “*objeto de conquista*”. Otra de las mujeres entrevistadas asegura que los hombres suelen tener una mayor seguridad en este tipo de situaciones que las mujeres, pudiendo relacionar esta mayor seguridad con el lugar de mayor poder que le es otorgado al género masculino y con la concepción de la mujer como objeto de dominio y control.

Siete de las ocho personas entrevistadas afirman que el género femenino soporta una carga mucho mayor respecto a su físico que el masculino, y que se hace un mayor juicio de él. Relacionamos esto de nuevo con la cosificación de la mujer, ya que se separa su físico y los atributos que se consideran sexuales de su personalidad y valía personal. Además, esta presión es ejercida desde muy temprana edad, momento en que las mujeres empiezan a interiorizar que deben ser agradables a la vista según su cuerpo, y no por lo que son. Esta presión sobre el físico de las mujeres es debida a que uno de los objetivos del dominio patriarcal es disciplinar los cuerpos de las mujeres; para conseguir esta dominación y subyugación, el sistema patriarcal

utiliza una serie de elementos coercitivos, como son los cánones de belleza, y que según Michael Foucault son las armas que utiliza el patriarcado de consentimiento. En los resultados vemos cómo hay una plena consciencia de que las mujeres están constantemente sometidas a la presión que ejercen estos cánones, excepto en un caso, que rechaza esta idea y atribuye a factores individuales el hecho de que las mujeres sientan más o menos presión respecto a su físico.

Los hombres admiten sentirse mucho menos presionados que cuando eran leídos socialmente como mujeres, y las mujeres manifiestan haber sentido un aumento de esta presión después de su transición. Aún así, las cuatro mujeres entrevistadas manifiestan no sentirse molestas por dedicar una mayor inversión de tiempo a su físico después de su transición; podríamos relacionar esto de nuevo con el patriarcado de consentimiento, en el cual las personas buscan desesperadamente cumplir las normas asociadas a su rol, pensando que se trata de un deseo propio y no de un deseo implantado por el propio patriarcado.

Dos de las entrevistadas también afirman que en sus primeros años después de la transición solían dedicar mucho tiempo a su aspecto físico antes de salir de casa, ya que lo consideraban como una forma de reafirmación. Podemos relacionar esta reafirmación con la relación inconsciente que se hace de la feminidad con el ajuste a los cánones de belleza: a las mujeres se les inculca desde muy temprana edad que deben resultar agradables a la vista según su cuerpo. Es posible que esta reafirmación fuera causada porque inconscientemente se relaciona el hecho de ser mujer con el ajustarse a las presiones físicas impuestas por la sociedad patriarcal. También mencionaban que esto les aportaba una mayor comodidad con ellas mismas. En este caso puede estar dándose el mismo mecanismo: es posible que esta comodidad pueda estar siendo causada por el hecho de estar ajustándose a los cánones impuestos.

En resumen, haciendo una reflexión final respecto a esta dimensión, vemos cómo las conductas de violencia de género hacia las mujeres se dan de forma muy generalizada y es algo muy común. Podemos volver a relacionar esto con uno de los supuestos básicos de la teoría de la perspectiva de género, que califica la violencia como instrumento utilizado por el patriarcado para mantener la superioridad masculina.

Violencia de género en el espacio público

Todas las personas entrevistadas, independientemente del género con el que se identifiquen, afirman sentir una mayor focalización de la atención sobre ellas en espacios públicos, pero lo realmente interesante son los distintos motivos. Por un lado los hombres dicen

sentir una mayor atención sobre sus discursos, argumentos, opiniones y decisiones, mientras que las mujeres relacionan esta mayor atención con aspectos físicos. Es así como vemos cómo se cumple lo que tú Turinetti y Vicente en 2008 afirmaban respecto al nivel macrosistémico del modelo ecológico, que afirma que el sexismo predominante posiciona a la mujer en un lugar secundario en la sociedad. Por otra parte, también puede relacionarse con la cosificación de la mujer, ya explicado anteriormente, por la cual la persona es convertida en un objeto de carácter sexual para el placer de otra, separando su físico de su personalidad.

Una de las mujeres recalca que esta mayor atención también puede darse por la creencia de que las mujeres necesitan más ayuda que los hombres para realizar las mismas actividades. Podemos relacionar esto con la teoría de la socialización diferencial, que postula que las personas adquieren identidades diferenciadas de género por la influencia de los agentes socializadores. En este caso a las mujeres se las socializa en la dependencia, mientras que los hombres se los socializan en la autonomía y la independencia. Pese a que realmente estos supuestos no sean ciertos y las mujeres no dependen en absoluto de los hombres, aún existe la concepción social, promovida por la cultura y los valores patriarcales, de que son más dependientes y por lo tanto necesitan más ayuda.

Las otras tres mujeres comentan que en ocasiones sienten una mayor atención hacia ellas en espacios públicos por no ajustarse completamente a los cánones femeninos. De nuevo sale a relucir lo que afirmaba Bedia (2015): para conseguir la dominación y subyugación de los cuerpos de las mujeres, el sistema patriarcal utiliza una serie de elementos coercitivos como son los cánones de belleza. En el momento en que una mujer no se ajusta completamente a estos cánones, será señalada por la sociedad a causa de una disonancia con la cultura del patriarcado.

Por otra parte, siete de las ocho personas entrevistadas consideran que los hombres ostentan una mayor legitimidad social respecto a las mujeres. Esta mayor legitimidad, de la cual ya se ha hablado al principio del apartado, es debida a los roles culturales, que indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, promoviendo una sobrevalorización del masculino (Turinetti y Vicente, 2008). También cabe destacar, volviendo a hacer alusión al nivel microsistémico del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997), que Heise (1998) afirma que la toma de decisión masculina es un indicador de maltrato en sociedades con mayores índices de violencia. Tres de los cuatro hombres entrevistados afirman que efectivamente sienten un aumento en su nivel de legitimidad en situaciones sociales respecto a antes de su transición, en detrimento de la legitimidad otorgada a las mujeres. Uno de ellos hacía ilusión a que posiblemente esta sea una de las causas por las que se siente más seguro hablando en público, ya que un aumento de legitimidad percibida, causada por una mayor asignación de poder, provoca también un aumento en su seguridad.

Los cuatro hombres entrevistados afirman que cuando eran leídos como mujeres, recibían comentarios como “guapa”, “corazón” o “cariño” de forma constante, y en muchas ocasiones éstos eran emitidos por hombres que no conocían, causándoles incomodidad y sensación de inseguridad. Es necesario comentar que ahora que son leídos socialmente como hombres, apenas reciben comentarios de ese tipo y mucho menos por parte de otros hombres. Esto revela de nuevo una actitud de cosificación hacia las mujeres y, tal y como afirma Rivera (2013), revela situaciones de poder entre géneros, ya que son acciones realizadas en su mayoría por hombres y recaen fundamentalmente sobre mujeres, en muchos casos desconocidas para ellos. Siguiendo con los argumentos de Rivera (2015), la mujer es vista como un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta, sin derecho a réplica. Se trata, una vez más, de la inscripción de poder en los cuerpos femeninos por parte del género masculino.

Por otra parte, también es interesante analizar una de las reflexiones que hace uno de los hombres entrevistados, en la cual dice que si estos comentarios eran emitidos por mujeres no le hacían sentir incómodo, fuera antes o después de su transición, y no eran interpretados como opresivos o peligrosos. Podemos relacionar esto de nuevo con los roles de género y la cosificación de la mujer. Es posible que por el hecho de que las mujeres son vistas como objeto de conquista y no como conquistadoras, sus comentarios sean interpretados de forma distinta a los comentarios realizados por hombres, a los que socialmente se les adjudica una posición de poder mayor sobre el género femenino. Esta posición de poder y la ideología patriarcal que subyace a ella son las que probablemente provoquen que los comentarios de las mujeres sean catalogados como inofensivos, y en cambio unos comentarios muy similares pero realizados por hombres tengan una connotación de acoso u opresiva.

Respecto al espacio callejero, todos los hombres aseguran sentirse completamente libres en la calle, en cualquier circunstancia y a cualquier hora del día. En cambio, las mujeres manifiestan sentir una libertad moderada o mínima. Antes de que todas estas personas realizarán su transición, ocurría todo lo contrario: los hombres no se sentían libres y las mujeres sí. Percibimos así un gran impacto en el derecho al libre tránsito de las mujeres. Éstas manifiestan sentir miedo a ser víctimas de algún tipo de agresión sexual; tal y como afirma Rivera (2013) este tipo de agresiones revelan relaciones de poder entre géneros, puesto que son realizadas sobre todo por hombres y recaen fundamentalmente sobre mujeres, como hemos podido confirmar con las experiencias de los entrevistados.

Cabe destacar que las mujeres afirman mantener una actitud vigilante a cualquier hora del día, pero el mayor temor se concentra en el horario nocturno, hasta el punto de que dos de ellas afirman evitar la calle por la noche. Las otras dos mujeres afirman que, pese a no evitar la calle

en horario nocturno, se ven obligadas a aplicar una serie de estrategias protectoras que las hacen sentir menos inseguras. Algunas de las estrategias relatadas por las personas entrevistadas (que también eran llevadas a cabo por los hombres cuando eran leídas socialmente como mujeres) son el evitar zonas donde hay grupos de hombres, ir hablando por teléfono con alguien, tener un número de emergencia marcado, llevar las llaves entre los dedos de las manos... Todas las personas entrevistadas (excepto uno de los hombres, que manifiesta nunca haber sentido miedo, ni antes ni después de su transición) han desarrollado conductas evasivas en los espacios callejeros cuando se han dado situaciones de acoso, y en ninguno de los casos se ha llevado a cabo una confrontación, como la teoría afirma que es común que ocurra. Aún así es importante recalcar que el acoso callejero por parte de los hombres hacia las mujeres no se da sólo en contexto nocturno, sino que se puede desarrollar en muchas otras circunstancias y a plena luz del día.

Tal y como afirma de nuevo Rivera (2013), podemos observar cómo se produce una fragmentación de los espacios públicos con el gran soporte de prácticas machistas, puesto que se ve a la mujer como un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar, sin derecho a réplica. Esto provoca que la ciudad se convierta en un espacio en el que las mujeres, en su mayoría, se sienten ajenas y se desplazan por ella con un temor constante. Además, de forma paralela, se produce un fortalecimiento del modelo patriarcal puesto que los hombres también adquieren el papel de principales protectores y garantes de las mujeres cuando se desplazan por la ciudad, y así lo afirman dos de los hombres entrevistados, que aseguran que ellos acompañan a sus conocidas de género femenino hasta sus casas para evitar que sean víctimas de algún tipo de agresión.

Por otra parte, en contextos de ocio lúdico-festivo nocturno, las agresiones a mujeres son algo común, y así lo reflejan los resultados de las entrevistas, en los que vemos cómo seis de las ocho personas entrevistadas han sufrido este tipo de agresiones. Estas conductas son acciones de poder de un género sobre el otro, puesto que en la práctica totalidad de los casos son los hombres los que las llevan a cabo sobre las mujeres, y tienen un impacto en la libertad sexual de éstas muy importante. Cabe destacar que una de las entrevistadas admite no poder recordar una situación concreta en la que haya sido acosada, pero está segura de que se ha visto involucrada en alguna situación parecida. Podemos relacionar de nuevo este hecho con la normalización que se produce este tipo de conductas, haciendo que en ocasiones parean desapercibidas y sean olvidadas.

Es muy importante destacar el hecho de que todas estas agresiones han sido producidas sobre personas que eran leídas socialmente como mujeres, nunca como hombres, y es uno de

los cambios más potentes que aprecian las personas entrevistadas respecto a sus vivencias anteriores a la transición.

Las agresiones también son comunes en el transporte público, y así lo vemos en los resultados de las entrevistas, que revelan que dos de las personas entrevistadas los han sufrido de primera mano, mientras que las otras han sido testigos de ellas o conocen a alguien que las ha sufrido. De nuevo destaca el hecho de que todas estas agresiones se dan sobre personas que son leídas como mujeres, denotando de nuevo que éstas son percibidas como objetos (cosificación) sobre los que se puede hablar e inclusive tocar, tal y como afirmaba Rivera (2013). Rozas et al. (2015) afirma que las agresiones en el transporte público constituyen actos de violencia basados en razones de género, y por tanto son actos discriminatorios en contra de una proporción muy importante de las usuarias, y revelan de nuevo la relación de poder entre géneros.

Por lo tanto, como conclusión respecto a este bloque, vemos cómo en el ámbito público se reflejan claramente las relaciones de poder entre géneros, siendo el género masculino el que ostenta el mayor poder y lo inscribe sobre el género femenino, quién es objeto de opresión. Por tanto, concluimos que las violencias de género se manifiestan en absolutamente todos los ámbitos de la vida de las mujeres y en todos los contextos en los que se desarrollan, ya sea a nivel privado como a nivel público.

Conclusiones

Una de las conclusiones más destacables e importantes extraídas en este trabajo es la focalización de las violencias entorno a la figura de la mujer. Después de todo el análisis, vemos cómo el género femenino pasa a ser siempre la diana de todo tipo de conductas de violencia, ya sean explícitas o implícitas, físicas o psicológicas, visibles o no visibles. En cambio, raramente estas conductas se han dado sobre personas de género masculino.

Las personas trans entrevistadas para este trabajo han experimentado estas vivencias desde el punto de vista femenino y desde el masculino, y es importante destacar que todas ellas han sentido un cambio muy significativo en la forma en que su entorno se relaciona con ellas. Por un lado, los hombres (anteriormente leídos como mujeres) han sentido una menor presión estética sobre ellos, mayor legitimación social de sus opiniones y decisiones y, como factor más destacable, una menor y casi nula cosificación de su cuerpo, dejando de ser potenciales víctimas de agresiones sexuales. En el caso de las mujeres, se han dado los resultados inversos: después de su transición, han sentido un aumento en la presión social respecto a su físico y un aumento

del juicio hacia su apariencia, una sensación de relegación a un segundo lugar en la sociedad con respecto a sus opiniones y decisiones y una hipersexualización y cosificación de sus cuerpos.

Los cambios de actitudes hacia estas personas pueden atribuirse, por tanto, a razones de género. En el momento en que se produce un cambio en el género con el que socialmente se identifica a esta persona, produce automáticamente un cambio en las actitudes del entorno social hacia ellas. Esta es posiblemente la razón por la cual pueden ser más conscientes de muchas de las violencias de género que vivimos en nuestro día a día y que pasan desapercibidas debido a su normalización: en tiempos pasados no fueron víctimas de ellas, y ahora sí lo son (en el caso de las mujeres trans) o, en el caso contrario, anteriormente constituyeron el foco de estas agresiones y actualmente no (en el caso de los hombres trans). Vemos con esto la gran importancia que tiene el género en la sociedad y en nosotras mismas, ya que la asignación de uno u otro género condicionará por completo la vida de cada individuo, y determinará el poder que ostentamos en sociedad, establecerá unas expectativas sobre nosotros, nos asignará unos roles y tareas y nos adjudicará el lugar que ocuparemos en la jerarquía establecida por el modelo patriarcal. Es así como todas las personas existentes, independientemente del género al que pertenezcan, nacen ya siendo prisioneros del género.

Tal y como decía Simone de Beauvoir, en su libro *El Segundo Sexo* (1949): *“No se nace mujer: se llega a serlo”*.

Los resultados no dejan lugar a dudas sobre la existencia del patriarcado y las tendencias opresoras de este sobre el género femenino. Todas las actitudes que degradan a la mujer son causadas por este patriarcado, a la vez que lo sustentan, como si de un bucle sin fin se tratara. Es muy difícil para las mujeres escapar de la ideología patriarcal, puesto que se encuentra presente en cada rincón de nuestra sociedad, inclusive en el interior de todas nosotras, por haber nacido y haber sido criadas en este entorno. No conocemos otra realidad, y por eso en ocasiones resulta difícil la deconstrucción y visión global necesarias para poder ser conscientes de la constante opresión que recibe el género femenino y empezar a trabajar para ponerles fin. Sin duda, queda mucho trabajo por hacer, pero las mujeres no dejamos de trazar nuestro propio camino hacia liberación y la libertad. El primer paso es sembrar consciencia. El siguiente paso es el cambio.

En relación con futuros trabajos, sería interesante seguir indagando en las bases del sistema patriarcal y explorar, en base a lo encontrado, las diferentes formas que pueden existir para combatir el sistema injusto y desigual que impera. En este trabajo ha quedado expuesto la existencia y vigencia de este patriarcado, por eso considero que es importante indagar en los cambios necesarios para evitar su hegemonía.

Referencias

- Aduay, Arlette, Sandoval, Jorge, Ríos, Rafael, Cartes, Alejandra, & Salinas, Hugo. (2018). Terapia hormonal en la transición femenino a masculino (ftm), androgénica, para trans masculino o para hombre transgénero. *Revista chilena de obstetricia y ginecología*, 83(3), 318-328. <https://dx.doi.org/10.4067/s0717-75262018000300319>
- Álvarez, A. D. M. (2005). La construcción de un marco feminista de interpretación: la violencia de género. *Cuadernos de trabajo social*, 18, 231-248.
- Bedia, R. C. (2015). El cuerpo de las mujeres y la sobrecarga de sexualidad. *Investigaciones feministas*, 6, 7-19.
- Belski, J. (1980). Child maltreatment: an ecological integration. *American Psychologist*, 35(4), 320-335
- Bento, a. (2009). *A diferenca que faz a diferenca: corpo e subjetividade na transexualidade*. Bagoas, 4, 95-112
- Bernal, R. F. (2005). Violencia de género en la escuela: sus efectos en la identidad, en la autoestima y en el proyecto de vida. *Revista Iberoamericana de educación*, (38), 67-86.
- Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experiemetal ecology of human development. *American Psychologist*, 32(7), 513-531. doi: 10.1037/0003-066X.32.7.513.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós
- Butler, J. (1990). *El género en disputa*. Ciudad de México: Paidós.
- Cantera, L.M. (2007). *Casais e violência: Um enfoque além do gênero*. Porto Alegre: Dom Quixote.
- Carlson, B.E. (1984). Causes and maintenance of domestic violence: An ecological analysis. *Social service Review*, 58(4), 569-587.
- Carrión, F. (2008). Violencia urbana: un asunto de ciudad. *EURE (Santiago)*, 34(103), 111-130.
- Coral-Díaz, A. M. (2010). El cuerpo femenino sexualizado: entre las construcciones de género y la Ley de Justicia y Paz. *International Law*, (17), 381-409.
- De Alencar-Rodrigues, R., & Cantera, L. (2012). Violencia de género en la pareja: Una revisión teórica. *Psico*, 41(1), 116-126.
- Donapetry, M. (2008). Estado, Iglesia y violencia "de género". *Cuestiones de género: de la igualdad y la diferencia*, (3), 55-70.
- Edleson, J.L. & Tolman, R.M. (1992). *Intervention for men who batter: An ecological approach*. London: Sage Publications.
- Expósito, F., & Moya, M. (2011). Violencia de género. *Mente y cerebro*, 48(1), 20-25.

- Facio, A., & Fries, L. (2005). Feminismo, género y patriarcado.
- Ferrández, E. (2006). La violencia desde la perspectiva de género. Madrid: Centro Psicoanalítico de Madrid, Extraído desde: <http://centropsicoanaliticomadrid.com/antigua/revista/3/art4.html>
- Fox, G.L., Benson, M.L., DeMaris, A.A. & Van Wyk, J. (2002). Economic distress and intimate violence: Testing family stress and resources theories. *Journal of Marriage and Family*, 64(3), 793-807. doi: 10.1111/j.1741-3737.2002.00793.x
- Francia-Martínez, M., Esteban, C., & Lespier, Z. (2017). Actitudes, conocimiento y distancia social de psicoterapeutas con la comunidad transgénero y transexual. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 28(1), 98-113.
- García Becerra, A. (2009). Tacones, siliconas, hormonas y otras críticas al sistema sexo-género. Feminismos y experiencias de transexuales y travestis. *Revista Colombiana de Antropología*.
- Giberti, E. (2003). Transgéneros: síntesis y aperturas. *Sexualidades migrantes*, 31.
- Gil Rodríguez, E. P. (2002). Por qué le llaman género cuando quieren decir sexo? Una aproximación a la teoría de la performatividad de Judith Butler. *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social*, (2), 30-41.
- Gutiérrez, J. N. (2012). Muchas formas de transexualidad: diferencias de ser mujer transexual y de ser mujer transgénero. *Revista de Psicología*, 21(2), pág-7.
- Gutiérrez, J. N. (2012). Muchas formas de transexualidad: diferencias de ser mujer transexual y de ser mujer transgénero. *Revista de Psicología*, 21(2), ág-7.
- Heise, L.L. (1998). Violence against women: An integrated, ecological framework. *Violence Against Women*, 4(3), 262-290. doi: 10.1177/1077801298004003002
- III Informe CIIMU 2008 sobre l'estat de la infància i les famílies. Volum I. Malestar;, infància, adelescència i famílies, Chapter: Parelles adolescents: del amor i els seus límits, Publisher: Institut d'Infància i Món Urbà (CIIMU), Editors: Carme Gómez-Granell; Cristina Brullet, pp.257-358
- Maffía, D., Berkins, L., Cabral, M., Fernández-Guadaño, J., Fisher Pfaeffle, A., Giberti, E., ... & Soley-Beltran, P. (2003). *Sexualidades migrantes género y transgénero*. Feminaria Editora.
- Martínez-Guzmán, A., & Prado, M. A. (2015). Psicología e Identidades Transgénero en el contexto Iberoamericano. *Quaderns de Psicologia*, 17(3), 7-13.
- Moreno Marimón, M., González, A. y Ros, M. (2007). Enamoramiento y violencia contra las mujeres. En V.A. Ferrer y E. Bosch (Comps.), *Los feminismos como herramientas de*

cambio social (II): De la violencia contra las mujeres a la construcción del pensamiento feminista (pp. 21-34). Palma de Mallorca: UIB.

- Oakley, A., *Sex, Gender and Society*, Londres, Temple Smith, 1972.
- Olivella, M. (2015). *Explorando las (im)posibilidades de una ley interseccional sobre Violencias de género en el estado espanyol*. (Treball de fi de Màster publicat). Universitat Rovira i Virgili, Tarragona.
- Puleo, A. (2005). El patriarcado: ¿Una organización social superada?. *Temas para el debate*, 133, 39-42.
- Rivera, E. V. (2013). La violencia invisible: acoso sexual callejero en Lima metropolitana. www.lima:paremoselacosocallejero.wordpress.com.
- Rodríguez, N. E. M., Cervantes, O. O. G., & Martínez-Guzmán, A. (2015). Identidades transgénero y transfobia en el contexto mexicano: Una aproximación narrativa.
- Rozas, P., & Salazar Arredondo, L. (2015). Violencia de género en el transporte público: una regulación pendiente.
- Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo. *Nueva antropología*, 8(30), 95-145.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, 113, 190.
- Saffioti, H. I. (1992). Rearticulando género e clase social. *Uma questão de gênero. Rio de Janeiro: Rosa dos Tempos*, 183-215.
- Sánchez Romero, Margarita (2005) *Arqueología y género*. Granada: Univ. de Granada.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual: un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Bellaterra.
- Turinetti, A.Q. & Vicente, P. C. (2008). Hombres maltratadores: *Tratamiento psicológico de agresores*. Madrid: Grupo 5 Acción y Gestión Social
- Walker, S. y Barton, L.(Eds.) (1983). *Gender, class and education*. Nueva York: The Falmer Press.

Guion entrevistas

Datos generales:

- Presentación
- Consentimiento para ser grabado/a
- Edad
- Género
- Lugar de nacimiento
- Lugar actual de residencia
- Estudios/profesión
- ¿Pareja actualmente?
- ¿Cuándo empezaste tu transición?
- ¿Estás siguiendo algún tipo de tratamiento?
- ¿Has realizado alguna operación?

Violencia de género en relaciones amorosas:

Hombres:

- ¿Crees que tu concepción del amor ha cambiado después de tu transición?
- ¿Actualmente crees que siguen desarrollándose roles de género dentro de las parejas?
¿Crees que a ti te sucede?
- ¿Crees que instituciones como la iglesia, la escuela han tenido influencia sobre tu forma de desarrollarte en tus relaciones de pareja? ¿En qué crees que te ha influenciado/ ¿por qué crees que no han tenido influencia sobre ti?
- ¿Crees que las instituciones gubernamentales actúan correctamente respecto a las violencias de género (nivel social, nivel legal, etc.)?
- ¿Crees que existe una desigualdad de poder entre hombres y mujeres actualmente? ¿La has sentido en tus relaciones amorosas alguna vez?
- ¿Qué consideras que provoca las violencias en la pareja?
- ¿Crees que en tu entorno hay machismo?
- ¿Crees que se ha dado algún tipo de violencia dentro de tus relaciones de pareja? ¿Antes o después de la transición? → *Destacar que este tipo de violencias pueden ser muy sutiles, no necesariamente tenemos que estar hablando de maltrato físico.*

- ¿Consideras que alguna vez has tenido una actitud controladora hacia tu pareja, aunque fuera puntualmente o por algún tema en concreto?
 - o Si ha tenido parejas antes de la transición: ¿Tuvieron alguna vez esa actitud controladora sobre ti cuando eras leído socialmente como una mujer?

Mujeres:

- ¿Crees que tu concepción del amor ha cambiado después de tu transición?
- ¿Actualmente crees que siguen desarrollándose roles de género dentro de las parejas?
¿Crees que a ti te sucede?
- ¿Crees que instituciones como la iglesia, la escuela han tenido influencia sobre tu forma de desarrollarte en tus relaciones de pareja? ¿Cómo crees que ha sido esta influencia?
¿En qué crees que te ha influenciado/¿por qué crees que no han tenido influencia sobre ti?
- ¿Crees que las instituciones gubernamentales actúan correctamente respecto a las violencias de género (nivel social, nivel legal, etc.)?
- ¿Crees que existe una desigualdad de poder entre hombres y mujeres actualmente? ¿La has sentido en tus relaciones amorosas alguna vez?
- ¿Qué consideras que provoca las violencias en la pareja?
- ¿Crees que en tu entorno hay machismo?
- ¿Crees que se ha dado algún tipo de violencia dentro de tus relaciones de pareja? ¿Antes o después de la transición? → *Destacar que este tipo de violencias pueden ser muy sutiles, no necesariamente tenemos que estar hablando de maltrato físico.*
- ¿Consideras que alguna vez tu pareja ha tenido una actitud controladora hacia tu pareja, aunque fuera puntualmente o por algún tema en concreto?
 - o Si ha tenido parejas antes de la transición: ¿También tenían esa actitud controladora sobre ti cuando eras leído socialmente como un hombre?

Violencia sexual:

Hombres:

- ¿Qué crees que abarca el acoso sexual? → *Indagar sobre si considera que el acoso sexual se reduce a la violación o existen múltiples formas, mucho más sutiles y escondidas.*
- ¿Te sientes más seguro para intentar “ligar” con alguien?
- ¿Cómo crees que reaccionarías si fueras rechazado? ¿Crees que todos los hombres actuarían así?

- ¿Alguna vez, siendo leído como mujer, un hombre intentó flirtear contigo? ¿Fue un momento cómodo?
- ¿Crees que son los hombres los que tienen que dar el paso para empezar a flirtear con alguien? ¿Por qué?
- ¿Alguna vez has sentido que se te juzga únicamente por tu físico? ¿Cuando eras leída como hombre, te ocurría con la misma frecuencia?
- ¿Piensas mucho en tu físico cuando sales de casa? ¿Sientes la necesidad de arreglarte mucho? ¿Te pasaba antes?
- ¿Crees que las mujeres están más sujetas a las normas de belleza que los hombres?

Mujeres:

- ¿Qué crees que abarca el acoso sexual? → *Indagar sobre si considera que el acoso sexual se reduce a la violación o existen múltiples formas, mucho más sutiles y escondidas.*
- ¿Te sientes más seguro ahora para intentar “ligar” con alguien?
- ¿Cómo crees que puede actuar un hombre al que le digas “no”? ¿Crees que todos los hombres actuarían así?
 - ¿Alguna vez, siendo leída como hombre, fuiste rechazada? ¿Cómo actuaste?
- ¿Crees que son los hombres los que tienen que dar el paso para empezar a flirtear con alguien? ¿Por qué?
- ¿Alguna vez has sentido que se te juzga únicamente por tu físico? ¿Cuando eras leída como hombre, te ocurría con la misma frecuencia?
- ¿Piensas mucho en tu físico cuando sales de casa? ¿Sientes la necesidad de arreglarte mucho? ¿Te pasaba antes?
- ¿Crees que las mujeres están más sujetas a las normas de belleza que los hombres?

Preguntas sobre la violencia de género en el ámbito público:

Hombres:

- ¿Sientes más atención hacia ti en los sitios públicos (restaurantes, tiendas...)? ¿A qué crees que se debe?
- ¿Alguna vez algún trabajador (especialmente hombres) de cualquier servicio te ha hecho comentarios como “guapa”, “corazón” o “cariño”? // ¿Has oído que se los hacían a alguien? ¿Cómo te has sentido?
 - Antes de tu transición, ¿solían hacerte estos comentarios?

- ¿Quién crees que tiene más legitimidad socialmente cuando hay que tomar decisiones respecto a algo en el ámbito público? Ejemplo: ¿Quién crees que socialmente tiene más legitimidad para tomar la decisión de elegir un mueble para el salón, o comprar un colchón?
- ¿Te sientes más seguro/a hablando en público ahora?
- ¿Te da miedo ir por la calle? ¿Y antes de tu transición?
- ¿Te sientes libre por la calle?
- ¿Hay algún momento en el que evites ir por la calle?
 - ¿Antes?
- ¿Te has sentido alguna vez acosada en el transporte público o has visto situaciones de acoso? ¿Te ha pasado siempre?

Mujeres:

- ¿Sientes más atención hacia ti en los sitios público (restaurantes, tiendas...)? ¿A qué crees que se debe?
- ¿Alguna vez algún trabajador (especialmente hombres) de cualquier servicio te ha hecho comentarios como “guapa”, “corazón” o “cariño”? // ¿Has oído que se los hacían a alguien? ¿Cómo te has sentido?
 - Antes de tu transición, ¿solían hacerte estos comentarios?
- ¿Quién crees que tiene más legitimidad socialmente cuando hay que tomar decisiones respecto a algo en el ámbito público? Ejemplo: ¿Quién crees que socialmente tiene más legitimidad para tomar la decisión de elegir un mueble para el salón, o comprar un colchón?
- ¿Te sientes menos segura hablando en público ahora?
- ¿Tienes más miedo de ir por la calle? ¿Y antes de tu transición?
- ¿Te sientes libre por la calle?
- ¿Hay algún momento en el que evites ir por la calle?
 - ¿Y antes de la transición lo evitabas?
- ¿Has sido víctima de acoso estando de fiesta o lo has visto?
- ¿Te has sentido alguna vez acosada en el transporte público o has visto situaciones de acoso? ¿Si te han ocurrido, han sido antes o después de la transición?

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a A, un chico trans de 21 años. Actualmente vive en Rubí. Se identifica a sí mismo como heterosexual, tiene pareja (mujer) y estudia educación social. Empezó su transición social a la edad de 16 años, momento en el que empezó a comentar con sus amigos/as y familiares que quería ser llamado con un nombre de chico y a reclamar que quería ser tratado en masculino. Está siguiendo un tratamiento con hormonas masculinas (Testex). Se realizó la operación de mastectomía (extracción de las glándulas mamarias y masculinización del tórax, para obtener un pecho liso y simétrico). No tiene intención de realizar ninguna otra operación de reasignación por el momento.

Violencia de género en relaciones amorosas:

A comenta que actualmente mantiene una relación afectivo-romántica con una chica heterosexual. Cree que está viviendo un amor mucho más libre, aunque no cree que haya cambiado su concepción de este, sino que al sentirse mejor consigo mismo y con su cuerpo, puede aportarle más a su pareja y se siente mejor en sus relaciones amorosas. Considera que en su pareja apenas se siguen roles de género, aunque destaca que *“todos sabemos que tenemos estas dinámicas tan metidas dentro que puede que estén pasando y no nos demos cuenta”*.

Ni él ni su familia son religiosos, y por tanto cree que no ha tenido un impacto directo en su concepción de las relaciones, aunque sí cree que ha tenido impacto indirecto debido a la gran influencia de la iglesia en la sociedad en general. Respecto a otras instituciones como la escuela, comenta que de una forma u otra allí también están implantados los roles de género, y que siempre ha tenido que convivir con ellos: *“los chicos eran los fuertes, los que jugaban al fútbol y a pelearse. A las chicas no se les daba lugar en sus juegos.”* Cree que estar viendo y viviendo este tipo de dinámicas en las que los hombres son fuertes y las mujeres débiles ha debido de tener un impacto subconsciente en él, y que así ha ido integrando aún más el modelo clásico de relación amorosa.

Es tajante a la hora de afirmar que a nivel gubernamental la actuación es *“completamente lamentable”*, ya que *“la gente dice que cuando una mujer denuncia a un hombre le arruina la vida, pero veo a muchos violadores y maltratadores tan felices en la calle”*.

Al preguntarle sobre la desigualdad entre hombres y mujeres comenta que claramente la hay, aunque poco a poco parece que se está consiguiendo cierta igualdad. Enlaza esto con la siguiente pregunta, afirmando que algunos hombres suelen sentirse superiores a las mujeres y

por eso se dan situaciones de violencia en las parejas: *“es este sentimiento de: eres mía y por eso puedo hacer lo que quiera contigo”*. Antes de realizar su transición él siempre tuvo relaciones con otras chicas, pero esporádicamente mantuvo alguna relación afectiva con algún chico, y comenta que *“Aunque eran buenos chicos, tienen el patriarcado muy interiorizado, y yo también lo tenía. Nunca me hicieron sentir incómodo, pero tenía la sensación de que no tenía el control, sino que lo tenían ellos”*, pero no considera esto como una violencia directa, sino subyacente. Actualmente en su pareja es un tema que hablan a menudo e intentan que nunca se den este tipo de desigualdades, usando la comunicación constante como base.

Cree que en su entorno el machismo es más reducido que en otros, puesto que se mueve en ambientes bastante feministas en general, aunque las actitudes machistas están siempre y a veces son invisibles a nuestros ojos.

Violencia sexual:

A tiene claro que el acoso sexual abarca todo tipo de actitudes machistas hacia las mujeres, y no sólo la violación: *“silbarle a una chica por la calle es violencia sexual”*. Admite que cuando era leído como chica, no solía “ligar” porque no se atrevía; ahora cree que sí que tendría la voluntad de hacerlo si no estuviera con su pareja, pero lo atribuye a que quizás se siente mejor consigo mismo.

Cuando hablamos del rechazo, A es claro: *“no es no”*, aunque sabe que no todos los hombres piensan así: *“cuando la gente me veía como una chica, he tenido que aguantar a más de un hombre que no acepta un no por respuesta, por eso ahora sé muy bien dónde está el límite: en el momento en que la otra persona no se sienta cómoda, paras.”*

Por otra parte, sí que se ha sentido juzgado por su físico, especialmente antes de su transición. Ahora, a parte de sentirse mejor con él mismo, no se preocupa tanto por lo que la gente piense, aunque le gusta arreglarse. Cuando era leído como mujer, llevaba una estética parecida a la de ahora, y se sentía juzgado por ello. Es por esto por lo que considera que las mujeres tienen unos cánones de belleza mucho más estrictos que los hombres, y que están más obligadas a seguirlos.

Violencia de género en el ámbito público:

Comenta que, a la hora de ir a pagar a un restaurante, aunque no de forma directa, *“parece que esperen que sea yo el que pague si voy con mi novia”*. Cuando era leído como mujer, recibía constantemente comentarios por parte de trabajadores de servicios (como camareros) del estilo “guapa” o “corazón”, y ahora no los recibe. Admite que antes de su transición lo tenía normalizado, aunque puntualmente no le había hecho sentir cómodo.

Aunque recalca que esa no es su opinión, cree que de forma general se le otorga más legitimidad a los hombres en el momento de tomar decisiones, que son más escuchados y *“a veces nos toman más en serio, sin motivo”*. Sí considera que se siente más seguro hablando en público, pero de nuevo lo atribuye a su creciente seguridad en sí mismo.

Destaca mucho el tema de la libertad al ir por la calle y el miedo. Es tajante al decir que cuando era leído como mujer, pasaba mucho miedo, especialmente cuando volvía de fiesta. Siempre tenía que avisar a su grupo de que había llegado a casa sano y salvo, y estar pendiente de que sus amigas también llegaran bien. Corría por la calle para llegar lo antes posible, y en más de una ocasión pasó mucho miedo al ver a un hombre o grupo de hombres, aunque fuera a lo lejos. En este momento, en el que luce un aspecto que socialmente se consideraría masculino, admite que no siente miedo, porque *“no siento que sea la diana de nadie”*. Ahora acompaña a sus amigas a casa y vuelve él solo sin tener miedo de que lo violen o que lo sigan: *“sólo siento miedo por si alguien me atraca, como le podría pasar a cualquiera, pero no siento miedo a que alguien me viole o me siga hasta casa”*.

Respecto a la última pregunta, que habla sobre el acoso en el transporte público, comenta que nunca se sintió víctima de él, pero ha escuchado muchas noticias de chicas que son acosadas con tocamientos, silbidos e incluso hombres que se han masturbado a su lado.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

En esta entrevista podemos ver cómo se confirman características del modelo ecológico propuesto por Bronfenbrenner (1997): existen elementos a nivel individual, de microsistema, exosistema y macrosistema que interaccionan entre sí y que pueden explicar las violencias de género en la pareja.

Respecto al nivel individual, el entrevistado explica que considera que en su pareja actual los roles de género no se encuentran muy presentes, pero que aun así los roles son creencias aprendidas y que han estado presentes a lo largo de su vida, y éstas son consideradas factores de riesgo para el desarrollo de violencias en la pareja por Turinetti y Vicente (2008).

En relación con el exosistema, comenta que el papel de la iglesia ha tenido un impacto indirecto en su concepción de los roles de género, y que en la escuela ha sido testigo y partícipe de infinidad de situaciones protagonizadas por éstos. Como explica Belski (1980), estas instituciones hacen perdurar el problema del maltrato a través de pautas culturales sexistas y autoritarias. Por otra parte, está de acuerdo en que a este contexto ya de por sí discriminatorio,

se le suma la falta de efectividad de las leyes y la ignorancia de las instituciones, y así lo afirma diciendo *“la gente dice que cuando una mujer denuncia a un hombre la arruina la vida, pero veo a muchos violadores y maltratadores tan felices en la calle”*. Esta última frase puede relacionarse con la exposición por parte de los medios de modelos violentos que quedan totalmente impunes ante los ojos de la sociedad, provocando que esta violencia sea normalizada.

Como último punto respecto a esta teoría, en la entrevista también se han dejado ver algunos aspectos del macrosistema. El entrevistado opina que existe una clara desigualdad entre hombres y mujeres, y esto puede ser debido a los elementos culturales e ideológicos que conforman el macrosistema en el que se desarrolla la sociedad actual. Esto mismo también se relaciona con lo antes citado en el nivel individual, y que la persona entrevistada ha dicho textualmente *“todos sabemos que tenemos estas dinámicas tan metidas dentro que puede que estén pasando y no nos demos cuenta”*. De esta interiorización también habla la teoría de Bronferbrenner, afirmando que las ideas sobre el papel secundario de la mujer en la sociedad no sólo se encuentran en la cultura, sino que se acaban integrando como parte propia y constituyen y estructuran la personalidad.

Con todo lo dicho en la entrevista, determinamos que la visión multicausal de las violencias de género del modelo ecológico coincide con la del sujeto.

Teoría de la perspectiva de género:

La frase que el entrevistado pone de ejemplo explicando la desigualdad entre mujeres y hombres *“es este sentimiento de: eres mía y por eso puedo hacer lo que quiera contigo”* expresa a la perfección la base de la teoría de la perspectiva de género, según la cual la violencia es utilizada como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer y se la concibe como objeto de control y dominio por parte del sistema social masculino y opresivo. Además, nos explica que ha vivido situaciones de índole afectivo-romántica con hombres cuando era leído como mujer en las que ha sentido que *“no tenía el control, sino que lo tenían ellos”* y esto se relaciona con lo dicho anteriormente. Por tanto, el entrevistado está de acuerdo con que se da una distribución desigual de poderes en la pareja, especialmente cuando existe violencia.

También destaca la conciencia del sujeto de que el patriarcado es algo integrado en la sociedad: *“tienen el patriarcado muy interiorizado”*, y afirma que las actitudes machistas siempre están presentes pero que a veces no las vemos. Esto refleja la reclamación por parte de este modelo de convertir el problema de la violencia en la pareja en un problema social, problematizando cuestiones estructurales de la sociedad, más que plantearlo como un problema individual. Como vemos, el entrevistado también hace constante alusión a la sociedad y no se centra en lo individual.

Violencia sexual:

De la misma manera que el estudio de O'Donohue, Downs y Yeater (1998), el entrevistado afirma que existen multitud de actitudes violentas hacia las mujeres que van mucho más allá de una violación. Con la oración *“silbarle a una chica por la calle es violencia sexual”* deja claro que tiene consciencia de que existen diferentes niveles de gravedad percibida respecto a estas agresiones; este tipo del que él nos habla, concretamente, sería una violencia relacional o psicológica más que física, que suelen ser aquellas más difíciles de ser interpretadas como violencia y suelen ser normalizadas incluso por las víctimas.

Comenta que cuando era leído como mujer, tuvo que aguantar distintas situaciones en las que hombres tuvieron conductas de violencia sexual con él, ya que no aceptaban un “no”, y que él, ahora que es leído como hombre, es consciente de estas conductas puesto que las ha vivido y sabe poner límites: este límite se sobrepasa cuando la otra persona ya no se siente cómoda. Esto se relaciona con el artículo de Ortega y Moreno (2005) en el que afirman que algunas violencias pueden ser malinterpretadas como avances atrevidos de cortejo y esto dificulta su detección; es decir, que los límites a veces son sobrepasados y aun así se pasa por alto por una malinterpretación de estos.

Para finalizar este apartado, hablamos sobre la hipersexualización y la cosificación del cuerpo femenino. El entrevistado admite haberse sentido mucho más juzgado físicamente cuando era leído como mujer, y esto muestra como, a causa de la cosificación, la mujer es convertida en un objeto sexual y se separa su físico de su valía personal. Las mujeres son vistas como objetos de deseo, contemplación y consumo, e interiorizan desde muy pequeñas que deben ser agradables a la vista según su cuerpo, y no por lo que son. Podemos relacionar esto último con lo que el entrevistado afirmaba: al ser leído como mujer y vestir de una forma socialmente considerada como masculina, se sentía ampliamente juzgado, dado que no se ajustaba a los cánones de belleza que la sociedad marca para las mujeres. También recalca que es consciente que las mujeres están más coaccionadas a seguir esos cánones, y que ahora que es leído como hombre no siente una presión tan fuerte.

Violencia en el espacio público

El sujeto afirma que *“parece que esperan que sea yo el que pague si voy con mi novia”*, y se relaciona con la teoría de la perspectiva de género, ya que se observan los distintos lugares de poder que tienen los hombres y las mujeres en las relaciones. Esta desigualdad de poderes no sólo se deja ver dentro de la relación de pareja, sino también en todos los espacios públicos, debido a que es algo insertado en la conciencia social (el macrosistema, del modelo ecológico de Bronferbrenner (1997)).

En este apartado se vuelve a mencionar la violencia relacional o psicológica, que es la más difícil de detectar y a la que se le adjudica “menos gravedad”, cuando algunos trabajadores de servicios se dirigen a las mujeres con adjetivos como “preciosa” o “corazón”. El sujeto afirma que cuando era leído como mujer, escuchaba de forma constante estos comentarios hacia él, y que incluso los tenía normalizados (pese a que en alguna ocasión puntual lo hubieran hecho sentir incómodo), pero que ahora se ha dado cuenta que como hombre no los recibe. Esto también tiene relación con el estudio de Rivera (2013) en el que concluye que la mujer es vista como un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar, sin derecho a réplica; en cambio, los hombres no son vistos de esta manera, y es por esto por lo que al entrevistado ya no le sucede.

También admite sentir que se les da más legitimidad a los hombres en los espacios públicos a la hora de tomar decisiones, y afirma que se siente más escuchado ahora. De nuevo, se relaciona con la desigualdad de poderes de la teoría de la perspectiva de género.

Respecto al acoso callejero, el entrevistado destaca mucho el cambio después de su transición física. Explica que anteriormente, cuando era leído como mujer, pasaba mucho miedo al andar solo por la calle, especialmente de noche. Pese a que esto tiene un gran impacto en la libertad sexual y de libre tránsito de las mujeres, estos miedos han sido normalizados. Como respuesta, el sujeto cuenta que solía correr para llegar a casa, avisar a su grupo de amistades de que había llegado sano y salvo y se aseguraba de que todas sus amigas avisaran cuando llegaran a sus casas también. Esto es lo que se llaman “estrategias evasivas”, y es la reacción más usual de las mujeres ante el acoso sexual callejero. Por otra parte, comenta que ahora que es leído como un hombre, se ha dado un cambio radical y ya no tiene miedo. Por tanto, se deduce que este acoso suele producirse hacia las mujeres, y podría relacionarse de nuevo con la cosificación. Es más, afirma que ahora él mismo acompaña a sus amigas hasta casa y luego vuelve solo. Relacionamos esto último con un reforzamiento del modelo patriarcal, obteniendo el hombre el papel de “protector”, aunque también sea el agresor.

Por último, se habla sobre el acoso en el transporte público, que el entrevistado no ha sufrido, pero sí ha oído hablar de mujeres a las que han silbado, tocado o incluso se han masturbado delante de ellas. Volvemos a hablar, por tanto, de la cosificación, en la que las mujeres sólo son un objeto para uso y disfrute de los hombres.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a E, una chica trans de 27 años. Actualmente vive en Barcelona. Se identifica como lesbiana. Tiene pareja (mujer) y trabaja. Empezó su transición social a la edad de 18 años, exponiendo ante sus allegados que era una mujer trans, anunciándoles su nuevo nombre y pidiéndoles que la trataran en femenino. Destaca que su transición fue muy tranquila y que en todos los ámbitos de su vida fue bien recibida. Hasta el momento, no ha iniciado ningún tratamiento con hormonas y no está segura de que quiera hacerlo. Por otro lado, tampoco se ha realizado ninguna operación, pero en este caso sí que tiene claro que quiere llevar a cabo algunas, especialmente una implantación de prótesis mamarias.

Violencia de género en relaciones amorosas:

E mantiene en la actualidad una relación con una mujer (lesbiana). Comenta que su visión del amor ha cambiado a lo largo de los años gracias a las labores de autogestión de sus propios sentimientos y los de su pareja, pero no lo atribuye a su transición o al hecho de que sea una persona trans, sino al propio aprendizaje que ha ido adquiriendo con el tiempo y la madurez.

Cree que actualmente los roles de género siguen muy implantados, especialmente en parejas heterosexuales, y que aún queda un largo camino para que podamos desligarnos de estos patrones. Explica que en su relación no hay roles marcados, y que puede influir que sea una pareja formada por dos mujeres (aunque destaca que incluso en parejas homosexuales pueden asignarse roles de género sin ser conscientes de ello).

Cree que las instituciones como la iglesia o la escuela tienen influencias sobre todas nosotras, porque implantan un modelo de comportamiento y relacional que *“debemos seguir”*. Aún así, considera que su forma de vida está muy alejada de esas normas establecidas, puesto que es una mujer trans y lesbiana. Puede que en un momento de su vida sí que tuvieran influencia, antes de darse cuenta de que era una mujer trans, pero actualmente afirma que no. Respecto a la actuación a nivel gubernamental, considera que queda mucho camino por recorrer, puesto que la mujer sigue desprotegida en la mayoría de los casos de violencia de género, y que los castigos siguen siendo insuficientes.

Es tajante a la hora de afirmar que sigue existiendo mucha desigualdad entre hombres y mujeres, y admite que cuando era leído como hombre, en sus relaciones anteriores, estas dinámicas podrían haberse dado, aunque sin darse cuenta, ya que siempre tuvo mucho cuidado en no perpetuar este tipo de dinámicas. Cree que el origen de estas violencias es múltiple, que

no dependen solo de un factor, pero que se basan en el poder que les es otorgado socialmente a los hombres.

Por el tipo de relaciones que ha establecido a lo largo de los años, afirma que entre sus conocidos y conocidas las actitudes machistas son reducidas, pero que al moverse por el mundo ve múltiples machismos, especialmente en su entorno de trabajo.

Afirma que ni ella ni su pareja mantienen actitudes controladoras la una sobre la otra, y que siempre ha sido así, puesto que considera que es la base de una relación sana. Aún así, nos dice que, en otras relaciones, actitudes como los celos han estado presentes tanto por su parte como por la de la otra persona, pero no lo achaca tanto al hecho de ser leído como hombre, si no por las inseguridades subyacentes en ella y en la otra persona. Manifiesta que *“pocas veces he tenido actitudes machistas hacia mis parejas mujeres cuando aún no había iniciado mi transición porque nunca me he acabado de identificar como hombre”*.

Violencia sexual:

Afirma que el acoso sexual es cualquier actitud de índole sexual que no esté consentida por ambas partes, ya sea verbal o física: *“insistir después de un NO, es acoso”*.

Confiesa haberse sentido insegura siempre a la hora de “flirtear” con alguien, tanto ahora como anteriormente, pero que ahora siente más seguridad en sí misma, dado que se ha convertido en la persona que quería ser y se ve más fuerte para trabajar sus inseguridades.

Respecto a la pregunta de cómo actuaría un hombre si fuera rechazado, cree que depende mucho del tipo de persona del que estemos hablando, pero sí considera que actualmente muchos hombres todavía no saben aceptar un no y piensan que lo que la mujer está haciendo es entrar en un juego de seducción, cuando en realidad simplemente les está diciendo que no. A partir de este punto afirma que hay hombres que finalmente aceptan ese no y hay otros que continuarán insistiendo pese a la negativa. Nos comenta que esta *“es una de las formas de acoso más comunes y menos trabajadas en esta sociedad”*, a la cual se le resta la importancia que realmente tiene.

No considera que los hombres tengan que dar el primer paso para flirtear con alguien, pero sí que has sentido que cuando era leída socialmente como hombre es lo que se esperaba de ella. Comenta que desde el momento en que era leída como hombre ya han pasado algunos años, y cree que esta idea de que es el hombre que tiene que dar el primer paso cada vez se está extinguendo más, pese a que algunas personas siguen pensando así.

Cree que muchas personas tienden a juzgar a otras solo por el físico, tanto si eres hombre como si eres mujer o de cualquier otro género, pero que sobre las mujeres este juicio se da todavía con más fiereza y que así lo ha sentido ella, y además recalca qué sobre las mujeres trans hay

todavía más presión respecto a esto. Comenta que los hombres no suelen ser víctimas de estos juicios al nivel en que lo son las mujeres, puesto que sobre ellas recaen muchas más presiones sociales respecto al físico: *“en la televisión, la mayoría de los productos de belleza son dirigidos exclusivamente a mujeres”*. Ella en estos momentos siente que se preocupa por su físico, pero se siente cómoda haciéndolo, aunque repite y reafirma que como mujer se siente más juzgada socialmente, pero que es consciente de ello y cada día trabaja para deconstruirse y alejarse de los cánones sociales.

Violencia de género en el ámbito público:

Comenta que, si recibe más atención en ciertos sitios públicos, especialmente en lugares de ocio, se debe a la falsa caballerosidad y a esta falsa concepción de que las mujeres necesitan más atención que los hombres para realizar ciertas actividades o tareas. Manifiesta sentirse incómoda por recibir más atención de la que cualquier otra persona leída como hombre recibe, y que siente mucho rechazo cuando se da esta sobre atención. Nos dice *“no necesito que tú por ser un hombre y yo una mujer me abras la puerta”*.

Nos dice que en más de una ocasión ha recibido comentarios como “guapa” o “cariño” en algunos establecimientos, especialmente de la restauración, y que esto no la ha hecho sentir bien, puesto que no tenía ningún tipo de relación con la persona que se lo estaba diciendo. También comenta que si se trata de un hombre con el que tiene una relación agradable o de amistad, no le molesta que se den este tipo de comentarios, siempre y cuando no revelen una actitud machista *“si el chico al que le compro el pan todos los días y con el que hablo a menudo me llama “guapa” no me va a molestar, pero si me lo dice alguien que no tiene ningún tipo de relación conmigo, me sentiré como que ese comentario está fuera de lugar”*. Es tajante a la hora de afirmar que pocas veces ha recibido estos comentarios por parte de hombres cuando ella era leída socialmente como hombre, pero sí que los había recibido por parte de mujeres, pese a que considera que eso no revela ningún tipo de actitud machista cuando venía de una mujer.

Opina que hoy en día aún se tiene más en cuenta la palabra de un hombre que la de una mujer en el ámbito público, y que este es un pensamiento que tenemos muy arraigado, tanto hombres como mujeres como personas de cualquier otro género. Lo relaciona con el poder que se le otorga socialmente al hombre y con la visión de que está más capacitado para tomar ciertas decisiones, pensamiento con el cual está totalmente en desacuerdo.

Como mujer ha experimentado en muchas ocasiones el miedo a ir por la calle, especialmente cuando es de noche. Suele sentirse bastante insegura y afirma que eso es algo que le afecta bastante. Afirma que cuando era leída socialmente como hombre no tenía este problema, y que no tenía un miedo más allá de lo adaptativo y racional. Comenta que al miedo que puede

considerarse normal cuando se va sola por la calle, se le ha sumado el miedo de ser una mujer andando sola por la calle de noche, y afirma que es un miedo al que todas las mujeres se ven obligadas a enfrentarse día tras día. Dice que no considera que la sensación que tiene al ir por la calle sea de libertad, puesto que, tanto sea de día como de noche como mujer se ve expuesta a comentarios y miedos que tienen su raíz en la sociedad machista en la que vivimos. Aún así, intenta cada día sentirse un poco más libre y no dejar que este machismo tan implantado afecte a su vida diaria. Dice no evitar ir por la calle de noche, pero sí afirma intentar tomar ciertas precauciones *“como tienen que tomar la mayoría de las mujeres, por desgracia”* como son: ir acompañada de alguien, tener el móvil a mano por si es necesario avisar a alguien en algún momento, avisar cuando llega a casa, etc.

Afirma no haber sufrido un acoso muy descabellado estando de fiesta, pero comenta que ha vivido varias situaciones (especialmente momentos de rechazo hacia un hombre) en los que se ha sentido realmente incómoda ante la perseverancia de la otra persona.

Dice sentirse mucho más segura ahora hablando en público que antes de ser leída socialmente como mujer, pero lo achaca al incremento de la seguridad en sí misma que le ha proporcionado el hecho de iniciar la transición y el sentirse realmente bien consigo misma.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

En la charla con la entrevistada hemos podido detectar la presencia de los distintos niveles explicados en el modelo ecológico propuesto por Bronfenbrenner en 1997, ya que menciona diferentes factores tanto a nivel individual como de microsistema, exosistema y macrosistema. Estos factores son los que Bronfenbrenner propone que interactúan entre sí para explicar las violencias de género en la pareja. Turinetti y Vicente (2008) creen que la rigidez de los roles de género en la familia son uno de los factores de riesgo para las violencias de género, y pese a que la entrevistada afirma que en su pareja no se dan estos roles, cree que éstos están muy implantados de forma general. Es entonces cuando llegamos a la conclusión de que su aprendizaje se da en un primer momento a nivel individual y a través de las familias.

La entrevistada comenta que el papel de algunas instituciones, como la Iglesia o la escuela, tienen influencia sobre la forma que tenemos de desarrollarnos en nuestras relaciones de pareja, afirmando que estas instituciones ofrecen un modelo de comportamiento y relacional que debemos seguir. Aquí es cuando empezamos a hablar sobre el exosistema, formado por todas aquellas estructuras formales e informales del entorno de la persona. Tal y como afirma

Belski (1980), estas instituciones nos ofrecen unas pautas culturales sexistas y autoritarias, como son estos modelos comportamentales y relacionales a los que hace referencia la entrevistada. Estas pautas son totalmente inflexibles y poco cuestionadas, y podemos verlo a través de la afirmación de E: *“debemos seguirlas”*. Afirma que estas influencias posiblemente sí le afectaron antes de darse cuenta de que era una mujer trans; por lo tanto, cuando era leída como hombre, también era víctima de la presión producida por estas pautas culturales, pero siendo ella quién tenía la posición autoritaria en ese momento por ser leída como hombre. Del exosistema también forman parte todas aquellas leyes y acciones gubernamentales de escasa efectividad. También recalca la desprotección de la mujer ante casos de violencia de género, y la impunidad de las personas que infringen esta violencia. Esta impunidad podríamos relacionarla con la normalización que se produce de estas violencias. Como último punto respecto al exosistema, el mundo del trabajo también forma parte de este subnivel, y la entrevistada también ha podido apreciar la existencia de estas pautas de forma asidua en su entorno de trabajo. De hecho, recalca que es uno de los entornos donde más conductas misóginas percibe, y lo compara con su microsistema, en el que niega que se den actitudes machistas.

Encontramos, por último, varios elementos del macrosistema de E a tener en cuenta. La entrevistada cree que actualmente sigue existiendo mucha desigualdad entre hombres y mujeres. Esta desigualdad, según Turinetti y Vicente (2008), puede estar siendo provocada por el posicionamiento de la mujer en un lugar secundario de la sociedad. Por otra parte, el modelo ecológico afirma que este entramado de ideas sobre la inferioridad de la mujer no se encuentra sólo en la cultura, sino que llegan a interiorizarse en las personas para acabar siendo parte propia de estas, constituyendo y estructurando parte de su personalidad. Esto podemos verlo de forma clara en varios momentos de la entrevista que hemos realizado: E comenta que en sus relaciones anteriores pueden haber existido dinámicas de desigualdad de poderes cuando era leído como hombre y mantenía relaciones amorosas con mujeres, aunque éstas no hayan sido conscientes (y aquí es donde se percibe esta interiorización de patrones, en el momento en que esta integración de ideas es tan profunda y se hace desde un momento tan temprano, que las conductas a las que nos llevan pueden llegar a no ser detectadas por su normalización), y en el momento en que afirma que el hecho de otorgar mayor legitimidad a los hombres en la toma de decisiones *“es un pensamiento muy arraigado”*. En las preguntas sobre la violencia de género en el ámbito público también podemos ver asomar de nuevo las pautas culturales sexistas propias del macrosistema en el que vivimos actualmente, cuando la entrevistada habla sobre la falsa caballerosidad y la falsa concepción de que las mujeres necesitan más atención que los hombres. Esto claramente refleja una ideología de inferioridad sobre las mujeres y ejemplifica

algunas de las pautas culturales implantadas socialmente, como es el hecho de que los hombres deben abrirle la puerta a las mujeres o de que deben retirar la silla en el momento de sentarse. Por último, con respecto al macrosistema, la entrevistada afirma que las violencias no tienen su origen en un solo factor: podemos relacionar esto con el contenido de la teoría sobre el macrosistema, en el que se afirma que, pese a que todos los hombres son expuestos al macrosistema y a sus ideologías y pautas, éstas no son causa única ni justificación de las violencias ejercidas.

Después de realizar el análisis, determinamos que la visión multicausal de las violencias de género del modelo ecológico coincide con la del sujeto.

Teoría de la perspectiva de género:

Según Turinetti y Vicente (2008), se indican distintos lugares de poder para cada género con una sobrevaloración de lo masculino. Esta distribución desigual la podemos observar en varios puntos de la entrevista y en relación con diferentes temáticas. En primer lugar, hablamos de una distribución desigual de poderes en el entorno de trabajo. Más adelante, en el momento en que se habla sobre la iniciativa a la hora de iniciar un contacto con alguien de forma afectiva o amorosa, la entrevistada afirma que cuando era leída socialmente como un hombre sentía que lo que se esperaba socialmente era que fuera ella quien debiera iniciar el cortejo, reflejando así los diferentes lugares de poder establecidos para hombres y mujeres, siendo el hombre visto como “el conquistador” y la mujer “objeto de conquista”, y siendo también vista la mujer como objeto de control y dominio. En tercer lugar, apreciamos esta sobrevaloración de lo masculino entorno a la mayor legitimidad otorgada socialmente al hombre en la toma de decisiones; así lo afirma E, diciendo que se ve al hombre como el género más capacitado para tomar ciertas decisiones. Por otra parte, también se revelan estos distintos lugares de poder para mujeres y hombres cuando la entrevistada asegura que cuando recibía ciertos comentarios como “guapo”, “cariño” o “corazón” por parte de mujeres cuando era leído como hombre, no se sentía incómoda, cosificada u oprimida ante estos, revelando así que, aun siendo la misma conducta, la interpretación que se hace es distinta en relación al género del emisor, y que por tanto el papel de las mujeres y los hombres es diferente.

También habla de las actitudes controladoras presentes en sus relaciones anteriores en las que era leída como hombre. Aunque afirma que este tipo de actitudes se han dado tanto por su parte como por la de sus anteriores parejas, pueden relacionarse sus actitudes con la concepción de la mujer como objeto de control y dominio por parte masculina, y con la utilización de la violencia para mantener la superioridad masculina imperante, que es la idea base de la teoría de la perspectiva de género. También habla de cierta sensación de inseguridad, que asegura que

era la causante de este tipo de conductas. Si profundizamos en esta inseguridad, ésta podía estar siendo causada por la presión social ejercida también sobre el género masculino, que determina que el hombre debe mantener una posición de superioridad respecto a la mujer. Si esta posición de superioridad se ve amenazada, puede que constituyera la fuente de esta sensación de inseguridad.

También recalcamos que, al hablar de este tipo de conductas controladoras, la entrevistada asegura que pocas veces ha tenido actitudes machistas con sus parejas, puesto que nunca se acabó de identificar como hombre. Esta afirmación podemos relacionarla con el hecho de que, al no sentirse hombre, no siente como propia la superioridad implantada al género masculino a partir de las ideologías y de la cultura patriarcales, y por lo tanto lleva a cabo menos conductas opresivas.

En la entrevista también podemos apreciar que se hace constante alusión a la sociedad como problema, y en ningún momento se señala de forma concreta e individual a las personas como unidad de cambio. Esto refleja la lucha constante que se lleva a cabo desde la teoría de la perspectiva de género, en la que se reclama una problematización social de las violencias de género, sin una centralización a nivel individual.

Preguntas sobre violencia sexual:

La entrevistada comenta que el acoso sexual abarca *“cualquier actitud sexual que no esté consentida por ambas partes”*, de la misma forma que afirman O’Donohue, Downs y Yeater en su estudio de 1998, que afirma que la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas. *“Insistir después de un NO, es acoso”*, dice E, reflejando con ello el conocimiento sobre la existencia de distintos niveles de gravedad percibida respecto a las conductas violentas, y también de distintos tipos de violencia, poniendo énfasis en la existencia de la violencia relacional o psicológica, y no sólo la física. Considera que a esta violencia psicológica se le resta importancia, haciendo alusión de nuevo a los distintos niveles de la gravedad percibida y que *“es una de las formas de acoso más comunes y menos trabajadas en la sociedad”*. El hecho de que se trate de una violencia psicológica o relacional hace más difícil su detección, interpretación y limitación por parte de la persona que está recibiendo esta violencia.

Comenta también que muchas ocasiones ocurre que los hombres reciben las negativas y piensan que la mujer está entrando en algún tipo de juego de seducción. Aquí vuelve a hacerse patente el hecho de que los límites en estos tipos de violencia están muy difusos y que en muchas ocasiones se da una mala interpretación de las actitudes de las mujeres ante estas violencias. Esta mala interpretación por parte de los hombres está basada en la cosificación de la mujer, en la que ésta es vista como objeto de deseo, contemplación y consumo, sin derecho a réplica por

su parte. Como dijo Bedia en 2015, uno de los objetivos del dominio patriarcal es disciplinar los cuerpos de las mujeres para la disponibilidad sexual de los varones, y esta es una de las ideas en las que probablemente se base esa interpretación errónea.

Para cerrar este apartado, destacaremos varios puntos de la entrevista en los que se habla sobre la hipersexualización de la mujer. La hipersexualización provoca la generación de distintos roles de género en los que se sitúa al hombre como “el conquistador” y a la mujer como “objeto de conquista”. Esto encaja perfectamente con la vivencia de la entrevistada, que nos comenta que cuando era leída socialmente como un hombre lo que se esperaba es que fuera ella (considerada como el hombre) quien que diera el primer paso para cortejar a una mujer.

También considera que sobre las mujeres el juicio basado únicamente en el físico es mucho más fiero que el que se aplica a los hombres, y que así lo ha sentido ella en su día a día. Este tipo de juicios no dejan de ser los elementos coercitivos que utiliza el sistema patriarcal para conseguir la dominación y subyugación de la mujer, tal y como describe la teoría feminista. Desde muy temprana edad se le inculca la mujer que debe ser objeto de deseo, contemplación y consumo y que debe resultar agradable físicamente.

Violencia en el espacio público:

Como dijo Rivera en su estudio realizado en 2013, la mujer es vista como un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar y lo más importante, sin derecho a réplica. Es por esto por lo que la entrevistada destaca que anteriormente cuando era leída como hombre no tuvo miedo a ir por la calle más allá del adaptativo y racional, pero que ahora se siente insegura por el simple hecho de ser mujer. Ahora siente que alguien se siente con el suficiente poder como para hablar de ella en voz alta o tocarla, y que además esta persona cree que no tiene derecho a que ella replique.

También podemos apreciar en este apartado la normalización e incluso legitimación de este tipo de conductas y de la ideología patriarcal que hay detrás de ellas, cuando la entrevistada afirma que todas las mujeres se ven obligadas a enfrentarse día tras día a múltiples conductas de acoso callejero. Todas estas prácticas, como afirma Rivera (2013), revelan relaciones de poder entre géneros, pues son realizadas sobre todo por hombres y recaen fundamentalmente sobre mujeres.

Mencionando de nuevo el estudio de Rivera (2013), en el que expresa que la calle se mantiene como un espacio en el que las mujeres en su mayoría se sienten ajenas y se desplazan por ella con cierto temor, vemos como encaja con lo que relata E, puesto que dice no sentir una completa libertad al andar por la calle, ya sea de día o de noche. Para acabar, también se mencionan una serie de estrategias que suelen ser la respuesta de las mujeres a este acoso

callejero. Estas estrategias, como bien indica la teoría, suelen ser evasivas y pocas veces confrontativas: así lo confirma la entrevistada, que nos dice que suele tomar "*ciertas precauciones*" como ir siempre acompañada de alguien, especialmente en horario nocturno, tener el móvil a mano por si es necesario realizar una llamada de emergencia, avisar en el momento en que llegue casa, etc .

Transcripción

Datos generales: V es una chica trans de 18 años. Actualmente vive en Tavernes de Valldigna (Comunidad Valenciana), tiene pareja (mujer) y empezó su relación con ella después de iniciar su transición social. Se identifica como lesbiana. Es estudiante. Empezó su transición social a los 15 años y su transición médica a los 16. Sigue un tratamiento por hormonas y hasta el momento no se ha realizado ninguna operación, pero luce los atributos que socialmente se atribuyen a las mujeres (cabello largo, ropa considerada “femenina”, etc.)

Violencia de género en relaciones amorosas:

V comenta que su concepción del amor ha cambiado a causa del tiempo: “*cronológicamente sí*”, pero recalca que no cree que sea debido a su transición, sino al aprendizaje constante. Respecto a los roles de género, cree que probablemente estos roles sigan dándose en las parejas, y considera que en la suya también se desarrollan estos roles, afirmando que “*en mi pareja es fácil identificar a la femme y a la butch de la relación*”².

Considera que instituciones como la iglesia y la escuela sí que han tenido una gran influencia sobre ella, especialmente durante su infancia y adolescencia temprana. Dice haberla influenciado implantando en ella “*mojigatería, ni más ni menos*”. Fue católica durante bastante tiempo, y comenta que fue un proceso muy largo y costoso el pasar de la idea de “*virgen hasta el matrimonio*” hasta llegar al punto en el que está ahora, en el que comenta que tiene una relación abierta con su pareja y que mantiene relaciones sexuales con varias personas de forma frecuente.

Recalca que sigue existiendo mucha desigualdad entre hombres y mujeres, y que es “*demasiada*”, y relaciona esto con la siguiente pregunta, afirmando que está segura de que esta desigualdad se refleja en las relaciones de pareja, pero niega haber tenido ninguna relación seria con un hombre, y por lo tanto no puede hablar sobre esta desigualdad dentro de sus relaciones amorosas.

Cuando le preguntamos acerca de qué cree que provoca las violencias de género, V no sabe dar una respuesta exacta. Dice que no está segura, y que existen una gran cantidad de factores alrededor de este tema. Aún así destaca que por descontado en su entorno existe mucho machismo y que éste sigue dándose en la sociedad de forma habitual.

² Butch (término inglés para macho, en especial la mujer que se comporta masculina) y femme (término francés para mujer) son dos términos empleados frecuentemente en la subcultura lésbica y gay para describir la transformación queer de las funciones sociales de género tradicionales de la masculinidad y la feminidad.

Afirma que empezó con su pareja después de empezar su transición social y posteriormente médica, y que dentro de esta pareja no se ha dado ningún tipo de violencia y que realmente ha sido la relación más seria que ha tenido hasta el momento. Por lo tanto no puede comparar con anteriores relaciones ni con una posible relación previa a la transición, puesto que todavía no había iniciado esta relación con su novia actual.

Cuando se le pregunta sobre las actitudes controladoras hacia una pareja dentro de una relación, recuerda que realmente sí que mantuvo hace unos años una relación con otra chica, a los 12 años aproximadamente, cuando aún no había empezado su transición, y admite haber sido ella misma quien se comportó como una persona controladora: *“fue un asunto bastante tóxico para las dos, pero éramos muy pequeñas”*.

Violencia sexual:

Considera que el acoso sexual abarca cualquier interacción no consentida de naturaleza sexual o erótica, independientemente de cuál sea el acto en sí. También admite que ahora se siente mucho más segura para intentar ligar con alguien en cualquier contexto, y lo relaciona con el hecho de que se siente más segura consigo misma. En relación con la pregunta del rechazo hacia un hombre, dice que no puede contestar porque no se involucra sexualmente con hombres y que antes de su transición, cuando era leída como hombre socialmente, prácticamente no tenía acercamientos de ese tipo a causa de inseguridades y de un desinterés general.

Cree que quien debe iniciar un flirteo con la otra persona es *“quien tenga más experiencia y seguridad para que fluya la situación de manera que la otra persona se sienta a gusto”*; comenta que a la mayoría de los hombres *“la seguridad les sobra”* con respecto a estos temas pero que no cree ni mucho menos que tengan más experiencia que las mujeres.

V nos comenta que sí que ha llegado a sentir que se la juzga por su físico, pero destaca que antes de empezar su transición tanto social como médica *“buscaba evadirme de la sola idea de que tenía un físico”*, así que podríamos decir que antes este tipo de situación no le ocurría tan a menudo. Ahora afirma que sí que piensa mucho en su físico cuando sale de casa y que siente la necesidad de arreglarse mucho y que anteriormente no le pasaba. Esto tiene sentido puesto que nos ha firmado que antes de su transición prácticamente no se fijaba en su físico. No achaca de forma directa esta fijación con su físico y su necesidad de arreglarse con las normas de belleza que presionan a las mujeres, pero sí que es tajante a la hora de firmar que las mujeres reciben muchísima más presión a nivel social que los hombres a través de los cánones de belleza.

Violencia de género en el ámbito público:

Dice sentir más atención hacia ella en sitios públicos en según qué situaciones. Nos dice que “*si ese día no tengo el passing que toca*” probablemente reciba más miradas de lo habitual. En este sentido no relaciona el hecho de ser mujer con recibir más atención, pero sí con el hecho de no tener una apariencia 100% normativa.

Dice que no recuerda haber recibido comentarios como “guapa”, “corazón” o “cariño”, pero que es posible que se los hayan hecho y los haya pasado por alto sin darse cuenta.

Es tajante a la hora de afirmar que es el hombre el que tiene más legitimidad socialmente a la hora de tomar decisiones en cualquier contexto, especialmente en el ámbito público.

Dice sentir mucho miedo actualmente al ir por la calle. Comenta temer que la peguen, que la violen o que la maten. Anteriormente, antes de iniciar su transición, también sentía miedo, pero éste estaba relacionado con que le hiciesen algún tipo de comentario sobre su apariencia afeminada, puesto que nunca fue muy masculina.

Afirma no haberse sentido acosada en el transporte público, pero sí que se ha sentido así en varias ocasiones por la calle. Por esto y por las cosas relatadas anteriormente, dice sentirse libre por la calle, pero de forma moderada y dependiendo del momento del día.

Actualmente dice que no evita ir por la calle en ningún momento del día y que antes de su transición sí que lo evitaba por ciertos conflictos que tenía con gente con actitudes transfóbicas de su pueblo, pero que ya parece haber solucionado.

Respecto a la pregunta de si ha sido víctima de acoso estando de fiesta, primero afirma que no, pero luego duda y dice que “*creo*” que no ha sido sometida este tipo de acoso, pero que de nuevo puede ser que sí que se haya visto envuelta en situaciones parecidas, pero que no haya sido consciente de ellas o que las tenga tan normalizadas que no se acuerde.

Respecto a la pregunta sobre la seguridad al hablar en público, cree que le ha sucedido todo lo contrario; es decir, que como consecuencia de haber ganado confianza y autoestima con la transición ahora se siente mucho más segura haciéndolo.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

Durante la entrevista se hace alusión a diversos conceptos del modelo ecológico propuesto por Bronfenbrenner en el 1997. Este modelo postula que existen elementos a nivel individual, de microsistema, exosistema y macrosistema que interaccionan entre sí y que pueden ser la explicación a las violencias de género.

Respecto al nivel individual del modelo, la entrevistada afirma que es consciente de la existencia de los roles de género y asegura que en su pareja estos roles se siguen desarrollando, pese a tratarse de una pareja homosexual formada por dos mujeres. Comenta que en su relación *“es muy fácil identificar a la feme y a la butch de la relación”*, es decir, que es muy fácil identificar quién tiene el rol femenino y quién tiene el rol masculino en ella. Esto nos hace hacernos una idea de hasta qué punto estos roles están insertados en nuestra mente desde muy temprana edad, posiblemente siendo las familias las primeras precursoras de estos. La existencia de estos roles de género es considerada como uno de los factores de riesgo para el desarrollo de las violencias en la pareja por Turinetto y Vicente (2008), aunque la entrevistada asegura que estas violencias no se dan dentro de su pareja, cuestión de la que hablaremos más adelante.

Respecto al exosistema, V afirma haber seguido la religión católica durante gran parte de su vida, especialmente durante la infancia y la adolescencia. El seguimiento de esta religión, muchas veces representativa y mantenedora de las pautas culturales sexistas y autoritarias (Belski, 1980), provocó que la entrevistada tuviera que seguir un largo proceso para poder desvincularse de estas ideas inculcadas hasta llegar al momento actual, en el que las rechaza categóricamente.

En el último nivel encontramos el macrosistema, formado por los valores culturales y la ideología de la sociedad. La entrevistada afirma que sigue existiendo mucha desigualdad entre hombres y mujeres y, como afirman Turinetto y Vicente (2008), esta desigualdad surge como consecuencia del sexismo predominante que posiciona a la mujer en un lugar secundario en la sociedad. Afirma que este modelo sexista se refleja en las relaciones de pareja, haciendo alusión así al nivel microsistémico, que se refiere al entorno familiar de las personas, con dinámicas basada sobre todo en el control y legitimizadas por este sexismo predominante del que hablan Turinetto y Vicente en su artículo.

V opina que hay una gran cantidad de factores que influyen en la generación de las violencias de género. Esto coincide con la idea general del modelo ecológico, que reconoce la multicausalidad de este tipo de violencias y que cada una de estas causas actúan en diferentes niveles y de manera simultánea, de forma independiente o influyéndose unas a otras. También podemos relacionarlo con la reflexión teórica que se hace con respecto al macrosistema, en la que se expresa que todos los hombres están expuestos a los factores del macrosistema, es decir, a la cultura y la ideología patriarcal, pero que estos factores no son causa ni justificación de la violencia.

Por otro lado, y ya para finalizar con la información respecto a esta teoría, destacamos las actitudes machistas que V dice observar de forma constante y diaria. Éstas son debidas a estos

valores culturales, de carácter machista en su base, y a la ideología patriarcal que caracterizan al macrosistema en el que estamos inmersas en el momento actual.

Teoría de la perspectiva de género:

La entrevistada comenta que percibe una alta cantidad de actitudes machistas en su entorno de forma diaria, y esto podemos relacionarlo con la estructura patriarcal de la que habla la teoría de la perspectiva de género, la cual explica que se generan lugares de poder distintos y desiguales para cada género con una clara sobrevalorización de lo masculino.

Al preguntarle sobre los roles dentro de su pareja, llegamos a un momento interesante de la entrevista. Anteriormente, la entrevistada ha afirmado que en su relación sí que se desarrollan los roles de género típicos (masculino y femenino); no obstante, afirma que no existe ningún tipo de violencia dentro de esta relación. Por tanto, pese a la existencia de unos roles muy marcados, vemos cómo se produce una separación del rol y las conductas opresoras que muchas veces caracterizan al rol del género masculino. Planteamos la posibilidad de que esta escisión de los roles y de las conductas opresoras que a veces conllevan, pueda deberse al hecho de que la persona que ejerce el rol masculino es una mujer, y como tal, ha sido excluida de lugares de poder reservados para los hombres a lo largo de su vida, a pesar de estar ejerciendo este rol dentro de su relación actual. Por tanto, se entiende el hecho de que no lleve a cabo conductas típicas de las violencias de género, aún siendo la rigidez de los roles de género en la uno de los factores de riesgo para esta violencia (según Turinetti y Vicente (2008)), puesto que en realidad nunca se ha situado en el nivel de privilegio social reservado para los hombres, es decir, no ha estado socialmente en un nivel distinto que su pareja. Estas conjeturas se ven respaldadas por el hecho de que la entrevistada comenta que llevó a cabo conductas controladoras hacia su pareja en una relación anterior, cuando era leído socialmente como hombre. Es decir, la misma persona, estando en dos relaciones diferentes, pero siendo leída con un género distinto, mantiene actitudes disonantes.

Respecto a las actitudes controladoras por parte de nuestra entrevistada, podemos ver que guarda relación con la explicación que da la teoría de la perspectiva de género a la violencia: la violencia es utilizada como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer con el objetivo de mantener la superioridad masculina. Las conductas controladoras reflejan la posición de poder por parte del género masculino y representan a la mujer como un objeto de control y dominio, siendo esta representación la base del patriarcado.

En ningún momento centraliza el problema en los individuos, sino que en todo momento habla del problema como algo social y colectivo. Por tanto, vemos que coincide con la eterna reclamación de la teoría de la perspectiva de género, que hace hincapié en la necesidad de un

cuestionamiento general de las estructuras sociales que sustentan y legitiman la violencia, partiendo de la base de que existe una distribución desigual de poder entre hombres y mujeres.

Violencia sexual:

Corroborando el estudio de O'Donohue, Downs y Yeater (1998), la entrevistada considera como abuso sexual *“cualquier interacción no consentida de naturaleza sexual o erótica, independientemente de cuál sea el acto en sí”*. Por tanto, deja claro que es conocedora de que la violencia sexual puede adoptar distintas formas, y que estas distintas formas pueden tener distintos niveles de gravedad percibida. No obstante, independientemente del tipo de acto que sea, no deja de tratarse de violencia: por esto recalca *“sea cual sea el acto en sí”*. Estos diferentes actos de los que ella nos habla abarcan tanto las violencias físicas, que son aquellas que normalmente se aprecian más a nivel visual y pueden resultar más *“llamativas”* y fáciles de identificar, como la violencia psicológica o relacional, la detección de la cual es mucho más difícil, y que suele provocar problemas a la hora de establecer los límites para su distinción.

Comenta que quien debe iniciar un cortejo no debe ser la figura masculina, sino aquella que tenga más experiencia y seguridad para que la situación fluya de manera correcta y la otra persona se sienta a gusto. Esto es contrario a las ideas que provocan los roles de género en las que el hombre se sitúa como *“el conquistador”* y las mujeres como *“objeto de conquista”*. En relación a esta seguridad, V asegura que en la mayoría de ocasiones los hombres se sienten muy seguros en este tipo de situaciones; esta seguridad podríamos relacionarla de nuevo con el prototipo de hombre conquistador, es decir, con las pautas implantadas por la ideología patriarcal, que colocan al hombre en una situación de poder superior a la mujer, y que éstas son objeto de dominación, y por tanto quién debe ser el conquistador es el hombre y quién debe ser conquistada es la mujer. También podríamos relacionar la seguridad de los hombres en este tipo de situación con la hipersexualización y cosificación de la mujer y la creencia de que su cuerpo debe disciplinarse para la disponibilidad sexual de los hombres; dicho con otras palabras, este tipo de actitudes que denotan esta seguridad en el momento del cortejo pueden ser causadas por esta falsa creencia de que la mujer debe someterse de alguna manera a los deseos del género masculino, porque es vista como objeto de control y dominación.

También comenta sentirse juzgada por su físico, y admite que actualmente piensa mucho en su apariencia cuando sale de casa y que siente la necesidad de arreglarse, y que anteriormente no le pasaba. Esto de nuevo vuelve a hacer hincapié en la hipersexualización y cosificación del cuerpo de la mujer en la que se entiende a ésta como objeto de deseo, contemplación y consumo, y se produce ya desde muy temprana edad en ellas una interiorización de que se debe ser agradable a la vista y no por sus características personales. Comenta que ha tomado

conciencia de que la presión a nivel social que reciben las mujeres respecto a su físico es mucho mayor que la que reciben los hombres, y que esta presión se ejerce a partir de unos cánones de belleza muy estrictos. Como nos dice la teoría, estos cánones son elementos coercitivos creados por el patriarcado para la dominación y la subyugación de la mujer.

Violencia en el espacio público:

La entrevistada dice que en ocasiones sí que siente que recibe más atención de la debida en lugares públicos, pero no relaciona esto con el hecho de ser mujer, si no con el hecho de no tener una apariencia 100% normativa y que se ajuste completamente a los cánones de belleza: comenta que recibe más miradas de lo habitual *“si ese día no tengo el passing que toca”*. De nuevo se presentan aquí los elementos coercitivos del patriarcado para continuar con la dominación y subyugación de la mujer y, por otra parte, vuelve a salir a relucir la idea de que las mujeres deben ser agradables a la vista y de que serán juzgadas únicamente por su físico y por su apariencia, y no por sus características como personas.

Cuando se le pregunta si en algún momento le han realizado algún tipo de comentario fuera de lugar o se han referido a ella con adjetivos como “guapa”, “corazón” o “cariño” sin mantener una relación de confianza, nos dice no recordar ningún momento en concreto, pero admite que es posible que en algún momento le hayan hecho este tipo de comentarios, pero los haya pasado por alto. Esto de nuevo hacia alusión al último nivel del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997), el macrosistema. El macrosistema, como hemos explicado anteriormente, está formado por una serie de valores culturales e ideologías patriarcales implantados en la sociedad. Como ya se ha comentado, estas ideas y estos valores patriarcales están tan interiorizados en las personas que llegan a normalizarse algunas actitudes machistas, pasándolas por alto en varios momentos.

También admite sentir que se les da más legitimidad a los hombres en los espacios públicos a la hora de tomar decisiones. Podríamos relacionar esto con lo anteriormente citado respecto a la teoría de la perspectiva de género, que estipula que se generan lugares de poder distintos para cada género, y que se da una sobrevalorización de lo masculino.

Con respecto al acoso callejero, la entrevistada dice sentir mucho miedo al ir por la calle. Esto se relaciona con lo que Rivera dice en su estudio de 2013, en el que expresa que la ciudad se muestra desigual en muchos aspectos, y que se mantiene como un espacio en el que las mujeres, en su mayoría, se sienten ajenas y se desplazan por ella con temor. También se refleja el poder inscrito sobre los cuerpos femeninos del que habla la teoría feminista, cuando la entrevistada expresa su miedo a que la peguen, la violen o la maten por la calle.

Es interesante destacar también qué V menciona que en momentos previos a su transición no tenía este tipo de miedos, que ahora asocia al hecho de ser mujer, sino que el miedo que sentía era por los posibles comentarios que pudieran realizar respecto a su apariencia afeminada. Estos comentarios podrían considerarse como la reacción ante una amenaza. Concretamente la amenaza a la superioridad masculina por el hecho de que una persona leída socialmente como un hombre se asemeje de alguna manera al género femenino. Que esto suceda provoca una disonancia con el modelo de los roles de género, que son los que a su vez perpetúan la ideología patriarcal. Al representar esta ruptura con los roles una amenaza para el sistema patriarcal, la reacción de la sociedad es de acoso y derribo, con el objetivo de conseguir un mermamiento de este tipo de conductas, o por lo menos para señalar a la persona que las lleva a cabo y excluirla para evitar así que se convierta en una amenaza para la jerarquía patriarcal.

La entrevistada también afirma haber recibido acoso callejero en distintas ocasiones a través de comentarios dirigidos a ella. Esto nos vuelve a llevar al concepto de hipersexualización del cuerpo de la mujer, revelando las relaciones de poder entre los distintos géneros, siendo el género masculino el que ostenta el mayor poder, y además reafirma la idea de que las mujeres son vistas como objetos sobre los que se puede hablar e incluso tocar sin derecho a réplica. Esto lleva a nuestra entrevistada a sentirse libre por la calle solo de forma moderada y no completa, hecho que se puede relacionar con lo que relata Rivera en su estudio de 2013, en el que afirma que la ciudad se mantiene como un espacio para las mujeres en que, en su gran mayoría, se sienten ajenas y se desplazan por ella sin una plena libertad.

Por último, respecto al acoso en ambientes de ocio nocturno, volvemos a ver la normalización de ciertas conductas machistas a causa de la integración de los valores y la ideología patriarcal del macrosistema en el que nos desarrollamos (Bronfenbrenner, 1997), puesto que V comenta que no recuerda una situación concreta en la que se diera este tipo de acoso, aunque no obstante está prácticamente segura de qué ha sido víctima de este tipo de violencia aunque probablemente haya sido procesado como algo normal y cotidiano, y por lo tanto no es recordado.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a G, una mujer trans de 60 años. Nació en Castellar del Vallés y actualmente vive en Sant Vicenç de Castellet, tiene pareja (mujer) y trabaja en un centro geriátrico. Se identifica como mujer lesbiana. Tiene estudios de grado medio como auxiliar de geriatría. Empezó su transición, tanto médica como social, a la edad de 40 años. Sigue un tratamiento por hormonas desde entonces. La única operación que se ha realizado es la vaginoplastia (reasignación de sexo).

Violencia de género en relaciones amorosas:

G se identifica como lesbiana, puesto que tanto antes como después de su transición se ha sentido atraída por hombres. Actualmente mantiene una relación con otra mujer. Gina afirma que su concepción del amor y su manera de verlo no ha cambiado con respecto a antes de la transición, cree que ésta no ha tenido influencia.

Considera que, pese a que en su relación no se desarrollan los roles de género, éstos siguen dándose en otras parejas. Piensa que instituciones como la Iglesia y la escuela tienen mucha influencia sobre nuestra forma de ver las relaciones y de vivirlas. Afirma que la Iglesia aún hoy en día tiene una gran influencia, pese a que poco a poco va perdiendo peso, pero que especialmente esta influencia ha sido muy importante en las generaciones pasadas, es decir, en su generación y en las cercanas a ésta, y que dentro de esta institución hay multitud de prácticas machistas y sexistas: *“la iglesia ha influido mucho en la educación de las generaciones pasadas, por lo menos en las generaciones de mi época, y ha tenido mucho peso”*. Considera que los roles en el ámbito escolar también forman parte del día a día, pero que son más destacables en aquellas escuelas de carácter religioso. Admite que tanto la Iglesia como la escuela han tenido mucha influencia en ella en concreto, en su forma de ver las relaciones y también en su forma de desarrollarse como persona.

Es muy tajante a la hora de afirmar que las respuestas de las instituciones gubernamentales hacia las violencias de género deberían ser mucho más duras de lo que realmente son, puesto que reflejan un modelo de impunidad hacia los agresores, normalizando la violencia y potenciándola. Nos dice que *“no parece que se le dé la importancia que tiene”*.

Confirma que, a día de hoy, sigue existiendo desigualdad entre hombres y mujeres, pero que ella no lo ha vivido en sus relaciones de pareja, puesto que después de su transición siempre ha estado con mujeres. Antes de su transición, si esta desigualdad se ha dado en sus relaciones, no ha sido consciente de ella.

Cree que el origen y la causa de las violencias de género ha sido la educación que se nos ha dado, que dicta una posición de poder para el hombre, una educación esencialmente machista. Considera que este tipo de violencias han podido ocurrir en sus relaciones anteriores a la transición, pero no sobre ella, sino que posiblemente en su momento ella tuvo conductas que hoy en día relacionaríamos con la violencia de género. En ningún momento hablamos de que se diera violencia física por su parte, sino a conductas más subyacentes relacionadas con el machismo, pero descartamos las conductas controladoras puesto que afirma que en ninguna de sus relaciones se han dado éstas, ni anterior ni posteriormente a su transición.

Violencia sexual:

Comenta que el acoso sexual consiste en *“que te falten al respeto en el momento en que tú no quieres hacer lo mismo que quiere hacer la otra persona”*.

Nos dice que cuando un hombre es rechazado existe la posibilidad de que no desista en su empeño y continúe insistiendo para conseguir lo que quiere, que es un acercamiento íntimo con la mujer, pero recalca que ella, cuando era leída socialmente como hombre, nunca llevó a cabo este tipo de conductas y nunca insistió después de un no.

Es consciente de que tradicionalmente, y especialmente en sus generaciones y las generaciones cercanas a ella, es el hombre el que debe dar el paso para empezar algún tipo de relación con una mujer, pero dice estar en desacuerdo con este modelo de conducta, puesto que cree firmemente en la igualdad de género y por lo tanto cree que tanto los hombres como las mujeres pueden dar este paso.

Afirma que muchas veces se siente juzgada únicamente por su físico, y que esto empezó a ocurrir especialmente después de la transición. Dice que en la actualidad no se arregla especialmente a la hora de salir de casa, pero que tiempo atrás sí que solía hacerlo mucho. Comenta que cuando era leída como hombre no solía arreglarse mucho pero que en el momento en que empezó su transición sí lo hacía porque era una forma de reafirmarse: *“a lo mejor necesitaba reafirmarme y por eso me arreglaba más, y ahora no tengo tanto esta necesidad”*.

Dice sentir una mayor presión estética sobre sí misma como mujer, sintiendo la necesidad de ir más arreglada y cuidando más su apariencia física, y la compara con la presión que reciben los hombres, destacando que la que reciben ellos es mucho menor.

Violencia de género en el ámbito público:

Respecto a la pregunta que habla sobre la atención dirigida hacia ella en lugares públicos, G comenta que sí que siente más atención, aunque a medida que avanza en edad esta atención se

va reduciendo. Además, también destaca que a veces esta atención es debida a que la gente se percata de que es una mujer trans y les causa cierta curiosidad, ya sea buena o mala.

Comenta que no son pocos los momentos en los que ha recibido comentarios del tipo “guapa”, “corazón” o “cariño” desde el momento en que inició su transición, pero es tajante a la hora de negar haber recibido este tipo de comentarios antes de empezar la transición, cuando era leída socialmente como hombre.

G nos explica que ha vivido varias situaciones sociales en las que ella ha sentido en sus propias carnes cómo se les otorga mayor legitimidad a los hombres, pese al estar en las mismas condiciones que ella. Cree que este es un comportamiento generalizado que ocurre a menudo y que los hombres son más escuchados.

Comenta que sí que tiene miedo al ir por la calle, especialmente por la noche, y dice evitar hacerlo en este momento del día porque es “bastante conflictivo” para las mujeres en general y especialmente para las mujeres trans. Afirma que antes de su transición no sentía este miedo al ir por la calle en ningún momento del día, y que esta emoción se ha generado a partir del momento de transición. Nos explica que en varias ocasiones se ha sentido acosada por la calle, tanto estando sola como estando con su pareja. Ha sido increpada en más de una ocasión, y afirma que, en varios momentos, aprovechando las grandes multitudes, la han agredido sexualmente (tocamientos). Durante el día, se siente lo suficientemente segura por la calle, aunque siempre mantiene una actitud vigilante. Pese a eso asegura que hay momentos del día en los que también se ha sentido insegura, y nos explica una situación en concreto en la que ella se encontraba en un tren de camino al trabajo un domingo por la mañana y un grupo de hombres, que en ese momento volvían de fiesta, la intentaron agredir sexualmente. Pese a que actualmente ya no suele salir por ambientes de ocio nocturno, explica que en el pasado sí que ha sufrido algún tipo de agresión sexual en este tipo de contextos, y está segura de que antes de la transición nunca había recibido este tipo de agresiones.

Dice sentirse igualmente segura al hablar en público que antes de la transición, pero que lo largo de su vida ha llevado a cabo un aprendizaje que le ha permitido ganar más seguridad.

[Interpretación y discusión](#)

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

Durante la entrevista hemos visto varios elementos que corresponden a los diferentes niveles explicados en el modelo ecológico elaborado por Bronfenbrenner en 1997. En primer lugar, podemos encontrar varios elementos pertenecientes al exosistema. Al hablar sobre algunas de

las estructuras formales como pueden ser la Iglesia o la escuela, la entrevistada subraya que han sido de suma importancia en su educación y en la de todos los individuos que forman hoy en día nuestra sociedad. Esta educación impartida está basada en una ideología patriarcal, regida por pautas culturales sexistas y autoritarias (Belski, 1980), que son las mismas con las que se articulan las acciones de instituciones tales como la escuela o la iglesia. Tal como afirma Belski (1980), estas pautas son las que hacen perdurar el problema del maltrato de las violencias de género, potenciando la situación de poder del hombre y relegando a la mujer a un lugar secundario. Un segundo punto destacable respecto al exosistema son las distintas referencias de G a la falta de efectividad de leyes e instituciones gubernamentales en relación con las violencias de género. Tal y como afirma la entrevistada, la impunidad de la que gozan en múltiples ocasiones los autores de la violencia de género se convierte en un catalizador de estas conductas violentas, potenciándolas.

Como último punto del modelo ecológico, podemos ver distintas referencias al macrosistema (formado por los valores culturales y la ideología de la sociedad). La entrevistada asegura que sigue existiendo desigualdad entre hombres y mujeres, y tal y como afirman Turinetto y Vicente (2008), esta desigualdad a la que hace referencia G surge como consecuencia del sexismo predominante que posiciona a la mujer en un lugar secundario en la sociedad. Este conjunto de valores culturales y la ideología patriarcal que actualmente predomina, acaban siendo integrados como parte propia de la persona, constituyendo y estructurando su personalidad. Así lo vemos con la afirmación de la entrevistada, cuando comenta que es posible que haya sufrido esta desigualdad dentro de sus relaciones pero que no ha sido consciente de ella. Esta falta de consciencia se relaciona con esta integración y normalización de valores sexistas y desigualitarios.

Por lo tanto, vemos como la experiencia de la entrevistada encaja con la visión multifactorial de las violencias de género propuesta por el modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997).

Teoría de la perspectiva de género:

Según G, la educación es el origen y la causa de las violencias de género. Esta educación, de base machista y sexista, es promovida por el patriarcado, con el objetivo de mantener la superioridad masculina. Si la educación promueve este tipo de valores e ideología, no deja de ser un tipo de violencia, ya que crea opresión y menosprecio hacia el género femenino. Esta educación, interpretada como un tipo de violencia, se convierte así en una pauta de domesticación y amansamiento de la mujer, que es el uso que Cantera (2007) atribuye a la violencia en la lógica patriarcal. Se sitúa así al hombre en una posición de poder respecto al género femenino, haciendo alusión a las conclusiones extraídas por Turinetto y Vicente (2008), en las que afirman

que los roles culturales indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, sobrevalorando al masculino.

La entrevistada admite haber tenido conductas que podrían considerarse violencia de género cuando era leída como hombre. Podemos atribuir estas conductas de nuevo al uso que el patriarcado le da la violencia según la teoría de la perspectiva de género: mantener la superioridad masculina y, por otro lado, tal y como asegura Cantera (2007), conseguir la domesticación y amansamiento de la mujer. Por otra parte, de nuevo volvemos a hacer alusión a la afirmación de Turinetti y Vicente (2008), puesto que esta violencia ejercida por la entrevistada cuando era leída como hombre puede ser atribuida a la organización de la pareja en base a los roles culturales, que indican lugares de poder distintos para cada género.

Para finalizar el análisis de la teoría de la perspectiva de género en esta entrevista, es importante destacar que G en todo momento hace referencia a unas actitudes globales que llevamos a cabo como sociedad, y aunque habla de experiencias personales, en los momentos en que intenta dar una explicación a estas experiencias, hace alusión al conjunto de la sociedad, y no a al individuo en concreto. Relacionamos esto con una de las demandas más importantes de la teoría de la perspectiva de género, que consiste en la necesidad de problematizar cuestiones estructurales de la sociedad que impulsan legitimar la violencia de género.

Por último, con respecto a este bloque sobre las violencias de género en las relaciones amorosas, cabe destacar la alusión a las violencias relacionales o psicológicas a las que hace referencia la entrevistada, cuando afirma que las conductas violentas que llevaba a cabo no eran físicas, sino pequeñas acciones que se pasan por alto pero que guardaban relación con los valores patriarcales. En este punto vemos como, tal y como dice la teoría, existen distintos tipos de violencias y no siempre son físicas, pese a que estas sean las más visibles normalmente.

Violencia sexual:

G afirma que el acoso sexual consiste en *“faltarte respeto en el momento en que tú no quieres hacer lo mismo que quiere hacer la otra persona”*. Al hablar del concepto “respeto” entendemos que cualquier conducta, sea del tipo que sea, que implique una falta de éste será catalogada como acoso sexual. Por tanto, vemos que coincide con la conclusión extraída en el estudio realizado por O’Donohue, Downs y Yeater en 1998, que afirma que la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas.

Menciona que existe la posibilidad de que un hombre, al ser rechazado, no desista en su empeño. Esto también es categorizado como violencia, y podemos relacionarlo con los distintos

niveles de gravedad percibida debido a la gran variedad de formas en que se puede presentar la violencia sexual. Algunas conductas no son consideradas “graves” socialmente y esto hace más difícil una interpretación de éstas como la violencia que realmente son. Por otra parte, también puede relacionarse con la cosificación de la mujer, a partir de la cual ella es convertida en “objeto de conquista” y él es visto como “el conquistador”. Se aplicará violencia como pauta de amansamiento de la mujer, tal y como afirma Cantera en 2007.

Según la entrevistada, esta insistencia mencionada anteriormente tiene como objetivo “conseguir lo que el hombre quiere”. Esto puede relacionarse con la obtención de beneficios por parte del género masculino a través del cuerpo femenino, utilizando como arma el poder, tal y como describe Fernández (2004). También lo relacionamos con lo expuesto por Bedia en 2015, que explica que uno de los objetivos del dominio patriarcal es disciplinar el cuerpo de la mujer para la disposición sexual de los varones.

Más adelante, se vuelve a hacer alusión al establecimiento de el hombre como “conquistador” y la mujer como “objeto de conquista”, cuando la entrevistada asegura que, tradicionalmente, siempre se ha pensado que es el hombre el que debe dar el primer paso para empezar algún tipo de relación con una mujer. Por otra parte, también guarda relación con el papel de los roles culturales, que dan lugares de poder desiguales, sobrevalorando lo masculino.

Seguidamente, vuelve a salir a la luz el concepto de cosificación, cuando G admite sentirse juzgada únicamente por su físico en ocasiones. En eso se basa el proceso de cosificación, por el cual la mujer se convierte en un objeto de carácter sexual para placer de otra persona, separando su físico y los atributos que se consideran sexuales de su valía personal. Se trata a la mujer según su físico y no por sus características individuales.

Cuando le preguntamos si suele arreglarse mucho en el momento de salir de casa, comenta que en los primeros años después de su transición solía hacerlo, ya que lo consideraba una forma de reafirmarse. Podemos relacionar esta reafirmación de la que habla G con la relación inconsciente que se hace de la feminidad con el ajuste a los cánones de belleza: a las mujeres se les inculca desde una edad muy temprana que deben resultar agradables a la vista según su cuerpo. Es posible que G se sintiera reafirmada porque inconscientemente se relaciona el hecho de ser mujer con el de ajustarse a las presiones físicas impuestas por la sociedad patriarcal.

Por otra parte, la entrevistada asegura sentir una mayor presión estética sobre sí misma como mujer, y por tanto afirma ser víctima de los elementos coercitivos que utiliza el sistema patriarcal para conseguir la dominación y subyugación del género femenino, que, según Bedia (2015) es uno de los objetivos de este tipo de sistema. Por otra parte, cree que los hombres no reciben esta presión a un nivel tan alto, afirmación de la cual podemos extraer que en el caso

de los hombres no se da una cosificación y los elementos coercitivos del patriarcado no ejercen su poder en el mismo grado.

Violencia en el espacio público:

El hecho de que la entrevistada sienta más atención hacia ella en lugares públicos puede relacionarse con la idea de que la mujer es un objeto de deseo y contemplación. Además, G afirma que, conforme la mujer va avanzando en edad, la atención recibida se va reduciendo. Esto podría relacionarse con la presión de los cánones de belleza: en el momento en que la mujer deja de ajustarse a estos cánones, deja de ser objeto de deseo y por lo tanto la atención se ve reducida.

Comenta que son muchos los momentos en los que recibe comentarios como “guapa” por parte de hombres, que denotan una excesiva confianza no recíproca y que, por el contrario, antes de realizar la transición no recibía estos comentarios. De nuevo podemos relacionar esto con los distintos lugares de poder desiguales que se otorgan socialmente para los hombres y para las mujeres (Turinetti y Vicente, 2008): los hombres son los que están legitimados socialmente para realizar ese tipo de comentarios (ejerciendo el poder) y las mujeres deben sentirse incluso halagadas por ellos (domesticación y amansamiento; Cantera, 2007). También podemos ver esta desigualdad de poder en el hecho de que la entrevistada afirma que se otorga mayor legitimidad a los hombres en el momento de la toma de decisiones, es decir, se les presta más atención en ese ámbito. En cambio, a las mujeres se les presta, de forma genérica, más atención a nivel físico, con lo que podríamos concluir que también en este aspecto se da una cosificación del cuerpo de la mujer, considerándose éste como objeto de deseo, contemplación y consumo.

Además, según Heise (1998), la toma de decisión masculina es un indicador de maltrato en las sociedades con mayor índice de violencia (factor que forma parte del microsistema de cada persona).

G menciona que el hecho de otorgar más legitimidad a los hombres es un comportamiento muy generalizado y que se da muy a menudo. Podemos relacionar esto de nuevo con el nivel macrosistémico del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997): la sociedad tiene una serie de valores culturales y una ideología de carácter patriarcal que son integrados y pasan a estructurar y constituir la personalidad. Es por esto por lo que este comportamiento es tan generalizado y además se pasa por alto en muchas ocasiones debido a su normalización.

Haciendo alusión a lo que dijo Rivera en su estudio realizado en 2013, la mujer es vista como un objeto sexual sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar sin derecho a réplica. Por ello la entrevistada afirma sentir miedo al ir por la calle, especialmente por la noche. Aquí vemos claramente una diferencia de poder entre los diferentes géneros, puesto que asegura

que cuando era leída socialmente como un hombre no sentía este miedo. El bajo poder que ella siente junto con el alto poder que implantan sobre ella, provocan que incluso deje de hacer actividades a determinadas horas del día. Rivera (2013) también comenta que debido al patriarcalismo se produce una fragmentación de los espacios públicos con el soporte de las prácticas machistas, hecho que se puede ver claramente en esta entrevista.

Como bien afirma la teoría, ante el acoso callejero, la mayoría de las mujeres responden con la evasión, y la entrevistada afirma ser una de ellas, puesto que asegura evitar ir por la calle de noche. Aun así, cabe destacar que este tipo de acoso no sólo se da en el ámbito nocturno, sino que también ocurre de día. Es por esto por lo que la entrevistada afirma mantener una actitud vigilante durante el día, porque afirma que también se ha sentido insegura durante ese periodo. La calle, por lo tanto, se presenta como un espacio desigual en el que muchas mujeres se sienten ajenas.

Por último, y de nuevo haciendo alusión a la visión objetualizada de la mujer que expresa Rivera en 2013, la entrevistada asegura haber sufrido varias agresiones sexuales en espacios públicos después de su transición, mientras que previamente a ésta nunca las había sufrido.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a J, una mujer trans de 51 años. Nació en Barcelona y actualmente vive en Sant Vicents de Castellet. Se identifica como mujer lesbiana. En este momento tiene pareja (Mujer) y actualmente está en paro, pero siempre ha trabajado como teleoperadora. Tiene una diplomatura en ciencias empresariales y un grado superior de servicios al consumidor. Empezó su transición a la edad de 30 años. Sigue un tratamiento por hormonas desde entonces. La única operación que se ha realizado es la vaginoplastia (reasignación de sexo).

Violencia de género en relaciones amorosas:

Considera que su concepción del amor ha cambiado, pero no cree que sea causa de la transición, sino que con la edad ha pasado de tener una visión del amor más pasional a un amor más relajado y comprensivo. Tiene claro que actualmente se siguen desarrollando roles de género dentro de las parejas, especialmente en parejas formadas por un hombre y una mujer, pero asegura que en su relación actual estos roles no se desarrollan. Nos comenta que las diferentes instituciones que forman parte de nuestro contexto como la Iglesia o la escuela sí que tienen una gran influencia, pero destaca que esta influencia era mucho mayor tiempo atrás, cuando ella era joven. Comenta que veía con claridad cómo los roles y la desigualdad de género se reproducían en la escuela de forma constante. También hace alusión a las bases de la Iglesia católica, que postulan que lo correcto y lo “normal” es la unión entre un hombre y una mujer y que siempre ha estado ligada a un componente machista muy importante.

Es tajante a la hora de afirmar que existe una gran incapacidad por parte de las instituciones gubernamentales para castigar las violencias de género. Cree que tanto las políticas como los castigos son insuficientes en cantidad y en intensidad.

Considera que claramente sigue existiendo una desigualdad de poder entre hombres y mujeres y que hay que seguir trabajando duro para poder subsanar esta desigualdad algún día.

Cree que la base de las violencias de género es el machismo con el que tanto hombres como mujeres han sido educados y que han interiorizado como algo normal. Afirma que en su relación de pareja no se dan conductas machistas, pero en su entorno, en cualquier lugar, ve de forma asidua este tipo de conductas. Dice no haber vivido situaciones de violencia dentro de su pareja, al menos no situaciones extremas. Respecto a la pregunta que trata sobre las conductas controladoras, admite que probablemente las ha ejercido a causa de la interiorización del

concepto de posesión que tenemos sobre nuestras parejas, pero no lo relaciona con el hecho de ser hombre o mujer, sino con la inseguridad propia de cada persona.

Violencia sexual:

Cuando le preguntamos sobre el concepto de acoso sexual, J afirma que consiste en faltarle al respeto a alguien por no respetar sus decisiones respecto a si quiere mantener contacto más íntimo contigo o no: *“Quieren imponerse, sin respetarte y sin hacerte caso cuando tú dices que no”*.

Afirma que cuando un hombre es rechazado *“es posible que en algunos casos sigan insistiendo, porque existe el mito de que cuando las mujeres dicen que no quieren decir que sí”*, aclarando que esta clase de mitos legitiman el acoso, y que son producidos por la cultura machista. Niega haber llevado a cabo este tipo de conductas ante un rechazo cuando era socialmente leída como hombre.

Afirma que tradicionalmente se ha considerado que es el hombre el que tiene que dar el paso para mantener un primer contacto con una mujer, pero no está de acuerdo: *“Si hombres y mujeres somos iguales, los roles pueden ser intercambiables. Si no es así, estamos manteniendo la subordinación de las mujeres ante los hombres”*.

Comenta que sí que se ha sentido juzgada en más de una ocasión únicamente por su físico, y destaca que ha sentido este juicio después de su transición y no antes. Dice no arreglarse especialmente cuando sale de casa, pero qué tiempo atrás, cuando era algo más joven, en los primeros años después de su transición, sí que solía hacerlo mucho, tanto para reafirmarse como por sentirse más cómoda consigo misma. Aún así dice intentar ir mínimamente arreglada siempre. Comenta que antes de su transición no se arreglaba especialmente, pero lo relaciona con el hecho de que *“no se sentía hombre”*, pero su apariencia se ajustaba a la que socialmente se asocia al género masculino. Al no sentirse a gusto y en concordancia con su cuerpo, su aspecto no era importante para ella.

Piensa que sobre las mujeres se ejerce un juicio mucho mayor que sobre los hombres respecto a su aspecto físico, y afirma que *“el hombre puede estar más relajado que la mujer en ese sentido”*.

Violencia de género en el ámbito público:

Considera que sí que ha sentido más atención hacia ella en lugares públicos, pero destaca que esta atención era mayor cuando era más joven y que ahora *“pasa más desapercibida”*. Relaciona esta atención desproporcionada tanto con el hecho de ser mujer como al de ser una mujer trans. Explica que al iniciar la transición a una edad bastante avanzada (30 años) ha conservado

muchos rasgos propios del sexo masculino, como es la voz grave y los rasgos faciales duros, y que esto siempre ha llamado mucho la atención de su entorno.

Dice recibir de forma habitual comentarios como “guapa”, “corazón” o “cariño”, especialmente en su trabajo como teleoperadora, y nos comenta que antes de realizar su transición no le solían dedicar este tipo de palabras prácticamente nunca.

Respecto a la pregunta de quién cree que tiene más legitimidad a nivel social, nos responde que en la sociedad patriarcal en la que vivimos es el hombre quien ostenta esta mayor legitimidad. Aún así considera que la sociedad en la que nos encontramos está en transición y que las mujeres poco a poco vamos alcanzando una mayor igualdad, aunque cree que todavía no se ha conseguido ese objetivo. Para ejemplificarlo, nos comenta una situación que vivió en el trabajo: se encontraba con un grupo de compañeros, todos ellos hombres, hablando de un tema cualquiera. En esa situación sintió que cada vez que ella iba a dar su opinión, el resto de los compañeros aplacaban este intento, sin dejarle hablar a ella, negándole indirectamente el derecho a intervenir en el debate. Acaba esta explicación añadiendo: *“Eso no me pasa a mí y nos pasa a todas las mujeres. Es una cosa que se suele comentar a menudo.”*

Comenta que cuando era leída como un hombre no sentía miedo a ser agredida en un espacio público, pero al transicionar empezó a sentir este miedo de forma habitual. Dice evitar salir durante la noche, puesto que considera que es un momento del día muy conflictivo para las mujeres en general y especialmente para una mujer trans: *“A parte del tradicional machismo y la tradicional agresividad de los hombres hacia las mujeres, en el caso de las mujeres trans se añade también la transfobia”*.

Dice no recordar ningún momento en que experimentara una agresión sexual en el transporte público, pero afirma que conoce a personas a las cuales esto sí que les ha pasado y que también le han llegado muchas noticias sobre ello. Comenta que los momentos más peligrosos, en los que es más probable que ocurran estas agresiones, es por la noche y las mañanas de los fines de semana, puesto que hay mucha gente que vuelve de fiesta en el transporte público. Destaca algo muy interesante, y es que este tipo de agresiones, sean en el contexto que sean, son más probables que se den cuanto más joven sea la mujer y cuanto más se ajuste al canon de belleza socialmente aceptado, y que conforme una mujer se va haciendo mayor, es menos probable que se den este tipo de conducta sobre ella.

Dice sentirse razonablemente segura al andar por la calle (durante el día), pero afirma ser consciente de la existencia de un peligro constante. Además, nos vuelve a señalar que a los peligros de andar por la calle siendo mujer, se añaden los de ser una mujer trans, puesto que puedes encontrarse con grupos de gente de ideología radical o transfóbica: *“se concentran en ti*

más agresiones de las que se podrían concentrar en una mujer cis, porque se suman todas las agresiones por transfobia”.

J comenta que actualmente no suele salir por ambientes de ocio nocturno, pero que cuando era más joven sí que solía hacerlo, y afirma haber sido víctima de varios intentos de agresión sexual, siempre después de la transición. Antes de la transición no fue víctima de ninguna agresión.

Dice haberse sentido siempre segura en el momento de hablar en público, puesto que tiene facilidad para comunicarse y defender una posición. Aún así, comenta que ha tenido problemas en su trabajo como teleoperadora, puesto que, al presentarse como mujer, pero tener una voz socialmente asociada al género masculino (grave), en ocasiones dice sentir cierta “confusión” por parte del otro interlocutor, y que esto perjudica a su trabajo. Explica que durante un día decidió experimentar y se presentó con un nombre masculino. El resultado fue que ese día obtuvo unos resultados profesionales mucho mayores que en días anteriores, dejando al descubierto así la transfobia interiorizada y generalizada de la sociedad.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

En esta entrevista podemos ver cómo se confirma la existencia de los distintos niveles del modelo ecológico planteado por Bronfenbrenner en 1997.

Por una parte, se hace referencia al nivel individual, puesto que la entrevistada asegura que gran parte de su educación se ha basado en una ideología patriarcal. Esta educación ha dictado unos roles de géneros rígidos, tanto en la familia como en el entorno. Según Turinetti y Vicente (2008), esta rigidez en los roles es uno de los factores de riesgo para el desarrollo de violencias de género en el futuro.

Durante la entrevista también podemos ver distintos elementos pertenecientes al exosistema. El exosistema comprende estructuras formales e informales que forman parte de la vida del sujeto. Algunas de estas estructuras son la escuela y la Iglesia, de las cuales la entrevistada afirma haber recibido una gran influencia. Estas instituciones imponen unas pautas culturales sexistas y autoritarias que hacen perdurar el problema del maltrato, según Belski (1980), creando un modelo comportamental y relacional basado en la desigualdad de géneros. Así lo afirma la entrevistada, diciendo que algunas bases de la Iglesia católica tienen un alto componente machista, además de afirmar que, en la escuela, como en cualquier otro espacio, se dejan ver muchas actitudes que ponen de relieve la rigidez de los roles de género.

J también recalca la falta de efectividad de las leyes y la actitud de ignorancia de las instituciones respecto a las violencias de género, considerando que existe una gran incapacidad para castigarlas. Esta este no-castigo da lugar a una sensación de impunidad ante este tipo de conductas, produciendo una normalización de éstas.

Respecto al nivel macrosistémico, la entrevistada asegura que sigue existiendo desigualdad de poder entre géneros. Esta desigualdad, como bien afirman Turinetto y Vicente (2008), surge como consecuencia del sexismo predominante y provoca el posicionamiento de la mujer en un lugar secundario en la sociedad. Por otra parte, J subraya que las violencias de género surgen como consecuencia del machismo en el que los individuos de la sociedad han sido educados. Esto hace referencia a los valores y la ideología patriarcal que forman el macrosistema, en el que todas las personas, sin excepción, se desarrollan, independientemente del género con el que se identifiquen. Estos valores educan a cada persona en un modelo comportamental concreto según el género al que pertenezca. A su vez, como bien postula la teoría del modelo ecológico, los valores y la ideología son interiorizados por los individuos, y pasan a ser parte constituyente y estructural de la personalidad. Es por esto por lo que se produce una normalización de estas pautas de funcionamiento y relacionales, como bien afirma la entrevistada cuando dice que *“se han interiorizado como algo normal”*.

Por lo tanto, una vez más vemos como la experiencia de la entrevistada encaja con la idea del modelo multifactorial de las violencias de género propuesta por Bronfenbrenner en el año 1997.

Teoría de la perspectiva de género:

La teoría de la perspectiva de género utiliza el modelo patriarcal como eje para explicar las violencias de género en la sociedad actual. La entrevistada asegura que la educación que han recibido los individuos de la sociedad tiene una base esencialmente machista. Esta educación es la que posiblemente lleva a ciertos sectores de la población a reproducir las violencias de género, utilizando éstas como medio para mantener y asegurar la superioridad masculina. Como la entrevistada afirma, si lanzamos una mirada crítica a nuestro alrededor, veremos cómo se producen multitud de conductas machistas. Estas conductas deben ser consideradas como violencia de género, y según Cantera (2007), ésta es la violencia que es utilizada por el patriarcado como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer.

La desigualdad que J asegura ver diariamente en las relaciones de pareja (aunque no en la suya) está relacionada con una de las conclusiones extraídas por Turinetto y Vicente en 2008, ya mencionada anteriormente, que revela que las parejas se organizan a partir de roles culturales que provocan lugares de poder asimétricos para cada género, con una sobrevalorización de lo masculino.

Por último, respecto al análisis de la teoría de la perspectiva de género, vemos cómo, de nuevo, en todo momento el problema es visto desde una visión social y no individual. Se considera, por tanto, que la visión de la entrevistada encaja a la perfección con una de las demandas más potentes de esta teoría, que implica que lo correcto es hacer un replanteamiento de las estructuras sociales, y empezar a actuar a este nivel, puesto que la violencia de género se trata de un problema social y no de carácter individual o biológico.

Por último, con respecto a este bloque sobre las violencias de género en las relaciones amorosas, es interesante destacar una de las afirmaciones que realiza la entrevistada. Al preguntarle si ha vivido situaciones de violencia dentro de sus parejas contesta que no, y seguidamente matiza *“al menos no situaciones extremas”*. Esto también denota cierta normalización de las conductas de violencia de género que se llevan a cabo dentro de las parejas, puesto que a veces ocurre que debido a los diferentes grados de gravedad percibida, se da una dificultad para la detección y la limitación de estas violencias, que es lo que ocurre en muchos casos, cuando no se trata de violencia física, sino más bien una violencia de carácter psicológico o relacional, llevada a cabo a través de conductas socialmente legitimadas, pero que poseen unas potentes bases patriarcales.

Violencia sexual:

J concluye que el acoso sexual implica una falta de respeto a alguien por no respetar su decisión respecto a si quiere mantener contacto más íntimo contigo o no. Comenta que a veces los hombres quieren imponerse. Esta imposición revela de nuevo la utilización de un poder desigual en los géneros, utilizando este poder en forma de violencia para la domesticación y amansamiento de la mujer, tal y como expresa Cantera (2007) en su aportación a la teoría de la perspectiva de género. Por otra parte, también refleja la concepción de la mujer como un objeto de dominio patriarcal, que disciplina el cuerpo de las mujeres para la disposición sexual de los varones (Bedia, 2015). Por otra parte, también lo podemos poner en relación con el estudio de O'Donohue, Downs y Yeater en 1998, que revela que la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas.

También habla sobre el mito de que cuando las mujeres dicen que no, en realidad quieren decir que sí. Esto no deja de reflejar la interiorización de las ideas patriarcales, que legitiman este tipo de acoso y lo normalizan. Se trata de un problema generado y reforzado por el propio patriarcado. De igual manera, podemos relacionarlo con el nivel de gravedad percibida: este tipo de violencia suele pasar desapercibida por la normalización antes descrita, generando un conflicto importante para su detección y su erradicación. Al no ser identificada como violencia

de género en muchos casos, se suele pasar por alto. Por último, este mito del que la entrevistada habla también podemos relacionarlo con la hipersexualización y cosificación del cuerpo de la mujer, causada por los roles de género que sitúan al hombre como “el conquistador” y las mujeres como “objeto de conquista”.

Respecto a este último punto sobre el papel conquistador del hombre y objeto de conquista de la mujer, también se comenta cuando J afirma que siempre se ha considerado que es el hombre el que tiene que dar el primer paso para mantener un primer contacto con la mujer. La entrevistada afirma que estos roles deberían ser perfectamente intercambiables para poder llegar a obtener cierta igualdad entre hombres y mujeres. Afirma que el seguimiento de estos roles provoca un mantenimiento de la subordinación de las mujeres; por tanto, destaca la conciencia de la entrevistada respecto al lugar secundario y de subordinación que ostenta la mujer en este tipo de situaciones.

Por otra parte, la cosificación se encuentra muy presente en la vida de J, puesto que afirma haberse sentido juzgada en más de una ocasión únicamente por su físico, convirtiéndose así en un objeto para el placer, separando los atributos físicos de la persona de sus características personales. La cosificación provoca que se trate a la persona según su físico.

Nos explica que en los primeros años después de su transición solía arreglarse mucho en el momento de salir de casa, y que esto lo hacía por dos motivos: reafirmación y comodidad consigo misma. Esta reafirmación puede estar causada por la relación inconsciente de la feminidad con el ajuste a los cánones de belleza impuestos por la sociedad: cabe la posibilidad de que la entrevistada se sintiera reafirmada al encajar con los cánones de belleza que dictan cómo deben ser las mujeres. Por otro lado, respecto a la sensación de comodidad con ella misma, puede estar dándose el mismo mecanismo: es posible que esta comodidad puede estar siendo causada por el hecho de estar ajustándose a los cánones impuestos. Actualmente afirma que no suele arreglarse tanto, pero que siempre “*suele ir mínimamente arreglada*”. Destacamos así la presión a la que sigue siendo sometida por los elementos coercitivos del patriarcado.

De forma genérica, considera que el juicio que se ejerce sobre las mujeres respecto al físico es mucho mayor que el que se ejerce sobre los hombres. En este punto salen a relucir los elementos coercitivos que utiliza el sistema patriarcal para conseguir la dominación y subyugación de las mujeres, y que también son considerados como violencia de género. Se confirma, una vez más, que esta presión es mucho menor en el caso de los hombres, puesto que la entrevistada afirma que cuando era leída socialmente como hombre no se sentía tan juzgada por su físico, y afirmando que “*el hombre puede estar más relajado que la mujer en ese sentido*”.

Violencia en el espacio público:

En este apartado, de nuevo, observamos la presencia de la hipersexualización o cosificación en la vida de la persona entrevistada y de las mujeres en general, ya que afirma haber sentido más atención hacia ella en lugares públicos. Es así como se interpreta a la mujer como objeto de contemplación. Además, menciona algo muy interesante: conforme ha ido avanzando en edad, siente que cada vez la atención hacia ella es menor. Por tanto, esta atención ya no la localizamos simplemente en el hecho de ser mujer, sino en ser una mujer que se ajusta a los cánones de belleza. En el momento en que esta mujer deja de ajustarse a estos cánones, deja de ser considerada como objeto de deseo y por lo tanto la atención focalizada en ella disminuye. Además, subraya que en ocasiones se le dedica más atención por el hecho de que al haber empezado su transición a una edad bastante avanzada (30 años), ha conservado varios rasgos que se asocian culturalmente al sexo masculino, como por ejemplo la voz grave. Esto provoca que sea foco de atención, y podemos relacionarlo también con el hecho de que no se ajusta a los cánones de belleza que dictan cómo debe ser una mujer, a la que normalmente se asocia un tono de voz agudo y delicado, además de denotar una transfobia interiorizada en la sociedad. También afirma que recibe comentarios como “guapa”, “cariño” o “corazón” por parte de hombres de forma habitual, que denotan una excesiva confianza no recíproca, y que antes de la transición, cuando era leída socialmente como hombre, no lo recibía. Volvemos a ver aquí el papel de los roles de género, que asignan un poder superior a los hombres (Turinetti y Vicente, 2008), y los legitima para ejercer este poder sobre las mujeres.

Por otra parte, también destacamos el papel de estos roles desiguales en la mayor legitimidad que se le otorga a los hombres en materia de toma de decisiones. Destacamos así que, aunque la entrevistada siente más atención hacia ella en ciertas circunstancias, esta atención se limita solo a algo físico, puesto que luego el verdadero poder es asignado a la figura del hombre.

Ejemplifica esto con una experiencia vivida, en la que, durante un debate con sus compañeros de trabajo, estos aplacaban continuamente sus intentos de participar y no la dejaban hablar. Afirma que la situación de este ejemplo se ha dado en varias ocasiones y que es consciente que no es la única mujer a la que le pasa, sino que se trata de algo generalizado. De nuevo aquí volvemos a ver el ejercicio de cosificación, pues no se espera más del género femenino que el hecho de que sea un objeto de deseo y contemplación, además de poderlo relacionar también con el nivel macrosistémico del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997), en el que las pautas y la ideología patriarcal están tan interiorizadas que se llevan a cabo constantemente y a veces de forma inconsciente.

Por otra parte, y haciendo alusión de nuevo al modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997), a nivel microsistémico, Heins (1998) afirma que la toma de decisión masculina es uno de los indicadores de maltrato en sociedades con mayor índice de violencia.

Observamos un impacto importante de las violencias de género en relación con el derecho al libre tránsito de la entrevistada, presentando la calle como un espacio desigual en el que muchas mujeres se sienten ajenas, puesto que dice sentir miedo a ser agredida en un espacio público, en cualquier momento del día, y que limita este tránsito durante la noche, momento en el que evita salir. En este punto podemos ver una de las respuestas más generalizadas de las mujeres ante este tipo de acoso sexual callejero, que es la evasión. Esta evasión no hace más que revelar, de nuevo, la situación de sumisión y de ostentación de un menor poder de las mujeres respecto a los hombres. Vemos también como se produce una fragmentación del espacio público, tal y como concluye Rivera (2013).

Relacionado también con el estudio de Rivera, podemos ver cómo las mujeres son convertidas en un objeto sobre el cual se puede hablar en voz alta e inclusive tocar, sin derecho a réplica. Es por esto por lo que la entrevistada asegura haber sido víctima de varios intentos de agresión sexual, destacando que estos intentos siempre han sido después de la transición y nunca antes.

Finalizando con el análisis de la entrevista, se cree importante destacar de nuevo algunos elementos que pueden relacionarse con la teoría de la perspectiva de género. En varias ocasiones la entrevistada menciona situaciones de violencia ejercida sobre ella que son debidas al hecho de no ajustarse completamente a los cánones de belleza femeninos. Menciona en varias ocasiones que considera que la noche es un momento conflictivo para toda mujer, pero especialmente para una mujer trans. Al finalizar la entrevista también comenta que ha sufrido problemas laborales debido a este desajuste a los cánones. Todos estos problemas surgen como consecuencia de la actuación de los elementos coercitivos que el patriarcado implanta sobre las mujeres, con el objetivo de conseguir la dominación y subyugación de la mujer por parte del género masculino.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a D, un chico trans de 20 años. Nació en un pueblo de Córdoba, llamado Baena, y actualmente vive en el mismo. Se considera bisexual, no tiene pareja y está estudiando psicología. Empezó su transición social a los 18 años, momento en el que empezó a reclamar ser llamado con un nombre masculino y cambió su aspecto a uno más semejante a lo que socialmente se entiende como masculino. Está siguiendo un tratamiento con hormonas masculinas (Testex). Hasta el momento no se ha realizado ninguna operación, pero tiene pensado operarse de mastectomía (extracción de las glándulas mamarias y masculinización del tórax, para obtener un pecho liso y simétrico) en dos años, aproximadamente. Por el momento, no se plantea otro tipo de operación.

Violencias de género en relaciones amorosas:

D considera que su visión del amor no ha cambiado después de la transición, puesto que siempre ha visto el amor como el acompañamiento y aceptación de la otra persona. Piensa que en la mayoría de las relaciones sí que siguen dándose roles de género, y afirma que en muchas de las relaciones de su alrededor ocurre así: *“Por ejemplo, muchas veces en caso de que tanto el hombre como la mujer tengan el carné de conducir, la mayoría de las veces conduce el hombre, y yo creo que eso está causado por los roles de género”*. Aún así afirma que en sus relaciones esos roles de género nunca se han dado, ni de forma previa a la transición ni posterior, porque siempre se ha sentido muy desligado de ellos, y también afirma que siempre ha buscado una persona como pareja que también se aleje de estos roles: *“Ahora rompo muchos roles de género que supuestamente tengo que tener por ser un hombre”*.

Dice considerarse agnóstico, pero confirma haberse criado en un entorno muy cristiano y cree que esto ha tenido influencia en quién es y cómo es, pero cree que esta influencia no ha tenido grandes repercusiones en sus relaciones afectivas. Respecto al entorno escolar, cree que claramente se reflejan los roles de género, y lo ejemplifica con los juegos en el patio: *“los niños jugaban a fútbol y las niñas con muñecas”*, e incluso afirma que recuerda haber visto en algún libro afirmaciones como *“las niñas juegan con muñecas y los niños juegan al fútbol”*. Aún así, insiste en que desde pequeño se ha sentido un poco al margen de los roles, y que participaba en todos los juegos, independientemente de a qué género estuvieran asociados éstos. Por tanto, reafirma que estas instituciones han tenido una influencia parcial en cómo se relaciona en sus relaciones amorosas.

Respecto a las acciones gubernamentales, D considera que existen pocas leyes para la prevención y el castigo de las violencias de género, y que además *“no son lo suficientemente duras”*. Afirma que *“que violen a una niña de 10 años y que la persona sólo tenga que pasar un año o en la cárcel me parece insultante”*. Respecto a los medios de comunicación, apoya el hecho de que se comuniquen los distintos casos de violencia de género, puesto que tiempo atrás era impensable que estos casos se televisaran, pero cree que los medios tratan este tipo de temas de forma muy superficial, *“como una noticia más”*, no le dan la importancia que realmente tiene y no se hace una crítica de estas: *“sólo informan de lo que ha pasado pero no dicen si eso está bien o está mal”*.

Afirma que, lamentablemente, el género masculino siempre va por delante porque siempre se le ha permitido y que, aunque actualmente las mujeres tengan más reconocimiento, alcanzar el nivel de poder en el que están los hombres es muy complicado. Por ello, afirma que hay mucha desigualdad causada por el machismo. Siente que ha vivido este tipo de desigualdades, y que las ha notado especialmente después de su transición, puesto que en las relaciones que ha tenido con mujeres después de ésta, se han dado situaciones que denotan esta desigualdad: *“Antes de la transición, mi pareja y yo nos acompañábamos a casa, y a veces la acompañaba yo y a veces me acompañaba ella. Con las parejas que he tenido después de la transición, siempre he sido yo el que las ha acompañado. Me duele decirlo, pero tenía miedo de que le pasara algo.”* Además, afirma que los progenitores de sus parejas (mujeres) le pedían explícitamente que la acompañara a casa y que no la dejara sola.

Cree que una de las causas más claras de las violencias de género es la educación recibida en casa. Afirma que cuando en casa se dan roles de género muy marcados y se vive en un entorno de violencia, es mucho más probable que en un futuro la persona desarrolle conductas de violencia de género, siguiendo el modelo que ha observado a lo largo de su vida en su entorno más próximo. Destierra la posibilidad de que se trate de la clase social a la que perteneces u otros factores similares.

Afirma no haber vivido ningún tipo de violencia en sus relaciones, ni antes ni después de su transición. Aún así, sí que admite que se dieron una serie de conductas controladoras en algunos momentos de su última relación, en la que ya había empezado su transición. Estas conductas se dieron por parte de ambas personas, y fueron rectificadas (denotando así consciencia de que no eran conductas adecuadas).

Violencia sexual:

Cuando se le pregunta qué cree que abarca el acoso sexual, contesta: *“Una violencia sexual es cualquier acto que provoque que una chica se sienta intimidada”*. Afirma que un comentario del

tipo “guapa” ya lo considera violencia. Descarta que la violencia sexual se base sólo en llevar a cabo el acto sexual, sino que se debe tratar como un concepto mucho más amplio.

Dice sentirse más seguro ahora al “ligar” con alguien, pero lo relaciona con el hecho de que anteriormente intentaba “esconder” que sentía que su género era el masculino e intentaba comportarse *“como se supone que se comporta una chica”*. Esto lo llevaba a sentirse cohibido e inseguro. También dice sentirse mucho más seguro ahora que ha empezado su transición médica, puesto que la disforia con su voz ha disminuido.

Al preguntarle sobre cómo reaccionaría al ser rechazado, afirma que, pese a que a cualquiera le dolería sentirse rechazado, se lo tomaría con buena actitud, pidiendo disculpas, porque ante todo cree que debe guardarle respeto a la otra persona. Aún así, piensa que muchos hombres no reaccionarían de la misma manera, especialmente los chicos cisgénero: *“siempre se les ha enseñado a los hombres que tienen que insistir, y que tienen que conquistar a la mujer”*. Dice haber sido testigo de muchas situaciones así en lugares de ocio nocturno. Pese a esto, dice no haber vivido una experiencia similar en primera persona cuando era leído socialmente como chica.

Rechaza por completo la idea de que sea el hombre el que tiene que dar el primer paso para flirtear con una mujer: *“así se fomenta más la idea de que el hombre tiene que conquistar”*.

Respecto a si suele prestarle más atención a su físico ahora, afirma que nunca se ha sentido cómodo con su físico. Aún así, cree que sigue prestándole una atención similar a la que le prestaba antes de su transición. Sólo menciona que antes le dedicaba mucha atención y tiempo al cuidado del pelo, y ahora no lo hace.

Por otra parte, y para finalizar este bloque, es tajante a la hora de afirmar que las mujeres reciben mucha más presión social con respecto a la belleza: *“te inculcan que has nacido para tener una talla, para pesar X, para vestirte de X forma, para maquillarte de X forma y para complacer a cierto grupo de gente”*.

Violencia de género en el ámbito público:

Afirma haber sentido más atención hacia él en diferentes lugares del ámbito público, como por ejemplo en algunos locales de ocio nocturno: *“He visto como casi siempre me atendían a mí antes que a mi amiga”* o *“Siempre me piden a mí el fuego, aunque mi amiga tenga un mechero en la mano”*.

En este momento, después de su transición, comenta que no recibe comentarios como “guapo”, “cielo” o “cariño”, pero que antes estos comentarios se daban de forma constante, pero casi siempre por parte de mujeres y no de hombres.

Por otra parte, piensa que la mayor legitimidad social del hombre es un hecho evidente y que lo ve de forma continua, tanto en la toma de decisiones como en otros muchos ámbitos. *“Hasta que no lo dice un hombre, muchas veces no se le da credibilidad a la mujer”*.

D dice sentirse más cómodo ahora hablando en público, pero lo relaciona con el hecho de que se siente más seguro consigo mismo al haber empezado su tratamiento en hormonas, porque su disforia con la voz se ha visto reducida. Aún así, afirma sentir más atención hacia él cuando habla ahora.

Confirma que no ha vivido ningún caso de acoso sexual en el transporte público, pero afirma que muchas de sus amigas sí que han vivido este tipo de situaciones.

Dice sentirse libre al andar por espacios públicos, o al menos esa sensación de libertad ha aumentado significativamente después de su transición. Admite no sentir miedo al ir por la calle más allá del miedo a ser atracado, pero no es un miedo relacionado con un posible acoso sexual. En cambio, afirma tajantemente haber sentido mucho miedo cuando era leído como mujer *“lo pasaba muy mal al ir por la calle de noche”*. Relacionamos esto con la siguiente pregunta, en la que afirma que actualmente no evita ir por la calle en ningún momento, y que antes de su transición intentaba no ir solo por la calle, y cuando lo hacía llevaba a cabo multitud de conductas de seguridad: llevar las llaves entre los dedos, hablar por el móvil con una amiga... De hecho, afirma que en el momento actual es él el que acompaña a sus amigas a casa.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

En la entrevista con D vemos como existen diferentes elementos del modelo ecológico propuesto por Bronfenbrenner (1997), tanto a nivel individual, de macrosistema, de exosistema y macrosistema. Estos elementos interactúan entre sí y pueden dar lugar a una explicación de las violencias de género en la pareja. En este apartado mencionaremos algunos de estos elementos observados en este bloque; aún así seguiremos encontrando otros en los distintos bloques de la entrevista.

En relación con el nivel individual, D comenta que considera que en sus anteriores parejas los roles de género no han estado presentes, pero que aun así los roles son creencias aprendidas y que han estado presentes a lo largo de su vida, y éstos son consideradas factores de riesgo para el desarrollo de violencias en la pareja por Turinetto y Vicente (2008). En el momento en que se le pregunta cuáles cree que son las causas de las violencias de género, menciona que la rigidez de los roles de género en la familia es un factor de gran peso, tal y como afirman Turinetto y

Vicente en 2008, considerando esta rigidez como un factor de riesgo para que se desarrollen violencias de género. Por otra parte, también podemos hacer alusión a Carlson (1984), que explica que las creencias aprendidas en la familia de origen suelen ser también un factor clave para el desarrollo de estas violencias. Si una persona crece en un entorno violento con unas marcadas creencias machistas, es mucho más probable que en un futuro desarrolle conductas propias de la violencia de género o que sea víctima de ella.

Relacionándolo con los entornos en los que la violencia tiene un papel importante, en el nivel microsistémico, Belski (1980) postula que en las familias en las que se da violencia de género lo que ocurre es que, ante una baja tolerancia al estrés, se acaban utilizando estrategias agresivas para la resolución de conflictos, y eso está altamente relacionado con lo que el entrevistado considera que son las causas de las violencias de género.

En relación con el exosistema, el entrevistado explica que la Iglesia probablemente haya tenido un papel indirecto en su forma de ser y de actuar en muchos ámbitos de su vida, pero en referencia a las relaciones cree que esta influencia ha sido mínima. Por otro lado, considera que lo que sí que ha tenido mucha influencia ha sido la escuela. Comenta que esta institución se reflejan claramente los roles de género y se segrega, ya desde muy temprana edad, a los niños y las niñas según su género, en actividades como juegos o deportes. Se promueve así el establecimiento de pautas culturales sexistas y autoritarias, que son los factores que, según Belski (1980), hacen perdurar el problema de las violencias de género. En relación con el papel de las instituciones gubernamentales y las leyes y políticas relacionadas con las violencias de género, considera que existe una falta de efectividad grave y una actitud de ignorancia por parte de estas instituciones. Por otra parte, también subraya el papel clave y a la vez insuficiente de los medios de comunicación, en los cuales se presenta una frivolidad de estas violencias, provocando así una normalización de éstas, y promoviendo la habituación de la población a este tipo de noticias, causando desatención y falta de mirada crítica.

Respecto a nivel macro sistémico, vemos cómo se reproducen los valores culturales machistas y nos vemos envueltas en una ideología marcadamente patriarcal. El entrevistado afirma cómo muchas ocasiones después de su transición se le ha atribuido el papel de protector hacia sus parejas. Explica cómo los progenitores de sus parejas le pedían de forma explícita que la protegiera. Este papel protector no deja de reflejar una de las conclusiones de Turinetti y Vicente (2008), que explica que existen lugares de poder desiguales para el género masculino y el femenino, situándose a la mujer en un lugar secundario y de menor poder. La actitud de los padres no puede dejar de considerarse como la integración de las ideas patriarcales que rigen la sociedad.

Con todo lo dicho en la entrevista, determinamos que la visión multicausal de las violencias de género del modelo ecológico de Bronferbrenner (1997) coincide con la del sujeto.

Teoría de la perspectiva de género:

El entrevistado nos da un ejemplo de una situación en la que cree que se desarrollan roles de género muy marcados: *“muchas veces, en caso de que tanto el hombre como la mujer tengan el carné de conducir, la mayoría de las veces conduce el hombre”*. Podemos relacionar esto de forma directa con las afirmaciones de Turinetti y Vicente en 2008, que señalan que las parejas se organizan a partir de los roles culturales que indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, sobrevalorando lo masculino. Por otra parte, D deja claro de su consciencia de que el género es una construcción social, tal y como dice la teoría de la perspectiva de género, que afirma que el problema de la violencia en la pareja no es de índole biológica, sino que es generado y reforzado por la ideología y la cultura patriarcal. El entrevistado deja patente de que es consciente de que el género está construido de forma social, puesto que asegura que pese a pertenecer al género masculino, muchas de las actitudes y conductas asociadas a este género o no les representan, o no se siente del todo cómodo con ellas.

Esta consciencia del gran peso que tiene la sociedad en la construcción y la implantación de los roles podemos relacionarla también con una de las demandas más importantes del modelo de la perspectiva de género, que reclama la necesidad de problematizar cuestiones estructurales de la sociedad que impulsan y legitiman las violencias de género, sin centrarse en el individuo como unidad de cambio y sin indicar la biología como causa de éstas.

Violencia sexual:

Tal y como explica el estudio de O’Donohue, Downs y Yeater (1998), el entrevistado afirma que la violencia sexual puede adoptar distintas formas, y así lo confirma diciendo *“un comentario del tipo “guapa” ya lo considero violencia”*. Con esta afirmación también deja claro que es consciente de que existen diferentes niveles de gravedad percibida respecto a estas conductas de acoso sexual. Los comentarios de los que el entrevistado habla serían clasificados como una violencia relacional o psicológica. Éstas son las violencias que son más difíciles de detectar por parte de la víctima, porque tal y como describen Ortega y Moreno (2005), pueden ser malinterpretadas como avances atrevidos en el cortejo, y por lo tanto limitarlas y ponerles fin puede resultar más difícil.

Considera que sostener la idea de que es el hombre es el que tiene que quedar el primer paso para flirtear con una mujer sólo incentiva la idea de que el hombre es el que debe conquistar a la mujer. Podemos relacionar esto de forma directa con la hipersexualización de la mujer, que

provoca que se sitúe al hombre como “el conquistador” y las mujeres como “objeto de conquista”. Por otra parte, la idea de que debe ser el hombre el que dé el primer paso no deja de reflejar la rigidez de los roles de género que, tal y como afirman Turinetto y Vicente (2008), indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, tal y como se ha dicho con anterioridad al hablar de la hipersexualización.

Con la oración *“siempre se les ha enseñado los hombres que tienen que insistir, y que tienen que conquistar a la mujer”* vuelve a salir a relucir la cosificación de la mujer. La insistencia de la que el entrevistado habla no deja de ser un tipo de violencia, y según la teoría de la perspectiva de género, el patriarcado utiliza esta violencia como pauta de domesticación y amansamiento de la mujer (Cantera, 2007). Por otra parte, y siguiendo con la misma teoría, volvemos a ver la concepción de la mujer como objeto de control y dominio por parte del sistema social masculino y opresivo. Además, también se vuelve a ver el papel de la mujer como “objeto de conquista” y el del hombre como “el conquistador” y como aquel que ostenta un poder superior y lo inscribe sobre la mujer.

El entrevistado considera que los cánones de belleza implantados sobre las mujeres son extremadamente estrictos y que se empiezan a aplicar sobre ellas desde muy temprana edad, coincidiendo a la perfección de nuevo con la teoría de la hipersexualización de la mujer, que dicta que esta cosificación empieza a darse desde que las niñas son muy pequeñas, momento en el que empiezan a interiorizar que deben ser agradables a la vista según su cuerpo y no por lo que son, y que son un objeto de deseo contemplación y consumo.

Los cánones de belleza de los que hemos hablado durante la entrevista son elementos coercitivos del patriarcado para conseguir la dominación y subyugación de la mujer. Estas presiones, actualmente, son consideradas como otro tipo de violencia patriarcal. Se produce así una inscripción de poder en los cuerpos femeninos mediante este tipo de presiones sociales.

Violencia en el espacio público:

El entrevistado afirma que *“he visto como casi siempre me tenían a mí antes que a mi amiga”*. Afirma así obtener más atención hacia él en muchos lugares públicos, mientras que cuando era leído como mujer no le ocurría. De nuevo, aquí podemos observar los distintos lugares de poder de los hombres y las mujeres de los que hablaban Turinetto y Vicente (2008), posicionando a la mujer en un lugar secundario en la sociedad, con una sobrevalorización de lo masculino.

Como detalle interesante, el sujeto afirma que después de transición no suele recibir comentarios como “guapo”, “cielo” o “cariño” por parte de personas que no conoce. Aún así, afirma que antes sí que los recibía, pero normalmente siempre provenían de mujeres y no de hombres. Explica que estos comentarios en ningún momento le hicieron sentir incómodos ni

fueron interpretados por él como un acoso u opresión. En cambio, si estos comentarios hubieran procedido de un hombre, probablemente sí hubieran sido interpretados como tal. Podemos relacionar esto de nuevo con los roles de género y la cosificación de la mujer. Es posible que por el hecho de que las mujeres son vistas como “objeto de conquista” y no como “conquistadoras”, sus comentarios sean interpretados de forma distinta a los comentarios realizados por hombres, a los que socialmente se les adjudica una posición de mayor poder sobre género femenino. Esta posición de poder y la ideología patriarcal que subyace a ella son las que probablemente provoquen que los comentarios de las mujeres sean catalogados como inofensivos, y en cambio unos comentarios muy similares pero realizados por hombres tengan una connotación de acoso o opresiva.

Por otra parte, se vuelve a hablar de los distintos lugares de poder que adjudican los roles (Turinetti y Vicente, 2008) cuando entrevistado afirma que en la mayoría de casos se da mayor legitimidad social al hombre respecto a la toma de decisiones, y que así lo ha notado él después de su transición. Además, volvemos a hablar aquí también del nivel microsistémico del modelo de Bronfenbrenner (1997), en el que Heise (1998) afirma que la toma de decisión masculina es un indicador de maltrato en sociedades con mayor índice de violencia, ya que los hombres que llevan a cabo violencia de género suelen querer ejercer control sobre los movimientos de la mujer. Es por esto el entrevistado también afirma sentir más atención hacia él cuando habla o muestra su opinión sobre algún tema en concreto. Aquí vemos como la atención se desvía hacia el hombre, legitimando y ensalzando su opinión por delante de la opinión del género femenino. Respecto al acoso callejero, el entrevistado dice haber sentido una gran diferencia con respecto a su vida antes de empezar la transición. Comenta que anteriormente siempre había sentido mucho miedo al ir por la calle en cualquier momento del día, aunque especialmente por la noche. Este miedo que D explica es algo que ha sido totalmente normalizado a nivel social, y que una amplia mayoría de mujeres denuncia sufrir, pese a que signifiquen una coartación de la libertad de tránsito de las mujeres por espacios públicos. Como respuesta a este miedo, el entrevistado llevaba a cabo una respuesta evasiva, como la amplia mayoría de las mujeres, y utilizaba una gran cantidad de conductas de seguridad para conseguir que su miedo se redujera mínimamente (como llevar las llaves entre los dedos por si era atacado, ir siempre hablando por el móvil con alguien, etc.). En cambio, ahora manifiesta que, al ser leído como hombre, ya no siente ese miedo. Destaca, por tanto, que el foco de este acoso callejero son las mujeres, y que este acoso suele darse por parte de hombres de forma general, tal y como dice Rivera (2013). Podríamos relacionar esto de nuevo con la cosificación, ya que las mujeres sienten una total desprotección e inseguridad por ser leídas como objetos, como cuerpos que deben ser

disciplinados para la disponibilidad sexual de los varones, tal y como afirma Bedia en 2015 en aportación a la teoría de la perspectiva de género.

Por último, es destacable que el entrevistado afirme que ahora es él quien acompaña a sus amigas a casa por razones de seguridad. Tal y como afirma Rivera en 2013, el modelo patriarcal se ve todavía más fortalecido ya que, como podemos ver en la experiencia del entrevistado, los hombres también son los principales protectores y garantes de las mujeres cuando se desplazan por la calle, pese a ser también los potenciales agresores.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a F, un chico trans de 19 años nacido en Berlín. Actualmente vive en esa misma ciudad, aunque durante su adolescencia vivió en Mallorca. Se considera heterosexual y actualmente no tiene pareja. Está cursando bachillerato y en este momento no trabaja. Empezó su transición tanto social como médica en el año 2018, con 18 años. Actualmente sigue una terapia hormonal (Testex). Ha realizado varias operaciones, entre las que se incluye la mastectomía, histerectomía y tres de las seis operaciones de faloplastia.

Violencia de género en relaciones amorosas:

El entrevistado no considera que su percepción del amor haya cambiado, o que al menos si se ha producido algún cambio no ha tenido que ver con la transición, sino con su propia maduración como persona.

Considera que los roles de género se siguen dando actualmente en las parejas, pero que el hecho de que se den o no dependerá de las personas que la formen y del respeto que se guarden mutuamente. Él afirma no haber seguido estos roles de género en sus relaciones, ni de forma anterior ni posterior a su transición.

Cuando se le pregunta sobre la influencia que han tenido instituciones como la iglesia o la escuela en su forma de desarrollarse en sus relaciones amorosas, afirma que le han influenciado especialmente en el cuestionamiento de su orientación sexual. Dice que siempre se ha sentido atraído por las mujeres, incluso antes de empezar su transición y que, según la doctrina de la iglesia, el matrimonio heterosexual era lo único *“normal o correcto”*. Esto le hizo sentir mucha presión e inseguridad durante toda su vida, hasta el momento de su transición. Por otra parte, también afirma que en la escuela nunca recibió ningún tipo de educación ni información sobre temáticas LGTBIQ+, tales como la transidentidad porque *“era lo que estaba mal visto”*.

Considera que las políticas y las leyes respecto a las violencias de género en ocasiones no actúan correctamente *“dependiendo del delito”*.

Considera que en la sociedad actual sigue dándose una desigualdad de poderes entre hombres y mujeres. Dice que esta desigualdad se manifestará en mayor o menor grado en una relación dependiendo del respeto que se tengan mutuamente las dos personas, y que en su caso esta desigualdad nunca ha estado presente en sus relaciones, ni de forma anterior ni de forma posterior a su transición. Afirma que los hombres son más poderosos a nivel físico y que las mujeres tienen más poder a nivel mental.

En cuanto a la pregunta sobre las que considera que son las causas de las violencias de pareja, F contesta que en la mayoría de los casos esta violencia llega a darse por una sensación de desconfianza hacia la pareja y por la presencia de malentendidos entre ellos.

Por otra parte, considera que en su entorno no hay machismo, y afirma que cree que el machismo *“es una ilusión mundial de mujeres con baja autoestima”*. Dice que es cierto que hay hombres que tratan mal a las mujeres, pero que también existen mujeres que tratan mal a los hombres y que *“Los hombres no montan manifestaciones. Para mí, todo es propaganda.”*

No cree haber desarrollado actitudes controladoras con sus parejas, ni que ellas las hayan desarrollado con él, ni antes ni después de la transición.

Violencia sexual:

Respecto al concepto sobre el acoso sexual, responde que considera que se trata de *“cualquier gesto íntimo no deseado. Tanto verbal, como corporal. Tanto directo, como indirecto.”*. Dice sentirse igualmente inseguro en el momento de “ligar” con alguien, puesto que siempre ha sido una persona muy tímida y que su transición no ha hecho que este rasgo de personalidad cambie. Cree que en una situación de rechazo actuaría con una conducta comprensiva hacia la otra persona y sin insistir. No cree que todos los hombres actúen de la misma manera, pero afirma que *“cada uno tiene su manera de trabajar sus problemas”*. También afirma que cuando era leído como mujer, algún hombre intentó flirtear con él, y que su actitud le hizo sentirse bastante incómodo, especialmente porque ya estaba inmerso en el proceso transgénero.

Considera que tanto un género como otro tienen la misma capacidad y responsabilidad en el momento de iniciar una relación amorosa, y que ninguno prima por encima del otro.

Afirma que, en el pasado, antes de iniciar su transición, se sentía constantemente juzgado por su aspecto físico únicamente. Comenta que su aspecto ya era muy similar al que se considera socialmente como “masculino” (pelo corto, ropa catalogada como masculina...) y que eso provocaba un rechazo constante de su entorno: *“Era la rara”*. Actualmente dice que ya no suele ser juzgado por su físico, y si ocurre sólo es en caso de que se trate de una reacción positiva hacia éste por parte de la otra persona.

Dice pensar mucho en su aspecto en el momento de salir de casa. Afirma pasarse muchas horas arreglándose, *“incluso más que mis exparejas”*. Antes solía darle igual, pero ha sentido un cambio muy importante respecto a este tema desde el momento de la transición.

No cree que las mujeres estén más sujetas a las normas de belleza que los hombres. Considera que es un aspecto que depende del carácter de la persona, independientemente del género con el que se identifique.

Violencia de género en el ámbito público:

Afirma sentir mucha más atención en lugar públicos, pero confiesa que cree que es una interpretación suya más que un hecho objetivo. Dice sentirse observado especialmente por hombres cisgénero: *“como si notaran que soy “diferente” a ellos”*.

Dice que, de forma anterior a su transición, recibía muchos más comentarios del tipo “guapa” o “cariño”, y que ha notado un cambio sustancial respecto a esto. Aún así, comenta que es un tema del que no le gusta hablar y pasamos a la siguiente pregunta.

Cree que, desde su vivencia personal, nunca le ha otorgado más legitimidad a un hombre que a una mujer. Hace alusión a sus relaciones, en las que afirma que su pareja siempre es *“su jefa”*, aunque es consciente de que en muchas otras relaciones ocurre todo lo contrario, y es el hombre el que siempre ostenta la mayor legitimidad en muchos aspectos y ámbitos.

Afirma sentirse más seguro hablando en público ahora, aunque aún le sigue incomodando la disforia que tiene respecto a su voz.

Dice no haber vivido nunca una situación de acoso sexual en el transporte público, al menos no en primera persona. Pero comenta haber sido testigo de estos acosos de forma reiterada, y siempre se han dado de hombres hacia mujeres, y dice sentirse mal en presencia de estos: *“Muchísimas veces en el metro, tram o en el autobús he visto hombres mirándole los pechos a mujeres jóvenes, chillándoles... me hace sentir muy mal ver estas situaciones”*.

No siente ningún tipo de miedo al ir por la calle, y cree que ese miedo tampoco estaba presente antes de empezar su transición. Por tanto, dice sentirse completamente libre en este espacio. Afirma que antes de su transición, durante una etapa en la que estuvo viviendo en Mallorca, no evitaba ir por la calle en ningún momento del día. Aún así, ahora que vive en Berlín, evita ir por la calle a ciertas horas de la noche, pero no lo relaciona con el miedo a ser víctima de algún tipo de agresión sexual, sino con el miedo a ser atracado o similar.

Interpretación y discusión

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

En esta entrevista podemos observar distintos factores pertenecientes a los diferentes niveles del modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997).

Podemos destacar un aspecto del nivel microsistémico del que se habla en la entrevista. Cuando se le pregunta al sujeto qué cree que causa las violencias de género, éste dice que la violencia llega a darse *“por una sensación de desconfianza hacia la pareja”* y por la presencia de *“malentendidos”* entre ellos. Podemos relacionar esto con lo que decía Belski en 1980: muchas

familias, al tener una baja tolerancia al estrés, acaban utilizando estrategias agresivas para la resolución de conflictos.

Con respecto al nivel exosistémico, podemos hablar sobre la influencia de la Iglesia y la escuela en la vida del entrevistado. Éste hace referencia a los patrones y modelos conductuales tan rígidos que se implantan desde estas instituciones, tanto en aspectos de comportamiento dentro de las relaciones como con quién mantienes estas relaciones, puesto que comenta que siempre se sintió juzgado y cuestionado cuando era reconocido como mujer porque le gustaban las chicas, y afirma que la Iglesia estipulaba que el matrimonio heterosexual era *“lo único normal o correcto”*. Por otra parte, también reclama no haber recibido ningún tipo de educación durante su etapa escolar sobre temáticas LGTBIQ+, como la transidentidad. Por tanto, vemos cómo las pautas culturales implantadas por estas instituciones han tenido influencia en la vida del entrevistado, tanto en la construcción de su identidad como en sus relaciones amorosas.

Respecto a nivel macrosistémico, podemos destacar distintos aspectos de la entrevista. Para empezar, en el momento en que se habla sobre los roles dentro de las parejas, el entrevistado no considera que la existencia de estos roles sea debida a los valores culturales y la ideología patriarcal de la sociedad en la que vivimos. De forma contraria, considera que los roles se desarrollan en una persona en relación con su propia personalidad, a nivel individual, sin que haya factores culturales o sociales de ningún tipo que influyen en esto. Por otra parte, pese a considerar que sí que existe una desigualdad de poder entre hombres y mujeres, no relaciona su existencia con los roles de género ni con valores e ideologías patriarcales, sino que de nuevo hace referencia al nivel individual de cada persona, afirmando que la desigualdad en una pareja se manifestará en mayor o menor grado dependiendo del respeto mutuo que exista entre las dos personas. Por tanto, la perspectiva del entrevistado no encaja con la visión de Turinetto y Vicente (2008), que postulan que la desigualdad de género surge como consecuencia del sexismo predominante que posiciona a la mujer en un lugar secundario la sociedad. En un momento de la entrevista, F realiza una reflexión que, si la examinamos detenidamente, podemos ver cómo se trata de una prueba de la existencia real de los roles de género, puesto que a través de ella vemos cómo asigna ciertas características a las personas por el mero hecho de pertenecer a un género u a otro, sin hacer alusión a la individualidad de cada una de ellas (como había hecho anteriormente en varias ocasiones): *“Los hombres son más poderosos a nivel físico y las mujeres tienen más poder a nivel mental”*. Relacionamos esto con la debilidad física que suele asociarse a las mujeres con respecto a los hombres. Por tanto, vemos cómo el sujeto, pese a no considerar en ningún momento la influencia de los valores culturales sexistas y de la ideología patriarcal, sigue de forma inconsciente las ideas que este sistema patriarcal promueve. Vemos cómo esta inconsciencia puede relacionarse con la teoría que habla del macrosistema,

en la que se dice que las ideas sobre la mujer no sólo se encuentran en la cultura, sino que las personas acaban integrándolas como parte propia, y pueden pasar desapercibidas a un nivel consciente.

Por otra parte, y ya finalizando con el nivel macrosistémico, el entrevistado niega que exista machismo hoy en día. Por tanto, niega la existencia de la ideología patriarcal y de las pautas que ésta dicta. Pese a negar la existencia de esta ideología, realiza un comentario que refleja unas claras creencias sexistas y patriarcales: *“el machismo es una ilusión mundial de mujeres con baja autoestima”*, de la cual se hablará más adelante, en el apartado de la teoría de la perspectiva de género.

Teoría de la perspectiva de género:

Vemos como no hace alusión a las bases culturales machistas y a la ideología patriarcal cuando se le pregunta cuál cree que es la causa de las violencias de género. De nuevo, hace referencia a un individualismo y no considera que haya unas pautas sociales detrás más poderosas. Esta opinión es contraria a algunos de los supuestos de la teoría de la perspectiva de género, que postulan que el problema de la violencia dentro de la pareja es generado y reforzado por la ideología y la cultura patriarcal, y no se trata de un problema individual y de índole biológica. Además esta teoría afirma que la violencia de género es de carácter social, es decir, ha sido aprendida culturalmente, y por tanto debe considerarse como un problema social y no individual.

El sujeto afirma, de forma textual, que el machismo *“es una ilusión mundial de mujeres con baja autoestima”*. Consideramos esto como una expresión machista, basada en los valores culturales implantados por la ideología patriarcal. Se trata de una degradación de las mujeres que luchan en contra de este sistema, haciendo alusión a sus características psicológicas de forma negativa como ataque y justificación de su opinión. Por lo tanto, entendemos que el entrevistado rechaza una problematización social (que es una de las demandas propuestas por la teoría de la perspectiva de género), puesto que parece considerar que no existe ningún problema.

De nuevo, volvemos a ver cómo el entrevistado considera que las violencias de género son un problema individual y no social, cuando afirma que existen algunos casos de hombres que tratan mal a las mujeres, pero que también hay mujeres que tratan mal a los hombres. Por otra parte, vemos cómo el entrevistado no realiza ninguna crítica a la opresión sobre las mujeres, ya que considera que no se las oprime más que los hombres, y que las mujeres no deberían manifestarse para reclamar el cese de esta opresión y de las imposiciones del sistema patriarcal, puesto que no sufren más problemas que los hombres: *“también existen mujeres que tratan mal a los hombres y los hombres no montan manifestaciones. Para mí todo es propaganda”*. Por

tanto, vemos que por una parte no cree que exista un sistema social mayormente masculino y opresivo. Tampoco considera que, tal y como decían Turinetti y Vicente en 2008, existan lugares de poder distintos en la sociedad, y la mujer se encuentra relegada a un lugar secundario. Y por último también niega que existan valores culturales macrosistémicos que impulsan y legitiman las violencias de género y la ideología patriarcal.

Violencia sexual:

De la misma manera que el estudio de O'Donohue, Downs y Yeater (1998), el entrevistado afirma que existen diferentes tipos de violencia sexual, diciendo *“El acoso sexual es cualquier gesto íntimo no deseado tanto verbal como corporal punto tanto directo como indirecto.”*. Por tanto, entendemos que el entrevistado es consciente de la existencia de más de un tipo de violencia, existiendo la violencia física (siendo ésta la más reconocible y visible) y también todo tipo de violencia relacionales o psicológicas.

Respecto a las actitudes de acoso de los hombres sobre las mujeres ante un rechazo, el sujeto afirma que *“cada uno tiene su manera de trabajar sus problemas”*. Podemos detectar cierta normalización de estas conductas de acoso e insistencia. Esta normalización puede estar promovida, en primer lugar, por la gravedad percibida, que puede parecer “menor” en un caso como este, si la compara con una agresión física. En segundo lugar, posiblemente esta normalización este nuevamente motivada por la falta de percepción del problema de las violencias como un problema social, ya que es visto por el entrevistado como un problema individual, que depende del tipo de persona y no del género al que pertenezca.

Pese a esto afirma que antes de su transición se sintió realmente incómodo en alguna situación en la que tuvo que rechazar a un hombre y éste insistió. Aquí podemos ver un ejemplo de cosificación de la mujer en la que ésta es percibida como un objeto de deseo, contemplación y consumo. Además, podemos ver cómo se cumple una de las afirmaciones de Rivera (2015), en la que dice que el dominio patriarcal pretende disciplinar a los cuerpos de las mujeres para la disponibilidad sexual de los varones.

El sujeto afirma que ambos géneros tienen la misma capacidad y responsabilidad para iniciar una relación amorosa, y por tanto rechaza el modelo ofrecido por la hipersexualización de la mujer, en el que se ve al hombre como “el conquistador” y a las mujeres como “objeto de conquista”.

El entrevistado comenta que antes de realizar su transición se sentía constantemente juzgado por su aspecto físico únicamente. Comenta que era rechazado por su entorno por tener una apariencia excesivamente masculina. Aquí vemos la presencia de los cánones de belleza impuestos a las mujeres, que son los elementos coercitivos que utiliza el sistema patriarcal para

conseguir la dominación y subyugación de éstas. Estos cánones se basan en un ideal de feminidad de la que el sujeto se encontraba alejado. Actualmente dice no sentirse juzgado por su físico. Esto revela cómo sí se ejerce una presión mucho más fuerte sobre las mujeres respecto al ideal de belleza. Pese a esto más adelante afirma que las mujeres no están más sujetas a los cánones de belleza que los hombres, y que de nuevo depende de las características individuales de cada persona. Aun así, analizando atentamente su experiencia, vemos como realmente esta presión era mucho mayor antes de realizar su transición, cuando he leído socialmente como mujer, que ahora, momento en el que es leído socialmente como hombre.

Más adelante, realiza un comentario que denota valores y creencias patriarcales, en el que afirma que tarda mucho en arreglarse para salir a la calle, *“incluso más que sus ex parejas”*. En la última parte de la oración se alude a un comportamiento asociado al rol femenino comúnmente, que es dedicar un tiempo mayor que los hombres al aspecto físico. Aún así, es necesario destacar que se debe valorar a las personas individualmente y no asociarles características concretas por el simple hecho de pertenecer a un género a otro.

Violencia en el espacio público

El entrevistado afirma que sí que siente más atención sobre él en lugares públicos, pero de una forma negativa, especialmente por parte de chicos cisgénero: *“como si notaran que soy diferente a ellos”*. Vemos, de nuevo, la presión que ejercen los cánones, pero esta vez sobre el género masculino.

Afirma haber recibido comentarios del tipo *“guapa”* o *“cariño”* de forma constante antes de realizar su transición, y que después de la transición estos comentarios han dejado de ocurrir. Por tanto, apreciamos que de forma previa a la transición el sujeto era víctima de la cosificación y de la consideración de la mujer como un objeto sobre el que se puede hablar en voz alta e inclusive tocar, sin derecho a réplica (Rivera, 2013).

Cuando le preguntamos a F sobre qué género cree que ostenta la mayor legitimidad en el momento de tomar decisiones, vuelve a centrarse únicamente en su persona, sin realizar ningún momento una crítica social, y por ello afirma que nunca le ha otorgado más legitimidad a un hombre que a una mujer. Por lo tanto, descarta la existencia de distintos lugares de poder para el género masculino y el género femenino que postulan Turinetti y Vicente (2008).

Afirma sentirse más seguro hablando en público ahora que de forma anterior la transición. Se puede considerar que esta seguridad es otorgada por el mayor poder social y percibido que ahora posee por pertenecer al género masculino.

Afirma no haber sentido nunca miedo por la calle ni antes ni después de la transición, y por lo tanto no podemos sacar conclusiones determinantes respecto a este aspecto.

Transcripción

Datos generales: Entrevista realizada a N, un chico trans de 24 años. Nació en Zaragoza y actualmente vive en esta misma ciudad. Se considera heterosexual. Actualmente no tiene pareja, ha cursado y finalizado la carrera de magisterio y actualmente estudia un grado superior de realización de proyectos audiovisuales y espectáculos. No tiene trabajo en este momento. Empezó su transición social en junio de 2018 (22 años), en su último año de carrera, y empezó su transición médica en diciembre de ese mismo año (22 años). Sigue un tratamiento con hormonas masculinas (Testex). Se ha realizado la operación de mastectomía (extracción de las glándulas mamarias y masculinización del tórax, para obtener un pecho liso y simétrico).

Violencia de género en relaciones amorosas:

Siente que su concepción del amor sí puede haber cambiado, por el hecho de sentirse más seguro, factor que le ha permitido centrarse más en la relación, dejando de lado sus inseguridades. Además, considera que por el hecho de haber madurado como persona ve el amor de una forma más libre y sana.

Considera que, de forma general, se siguen dando roles de género en las parejas (y fuera de ellas también). Dice que, con anterioridad a su transición, desempeñaba un rol femenino en sus parejas que en muchas ocasiones era forzado, afirmando que *“era lo que se esperaba de mí”*. Pese a eso, considera que siempre se ha sentido más cómodo con el rol masculino, aunque afirma que con el tiempo ha aprendido a desvincularse más de ese rol, puesto que cree que no lo representa por completo. Cree que las presiones por parte de los roles están presentes tanto en el género masculino como en el femenino, pero que son los hombres los que ostentan el mayor poder y los que ejercen opresión sobre las mujeres. Afirma que *“a veces los chicos trans tenemos un estereotipo muy marcado de cómo debemos ser, y no nos damos cuenta de que estamos apoyando todo este sistema de género, que al final lo que hace es generar violencia sobre la mujer”*.

Cree que tanto la iglesia como la escuela son instituciones que tienen repercusiones en la manera de desarrollarse que tienen las personas en sus relaciones. En su caso concreto, considera que la iglesia no ha tenido gran influencia sobre él, puesto que nadie de su entorno es católico y no se ha educado en ese entorno. Aún así, destaca que en la escuela sí que ha podido ver cómo los roles se implantan desde muy temprana edad, especialmente con los juegos: *“desde pequeño en cosas como los juegos ya te empiezan a separar según tu sexo”*. Cree que se establecen limitaciones según el género con el que se te reconozca. También notaba

estos roles en su forma de vestir, ya que sus padres siempre le dejaron vestirse como quería, pero en el momento en que acudía a la escuela es cuando más evidente se hacía el choque social, e incluso llegó a recibir comentarios por parte de compañeros criticando su forma de vestir por no ajustarse a la que se considera que deben tener las chicas.

Considera que las leyes y políticas aplicadas a las violencias de género por parte de organismos gubernamentales no son en ningún caso suficientes, y que es necesario dar muchas más ayudas a la mujer para evitar que sean víctimas de este tipo de violencias.

Los medios de comunicación anuncian las noticias sobre las violencias de género como una noticia más, dándole una importancia similar a la de otras noticias. Cree que se trata esta temática de una forma frívola y superficial: *“al final, la televisión es un reflejo de la sociedad”*.

Piensa que actualmente sigue existiendo mucha desigualdad de poder entre hombres y mujeres, y que esta desigualdad se manifiesta en muchas ocasiones y en diferentes contextos. Dice no haber tenido ninguna relación seria después de haber empezado su transición, pero comenta haber vivido muchas situaciones de desigualdad en compañía de amigas, especialmente en contextos lúdico-festivos nocturnos.

Es muy crítico con esta desigualdad y con los límites establecidos por los roles de género, y afirma que *“La lucha está en darte cuenta de todo esto y tomar una actitud contraria a estas conductas. Tienes que desmarcarte de lo que se espera de ti en tu rol de hombre, aunque a veces yo no me he sentido cómodo con actitudes de hombres y por miedo o por presión social he decidido no intervenir”*.

Considera que la base de las violencias de pareja está en la educación de ideología patriarcal en la que nacemos y crecemos. Cree que se nos educa en un sistema de roles de género desde muy pequeños, en los que las tareas y conductas propias de cada rol están muy delimitadas y son completamente estáticas. Comenta que la violencia siempre suele relacionarse con el género masculino, ya que a los niños se les refuerzan estas conductas violentas y eso propicia que, al crecer, tengan un comportamiento agresivo, ya sea con sus parejas o con cualquier otra persona.

Es tajante cuando afirma que en su entorno se da mucho machismo, y cree que se da en todos los contextos y entornos, no sólo en el suyo. Afirma que día tras día ve miles de comportamientos machistas, tanto en la vida cotidiana como en medios de comunicación, películas...

Cree que en sus parejas no se han dado conductas de violencia, aunque sí que se han dado conductas controladoras causadas por celos, especialmente antes de la transición, puesto que su inseguridad era significativamente mayor respecto al momento actual. Esto lo llevaba a tener conductas celosas, especialmente hacia chicos cisgénero. Por parte de su pareja también se

dieron este tipo de conductas. Al no haber tenido pareja después de la transición, no puede realizar una comparación respecto a su forma de actuar anterior. Aún así, considera que estas conductas no venían dadas por los roles de género, sino por inseguridades propias y de su pareja.

Violencia sexual:

N define el acoso sexual como *“cualquier comportamiento o actitud ofensiva o discriminatoria hacia la otra persona. Hay muchos tipos y no es necesario que haya contacto físico para que se considere como acoso”*. También hace alusión a la insistencia: *“creo que es acoso cuando alguien te dice que no y sigues insistiendo, es poner por encima tu prioridad de qué es lo que tú quieres conseguir, sin tener en cuenta para nada cómo se está sintiendo la otra persona”*.

Afirma sentirse más seguro ahora en el momento de entablar relación con alguien, pero lo asocia a su creciente confianza en sí mismo.

N tiene muy claro que si fuera rechazado su actitud sería de total respeto y comprensión hacia la otra persona, e incluso que pediría disculpas por si la ha molestado. Pero como ya se ha remarcado anteriormente, cree que muchos chicos tienen mucha tendencia a insistir pese a ser rechazados, y afirma que sólo dejan de hacerlo si ven a otro chico en el grupo, y en algún caso si la chica se niega muy repetidamente. Admite que a él, siendo leído como chica, esto le ha pasado en muchas ocasiones. También considera que en el momento en que empiezas a tener contacto íntimo con alguien, los límites pueden estar muy difusos, especialmente para los hombres. Afirma que *“se ve a la mujer como un objeto sexualizado constantemente”*.

Niega rotundamente que sea el hombre el que tenga que establecer un primer contacto para entablar relación con una mujer. Cree que debe hacerlo quien se sienta cómodo y seguro para dar el paso, independientemente del género al que pertenezca, aunque afirma que tradicionalmente siempre se ha pensado que debe ser el hombre el que lo haga (pensamiento con el que está completamente en desacuerdo).

Respecto al juicio sobre su físico, admite sentirse más tranquilo ahora que antes de su transición, aunque no le resulte agradable que sea así. Esta intranquilidad era debida al cúmulo de expectativas que se generaban entorno a él leído como mujer, que le dictaban cómo debía ser físicamente. Recalca el tema de la depilación: cuando era leído como chica, le daba mucha importancia a este tema, y ahora ocurre lo contrario: *“hasta tienes que plantearte dejar de hacer ciertos planes por no ir depilada. Ahora que soy leído como chico, no me depilo y nadie me ha llamado la atención sobre esto.”*. También destaca el tema de la ropa, puesto que siempre le ha gustado llevar ropa holgada y cómoda, y antes de su transición era criticado por esto. Ahora dice llevar una ropa muy similar y no recibir ningún tipo de crítica por esto.

N piensa que tanto hombres como mujeres están sujetos a los cánones de belleza, pero que el nivel de presión sobre las mujeres es muchísimo mayor al de los hombres. Lo ejemplifica poniendo como referencia las operaciones de los chicos y las chicas trans, y comenta: *“sólo tienes que mirar cualquier web donde te informen de las operaciones que se pueden hacer los chicos y las chicas trans. Para mujeres hay muchísimas operaciones, muchos tipos de retoques en la cara y en el cuerpo. Para los hombres hay tres muy básicas y poco más. Ahí se puede ver dónde se está aplicando mayor presión.”*

Violencia de género en el ámbito público:

N admite que, desde que es leído socialmente como hombre, ha sentido cómo se le presta más atención y que es más escuchado en entornos no familiares (donde no lo conocen). Tiene la sensación de que se le tiene más en cuenta y que se le da a su opinión un mayor valor respecto al que se le da a la de las mujeres: *“sólo por el hecho de ser chico se me escucha más que a otras personas”*. Es por esto por lo que también dice sentirse más seguro al hablar en público (a parte de por haber aumentado la seguridad en sí mismo). Manifiesta que es una sensación que no le gusta sentir, puesto que cree que promueve aún más la desigualdad entre el género masculino y el femenino.

Dice que es cierto que antes le hacían muchos comentarios del tipo “guapa”, “corazón” o “cariño”, y que incluso se los realizaban personas desconocidas por la calle, acosándolo. Después de la transición, estos comentarios se redujeron hasta casi desaparecer, estando ahora limitados a ambientes más cercanos y familiares.

Al preguntarle sobre el acoso en el transporte público, comenta que ha vivido varias situaciones de este tipo antes de su transición, en la que hombres se han dirigido a él y a la que era su pareja con comentarios o conductas de índole sexual. Afirma no haber vivido ninguna situación parecida desde que empezó su transición y es leído como hombre.

Actualmente dice no sentir miedo al ir por la calle de noche, más allá del miedo natural y adaptativo que puede sentir cualquier persona. Anteriormente, sentía mucha inseguridad y miedo, ya que tenía la sensación de que en cualquier momento podía pasarle algo malo. Con la transición ha ganado mucha seguridad en este aspecto, y comenta que *“esto hace más evidente la desigualdad”*. Nos explica que en alguna ocasión en la que andaba por la calle de noche y había una chica en la misma acera que él, ésta ha acelerado el paso o se ha cambiado de acera para intentar alejarse. Comenta que él solía tener ese mismo tipo de conductas cuando era leído como mujer y que es completamente comprensible que pase, aunque le provoque una profunda tristeza.

Violencia de género en relaciones amorosas:

Modelo ecológico de Bronfenbrenner (1997):

Durante la entrevista detectamos distintos elementos atribuibles al modelo ecológico propuesto por Bronfenbrenner (1997), que según postula el modelo, interaccionan entre sí y pueden explicar la existencia de las violencias de género.

En relación con el nivel individual, el entrevistado destaca que, en muchas ocasiones, a los infantes de género masculino se les refuerzan conductas violentas y agresivas desde muy temprana edad. Si el individuo crece en una familia que tiene la firme creencia de que este es el comportamiento adecuado y normal, es más probable que desarrolle conductas violentas en un futuro, tal y como afirma Carlson en 1984.

Respecto al exosistema, el entrevistado asegura haber vivido durante toda su infancia la implantación de los roles de género en el ámbito escolar. Afirma haber recibido también comentarios ofensivos por parte de compañeros por lucir un aspecto socialmente considerado masculino. Tal y como señala Belski (1980), esta estructura, según la experiencia del entrevistado, hace perdurar el problema del maltrato a través de pautas culturales sexistas autoritarias, llevando a cabo una segregación de los infantes según el género al que pertenezcan, especialmente en situaciones de juegos.

El exosistema, además, plantea que existe una gran falta de efectividad de las leyes y una actitud de ignorancia por parte de las instituciones respecto a las violencias de género. El entrevistado se muestra de acuerdo con esta teoría, puesto que afirma que las leyes y políticas aplicadas no son suficientes y que existe la necesidad de reforzarlas. También afirma que en los medios de comunicación se produce una frivolidad de este tipo de violencias, de las cuáles considera que se habla de una forma muy superficial y poco crítica. Este tratamiento por parte de los medios de comunicación de las violencias de género produce una normalización de ésta. Tal y como afirma el entrevistado, la televisión no deja de ser un reflejo de la sociedad, y podemos ver cómo los medios retratan la violencia de género como una pauta de comportamiento normalizada. Esta normalización, a su vez, es debida a los ideales patriarcales que rigen la sociedad; si la televisión es un reflejo de la sociedad, y la sociedad tiene un componente marcadamente patriarcal, es de esperar que los medios normalicen y frivolicen esta violencia.

Respecto al nivel macrosistémico, formado por los valores culturales y la ideología de la sociedad, destacamos que el entrevistado cree que existe hoy en día mucha desigualdad entre el género masculino y el género femenino, y que él la puede observar diariamente en su entorno próximo, con sus amistades de género femenino, las cuales reciben constantemente todo tipo de violencias patriarcales, especialmente en contextos lúdico-festivos nocturnos. Como

postulan Turinetto y Vicente (2008) esta desigualdad surge como consecuencia del sexismo predominante que posiciona mujer en un lugar secundario la sociedad.

Cuando el sujeto admite que tradicionalmente siempre se ha pensado que debe ser el hombre el que dé primer paso para iniciar una relación con una mujer, ejemplifica uno de tantos valores culturales arraigados en nuestra sociedad con respecto a los géneros, que indican lugares de poder distintos para cada uno de estos.

Podemos asumir, por lo tanto, que el modelo de Bronferbrenner, de índole multifactorial, coincide con la visión y vivencia del entrevistado.

Teoría de la perspectiva de género:

El entrevistado cree firmemente que siguen dándose roles de género dentro de las parejas, y tal y como afirman Turinetto y Vicente (2008), estos roles en los que se organiza la pareja indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género que sobrevalora lo masculino. Por otra parte, y continuando secundando lo que dicen los autores mencionados, el entrevistado considera que los hombres ostentan un mayor poder y ejercen opresión sobre las mujeres.

Estos roles ejercen mucha presión sobre los individuos que forman la sociedad, sean del género que sean, pero se produce una presión mucho más evidente e incisiva sobre el género femenino, ya que el entrevistado afirma que, en muchas ocasiones, de forma previa a la transición, forzaba un rol femenino ya que era lo que se esperaba de él. Además, también comenta haber sido víctima de comentarios ofensivos por parte de compañeros de escuela, por el hecho de no ajustarse a los cánones de belleza femeninos y lucir un aspecto considerado socialmente más masculino.

En el sistema patriarcal, la violencia es utilizada para mantener la superioridad masculina. El sujeto muestra tener mucha consciencia de esto, puesto que afirma que *“a veces los chicos trans tenemos un estereotipo muy marcado de cómo debemos ser , y no nos damos cuenta de que estamos apoyando todo este sistema de género, al final lo que hace es generar violencia sobre la mujer”*.

Cuando se le pregunta cuál cree que es la causa de las violencias de género, tiene claro que es la educación de ideología patriarcal en la que crecemos. Esta educación tiene un alto componente social y por tanto, encaja perfectamente con el modelo de la perspectiva de género, que dicta que la violencia de género en la pareja es de carácter social, y que por lo tanto ha sido aprendido culturalmente, y por ello debe considerarse como un problema social y lo individual.

También menciona el hecho de que las conductas violentas, en muchas ocasiones, son reforzadas en los infantes de género masculino desde muy temprana edad. Podríamos

relacionar esto con la insistencia por parte de la sociedad de que cada individuo se ajuste lo máximo posible a los cánones, puesto que una de las características mayormente asociadas al rol masculino es la fuerza física y la agresividad. Si este tipo de características se potencian desde una edad muy temprana, es muy posible que el individuo llega integrarlas como parte de sí mismo, aumentando así la probabilidad de que en un futuro se lleven a cabo conductas de violencia en general y de violencia de género en particular, ya sean tanto físicas, psicológicas o relacionales. Esta violencia es el arma utilizada por el sistema patriarcal para mantener la superioridad masculina.

Creemos en una ideología patriarcal, que muestra a la mujer como objeto de control y dominio, y como telón de fondo se encuentran los roles culturales que indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, sobrevalorando el masculino tal y como afirman Turinetti y Vicente en 2008.

Vemos cómo el entrevistado realiza una fuerte crítica social de las violencias de género y por tanto coincide con la visión de la teoría de la perspectiva de género, que hace hincapié en la necesidad de problematizar cuestiones estructurales de la sociedad que impulsan legitiman esta violencia, partiendo de la base de que existe una distribución desigual de poder entre hombres y mujeres, y afirmando que en ningún caso debe considerarse como un problema individual o biológico.

Violencia sexual:

El entrevistado considera que el acoso sexual es *“cualquier comportamiento actitud ofensiva o discriminatoria hacia la otra persona”*. Esto nos da a entender que coincide con la conclusión extraída por O’Donohue, Downs y Yeater en su estudio de 1998, que afirma que la violencia sexual puede adoptar formas muy distintas: desde molestia superficiales al abuso sexual. Afirma que existen muchos tipos y no es necesario que haya contacto físico para que se considere como acoso. Por tanto, N coincide con la teoría respecto a la existencia diferentes tipos de violencia, más allá de la física.

Con respecto al acoso sexual, el entrevistado afirma que la repetida insistencia después de una negativa por parte de los hombres *“significa poner por encima tu prioridad, lo que tú quieres conseguir”*. Podríamos relacionar esto con el concepto de cosificación. Según la teoría feminista, uno de los objetivos de la dominación patriarcal es disciplinar los cuerpos de las mujeres para la disponibilidad sexual de los varones. Se considera así a la mujer como un objeto de consumo, separando sus atributos físicos y sexuales de la persona en sí.

Por otra parte, N destaca algo muy interesante respecto a la insistencia de los hombres después de una negativa. Comenta que una de las pocas ocasiones en las que dejan de insistir ocurre

cuando ven que hay otro chico en el grupo. Es así como se ve fortalecido el modelo patriarcal, al ser los hombres también los principales protectores y garantes de las mujeres (Rivera, 2013). Por otra parte, deja muy patente los valores culturales de nuestra sociedad, que establecen que los hombres deben guardarles un respeto a los otros hombres, pero no estipula que este respeto tenga que darse en la misma medida sobre el género femenino (de hecho, la ideología patriarcal descarta que deba existir). Haciendo alusión de nuevo las conclusiones extraídas por Turinetto y Vicente (2008) con respecto a la teoría de la perspectiva de género, se indican lugares de poder distintos y desiguales para cada género, con una sobrevaloración de lo masculino.

También comenta que en algunas ocasiones en las que existe cierto contacto íntimo entre un hombre y una mujer, los límites pueden estar difusos, especialmente para el hombre. Podemos relacionar esto con las conclusiones extraídas por Ortega y Moreno en 2005, que dicen que algunas violencias pueden ser interpretadas como avances atrevidos en el cortejo. Si estos límites son sobrepasados, en muchas ocasiones se llega a producir una normalización de este hecho, ya que esta variedad de formas y de niveles de gravedad percibida de las violencias de género provoca que sea difícil en ocasiones su detección y su limitación.

N afirma que se ve a la mujer como un objeto sexualizado constantemente. Esto es lo que, de forma literal, afirma el concepto de cosificación, por el cual se ve a la mujer como un objeto de carácter sexual para el placer de la otra persona.

Cuando afirma que es consciente que tradicionalmente se ha pensado que debe ser el hombre el que inicia un primer contacto con la mujer, deja constancia de que es consciente de la existencia de los roles de género, que sitúan al hombre como “el conquistador” y a las mujeres como “objeto de conquista”.

Durante la entrevista también podemos detectar la presencia de los elementos coercitivos utilizados por el sistema patriarcal para conseguir la dominación y subyugación de la mujer. Detectamos la presencia notoria de los exigentes cánones de belleza que recaen sobre el género femenino, ya que el entrevistado afirma que de forma anterior a su transición se sentía en juicio constante por su físico, hecho que le generaba una intranquilidad constante. Ahora afirma sentirse más tranquilo, y esto denota que la presión ejercida por los cánones de belleza es mucho más resaltable en el caso de las mujeres que los hombres, y así lo afirma cuando le preguntamos por esto de forma directa. Revela que una de las críticas que recibía más habitualmente era relacionada con su ropa, que era considerada demasiado holgada. Esta crítica forma parte de la hipersexualidad del cuerpo femenino, puesto que se considera que las mujeres deben vestir remarcando sus atributos físicos, ya que socialmente son vistas como objeto de deseo, contemplación y consumo.

Violencia en el espacio público:

N afirma que siente que ahora, después de su transición, recibe una mayor atención y es más escuchado en entornos no familiares. Esto, de nuevo, revela los distintos lugares de poder asignados a cada género, que producen una sobrevalorización de lo masculino ya que, de forma previa a realizar su transición, cuando he leído socialmente como una mujer, no tenía esta sensación.

Por otra parte, también siente que se le da a su opinión un mayor valor respecto al que se le da a la de las mujeres. Esto, aparte de reflejar de nuevo un mayor poder del género masculino, podemos relacionarlo con el nivel microsistémico de la teoría de Bronfenbrenner (1997), respecto al cual Heiss (1998) postula que la toma de decisión masculina es un indicador de maltrato en sociedades con mayor índice de violencia, ya que los hombres que llevan a cabo las violencias de género suelen querer ejercer control sobre los movimientos de las mujeres.

Además, afirma sentirse más seguro a la hora de hablar en público. Podemos relacionar esto con un aumento del poder percibido (y también del poder objetivo), y con un aumento de la legitimidad de sus opiniones. Esto provoca que el entrevistado se sienta más seguro en contextos en los que cuando era ido como mujer sentía una mayor inseguridad.

Admite que antes de su transición, cuando he leído como mujer, recibía a menudo comentarios del tipo “guapa”, “corazón” o “cariño”, y que muchos de ellos los realizan personas desconocidas por la calle, acosándolo. Relacionamos esto de nuevo con la cosificación realizada sobre la mujer, por la cual se la considera como un objeto sobre el que se puede hablar en voz alta sin derecho a réplica, tal y como afirma Rivera en 2015.

Afirma que en el transporte público también fue víctima de acosos antes de realizar su transición. Tal y como afirma Rozas et. al en 2015, las conductas de acoso en el transporte público son actos de violencia basados en razones de género, y por lo tanto, son actos discriminatorios en contra de una proporción muy importante de los usuarios. Este tipo de conductas por parte de hombres hacia las mujeres no dejan de revelar las relaciones de poder desiguales que se dan en la sociedad, independientemente del entorno en el que se encuentren. Tal y como afirma Rivera (2013), las prácticas de acoso sexual revelan relaciones de poder entre géneros, pues son realizadas sobre todo por hombres y recaen fundamentalmente en las mujeres, en la mayoría de casos desconocidas para ellos. Podemos afirmar que esto es así haciendo alusión a la experiencia del entrevistado, el cual asegura que actualmente no siente miedo al ir por la calle pero que antes de su transición, cuando he leído como mujer, este miedo era muy intenso e incluso incapacitante. El hecho de que no sienta miedo, por otra parte, se puede relacionar con el hecho de que ahora, como persona que pertenece al género masculino,

su papel ha cambiado, convirtiéndose en un potencial agresor y habiendo dejado de ser una posible víctima.

La inseguridad vivida en las distintas situaciones en la calle revela un gran impacto en el libre tránsito de las mujeres.

Afirma que, en más de una ocasión, andando por la calle de noche, alguna chica ha acelerado el paso o ha cambiado su rumbo al verlo e identificarlo como un hombre. Este tipo de conductas son las conductas evasivas que la mayoría de las mujeres suelen llevar a cabo en este tipo de circunstancias. El entrevistado afirma que él, cuando he leído como mujer, también realizaba ese tipo de conductas de forma constante.